
Long Haul
HARPER LOGAN

LONG HAUL

UNA ROMÁNTICA GAY MILITAR DE SEGUNDA OPORTUNIDAD

LONG HAUL
LIBRO 1

HARPER LOGAN

ÍNDICE

Introducción
RESUMEN

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo
Postfacio
Vista previa: Long Shot
¿Buscas más historias románticas gay?

Derechos de autor © 2017, 2024 por Harper Logan

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

INTRODUCCIÓN

Gracias por leer *Long Haul*. Para recibir actualizaciones sobre nuevos lanzamientos, ofertas y otras comunicaciones, ¡te invito a suscribirte a mi boletín por correo electrónico!

Hicieron más que solo servir juntos...

Incluso después de lanzarse a la carretera como camionero de larga distancia, Adrian Stokes no parece poder escapar de sus recuerdos de Irak. Su tiempo en Oriente Medio nunca está lejos de su mente, no por la guerra en sí, sino por un hombre del que no debería haberse enamorado. Nunca pensó que lo volvería a ver, pero cuando un contrato lleva a Adrian a la ciudad natal de su amante en armas, sabe que necesita verlo, aunque eso signifique que le rompan el corazón de nuevo.

Chandler Longman se unió al ejército para escapar de su pueblo perdido, pero sin rumbo, se encuentra de vuelta donde empezó. Ahora lucha para mantener a su talentosa hija de cuatro años, incapaz de proporcionarle la educación que merece. Está atrapado y sin esperanza, hasta que los vientos del destino traen a Adrian de vuelta a su vida.

Habían acordado dejar atrás el romance que compartieron en el extranjero. Después de todo, se suponía que dos hombres heterosexuales no debían enamorarse. Pero el momento en que se vuelven a ver solidifica lo que ambos sabían en sus corazones: No había escapatoria a la fuerza de su amor.

1

Cuarenta toneladas de acero estadounidense impulsadas por un motor que generaba dos mil libras-pie de torque, y Adrian Stokes estaba al volante. Algunos camioneros de larga distancia podían perder el entusiasmo al estar detrás del volante durante tantos días sin más compañía que la propia, pero Adrian no era uno de esos hombres. Le encantaba la sensación de todo ese poder vibrando bajo sus dedos y saber que su carga solo podía llegar a donde debía gracias a él. Más que nada, amaba la carretera abierta.

Ciertamente, estaba agotado más a menudo que no, y sería mentira decir que nunca se sentía solo, pero Adrian estaba acostumbrado a esas cosas. Había servido durante seis años en el Ejército de los Estados Unidos y hacía mucho que había aprendido a "abrazar la mierda". En aquellos días, el trabajo monótono y privado de sueño sin un atisbo de emoción y sin nadie que calentara tu litera era simplemente una parte normal de la vida. En muchos sentidos, las horas de conducción que entumecían el trasero eran como un juego de niños comparado con Irak. Después de todo, nadie te disparaba.

Se había alistado siendo un joven de ojos brillantes recién salido del instituto, ansioso por salir de Rosebridge, New Hampshire y ver el mundo. "El mundo" resultó ser un polvoriento puesto en Camp Ass, el apodo de Camp As Sayliyah en Qatar, el punto de partida antes de ser transferido a territorios más nefastos. Después de completar su servicio, la llama de Adrian por los viajes mundiales se había extinguido. En ese momento, lo único que realmente le importaba era apreciar el cálido abrazo de su país natal y toda la belleza que tenía para ofrecerle. ¿Y qué había más estadounidense que lanzarse a la carretera?

Que te pagaran por ello.

Adrian había estado transportando carga por todo el país sin parar durante las últimas dos semanas, y finalmente estaba llegando al final del encargo con una última parada en Arkansas. Después, haría todo lo posible por volver a Rosebridge para ver cómo estaba su madre. Ella estaba perdiendo movilidad estos días y dependía cada vez más de la ayuda y el dinero que Adrian proporcionaba de todo corazón. Siempre había sido un niño de mamá, y también de papá. Perder a su padre el año antes de salir del ejército había sido una de las peores cosas que le habían sucedido, mucho peor que los destellos del infierno que había soportado en Oriente Medio.

Adrian tenía que hacer todo lo posible por estar ahí para su madre de cualquier manera que pudiera. Estaba fuera tanto tiempo que era difícil encontrar momentos para verla. Había intentado otros trabajos menos itinerantes, pero Adrian no tenía un título universitario, y todos esos trabajos parecían joderle la cabeza. Cajero, operador de centro de llamadas, volteando hamburguesas... la gente con la que tenía que tratar lo volvía completamente loco, y estar de pie todo el día lo ponía ansioso.

Su madre lo entendía. De hecho, lo animó a tomar el trabajo de camionero. Había conducido vehículos de transporte en el ejército, pasado mucho tiempo con ellos y era un genio con los motores, así que era un ajuste natural. Aun así, se sentía como una mierda dejándola atrás. Sabía que su madre quería ver a un nieto, pero no había manera de que se asentara pronto. Habían pasado años desde que tuvo una novia estable. No desde el instituto.

No había tiempo para conocer mujeres, ni realmente ninguna facilidad para conocerlas. Adrian siempre estaba en la carretera. Claro, de vez en cuando conocía a alguna camarera guapa en un restaurante de parada de camiones. Era un hombre atractivo y recibía mucha atención. Había un encanto en la transitoriedad de ser conductor que a estas chicas parecía gustarles, y cuando surgía la oportunidad, a Adrian no le importaba complacerlas, pero no sentía nada fuerte en un sentido u otro. Era solo un descanso del aburrimiento. Sabía que no se iba a enamorar.

Everetteville, Arkansas.

Era mediodía cuando dejó su carga: tres John Deere Hi-Crops; hermosas piezas de maquinaria esmeralda.

—¿Conoces bien este lugar? —preguntó Adrian al encargado del almacén de la granja mientras firmaba el papeleo.

—¿Qué, Clearstone Farms?

—Everetteville.

El hombre soltó un resoplido rápido y se frotó el bigote.

—Claro. He vivido aquí toda mi maldita vida. Mierda, te costaría encontrar a alguien que no lo haya hecho.

—¿Casualidad conoces un taller llamado, eh, Rabren Auto?

—¿Rabren Auto? Está en la calle Coolage, justo al lado de Main. No puedes perdértelo. No es como si pudieras perderte mucho por aquí —se rio—. ¿Qué, buscas alguna pieza o algo?

—No —dijo—, una persona.

Era la primera vez que Adrian entraba en el pequeño pueblo agrícola, pero estaba lejos de ser la primera vez que escuchaba su nombre. En el asiento del pasajero había una carta dirigida por Chandler Longman, fechada hace tres años. Tres años. ¿Realmente había pasado tanto tiempo desde la última vez que supo de Chandler?

Sabiendo que iba a llegar al pueblo natal de Chandler, Adrian había intentado contactar a su viejo compañero del ejército. No, Chandler había sido mucho más que eso. Las experiencias que habían vivido juntos los habían acercado más de lo que la mayoría de los hombres llegarían a estar con otro del mismo sexo. Habían sido la luz del otro en la oscuridad de un lugar implacable

y solitario.

Entonces, ¿por qué habían perdido el contacto?

La última carta —la que estaba sobre el asiento— mencionaba una novia. Las cosas se estaban poniendo serias, se iban a vivir juntos. Chandler trabajaba como mecánico. La vida civil parecía haberlo tratado bien. Parecía que las cosas simplemente habían seguido su curso. No es que la vida de Adrian se hubiera detenido tampoco. Había empezado a conducir, consiguiendo más contratos. La vida estaba ocupada. Además, con una chica en la vida de Chandler, no había querido traer lo que una vez compartieron a colación. No sería justo.

Pero habían pasado tres años, y estaba yendo a su pueblo natal. Adrian no pudo resistir la tentación de buscarlo.

Un cartel decía "Everetteville, 15 millas". Solo tenía el nombre del lugar de trabajo de Chandler, Rabren Auto, así que no tenía la menor idea de si siquiera podría localizar al hombre, pero eso no le impidió emocionarse. Tres años desde la última vez que hablaron. Cinco desde la última vez que se vieron. Adrian nunca había conocido a nadie con ojos tan salvajes y cautivadores como los de Chandler Longman.

Maldita sea. Esos ojos.

Eran de un gris sorprendente con destellos de verde y naranja cuando el sol les daba justo, enmarcados por una expresión aparentemente siempre pensativa y profunda, y cabello color paja. Por supuesto, en aquellos días lo llevaba corto, el color apenas discernible, pero Adrian había visto fotos antiguas. Diablos, Chandler le había enviado algunas fotos junto con las cartas después de que salieron.

¿Quién demonios enviaba cartas en estos días? Chandler, por supuesto. Siempre había sido anticuado. Era el tipo de chico que se sentía más cómodo sentado bajo las estrellas hablando que mirando una pantalla de computadora.

Adrian era su opuesto en muchos aspectos. Era una cabeza más bajo que él, tenía el pelo castaño oscuro y ojos a juego, y siempre llevaba una sonrisa que algunos llamaban tonta. No se consideraba una persona de alta energía, pero ciertamente se emocionaba más fácilmente que Chandler. Adrian era definitivamente más disperso, más distraído. Tal vez fueron sus diferencias las que los habían acercado tanto. Oh, y se habían acercado mucho.

Pensar en ello se sentía... mal. Pero ¿cómo no hacerlo? Las cosas que habían hecho juntos rara vez estaban lejos de su mente, sin importar cuánto Adrian quisiera olvidarlas. Tal vez era justamente eso. Realmente no quería olvidar. Después de todo, había tomado la decisión de todo corazón de buscar a Chandler después de terminar su trabajo.

Adrian estacionó su camión en una parada a las afueras de la ciudad y consiguió que lo llevaran hasta Coolage y Main. Tan pronto como sus botas tocaron el pavimento, su corazón comenzó a latir con fuerza en su pecho, y latió más fuerte con cada paso que daba hacia la puerta enrollable del garaje con el letrero "Rabren Auto Repair" encima. Fue recibido por el tintineo del metal y el parloteo de las tuercas de las ruedas siendo remachadas. En la bahía de reparación, una Ford F-150 estaba levantada, con dos hombres en overoles manchados de grasa trabajando en su parte inferior. Un apretón de anticipación fue seguido por la decepción cuando Adrian vio que ninguno era el hombre que buscaba.

—Disculpen —dijo—. ¿Tienen un momento, muchachos?

Uno de ellos, un chico delgado y lleno de granos que parecía recién salido de la secundaria, se volvió y asintió en señal de saludo.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—¿Está trabajando Chandler Longman hoy?

—¿Chandler Longman? —Negó con la cabeza—. No hay nadie llamado Chandler trabajando

aquí, al menos ya no. Oye, Darryl, ¿conoces a un tal Chandler Longman?

El otro mecánico, un hombre bajo y rechoncho con una espesa barba negra, se acercó, limpiándose las manos en el overol.

—¿Chandler? Sí, lo conocía. Era el mecánico al que reemplazaste.

—¿Reemplazaste? —preguntó Adrian—. ¿Entonces ya no trabaja aquí?

—No, señor —dijo Darryl—. Él y el jefe no se llevaban muy bien. Lo despidió hace como un año. Tal vez un poco más que eso.

—¿No sabrás dónde trabaja ahora, por casualidad?

El hombre se encogió de hombros.

—Claro. Lo he visto trabajando en On the Rocks. Un pequeño bar de strippers en la avenida Paeton. Buen lugar, bebidas baratas. Las chicas tampoco están mal. —Se rio y se rascó la barba —. Las cosas deben ser difíciles para él, con una niña pequeña y todo eso.

¿Una niña pequeña? Mierda. Muchas cosas habían cambiado en tres años.

Adrian caminó por la calle Main en dirección al bar, pensando que tal vez debería simplemente irse. Volver a su camión, dormir un poco y luego revisar los tablones en busca de un nuevo contrato. Preferiblemente uno que lo llevara de vuelta a Rosebridge, y lejos de esta terrible idea.

Pero no volvió a su camión. Sus piernas lo llevaron hasta la avenida Paeton, y pronto se encontró frente a un club de striptease de aspecto destartalado con un letrero desgastado que decía: "On

the Rocks, Chicas Chicas Chicas".

Si no estaba allí, Adrian decidió que lo dejaría estar. Después de todo, el hombre tenía *una niña pequeña*. Se alegraba por él. Chandler, ahora un hombre de familia.

Entonces, ¿por qué se sentía tan decepcionado?

¿Qué había esperado de este encuentro? ¿Presentarse en su puerta y después qué? Ya no estaban en Irak. No había vuelta atrás a aquellas noches en las que habían llegado a conocerse tan bien. Esto era la vida real, y Chandler era un hombre comprometido.

Debería haberse dado la vuelta entonces. En su lugar, empujó la puerta principal y entró.

La música country sonaba suavemente desde los altavoces. La pista de baile estaba vacía, los tubos desiertos. Dos chicas en bikinis de tiras estaban sentadas en una mesa y lo miraron sorprendidas.

—Lo siento, guapo —dijo una—. Los bailes no empiezan hasta dentro de una hora. Pero el bar está abierto.

Él sonrió. —Está bien. En realidad, solo estoy buscando a alguien. Se llama Chandler Longman.

—¿Eres amigo de Chandler? Vaya, y yo que pensaba que no tenía amigos. Voy a buscarlo, siéntate en la barra.

Desapareció en la parte de atrás, y la otra chica se puso detrás de la barra mientras Adrian se subía a un taburete. Ahora su corazón latía realmente con fuerza.

—¿Qué te sirvo, cariño?

—Una botella de Bud. Que sean dos —dijo.

—Marchando, cielo. —Sacó dos botellas de Budweiser de la nevera y las destapó—. Chandler es un buen tipo, pero se aísla demasiado. Todas las chicas de aquí se preocupan por él, especialmente desde... bueno, demonios, no debería estar cotilleando. ¿Eres de por aquí? Nunca te había visto antes.

Adrian deseaba que terminara su pensamiento. ¿Desde qué? —No, solo estoy de paso. Llevando una carga de largo recorrido desde Nevada.

—¿Cómo conoces a Chandler?

—Estuvimos juntos en Irak —dijo—. En el ejército.

—Gracias por tu servicio —dijo ella, con una dulce sonrisa—. No tenía ni idea de que Chandler hubiera estado en el ejército. Se nota lo poco que habla de sí mismo.

Adrian le devolvió la sonrisa y sacó un billete de veinte para las bebidas. —Quédate con el cambio —le dijo. La puerta de la parte trasera se abrió y salió la primera chica.

—Está en la barra, Chandler —dijo por encima del hombro.

Detrás de ella, vestido con vaqueros oscuros y una camiseta negra que se ajustaba a sus pectorales, estaba Chandler Longman. Su pelo, antes cortado al rape, ahora le crecía largo, peinado hacia atrás como una ola de oro reluciente. Esos ojos gris verdoso hicieron contacto con los de Adrian, y se estremeció al verlos. Le sorprendió el poderoso y doloroso deseo que recorrió cada parte de su cuerpo, pero especialmente la parte largamente descuidada entre sus muslos.

Adrian pensó que tal vez después de cinco años sin ver al hombre en persona, esa persistente necesidad por él habría disminuido. Pero ahora, de pie frente a él de nuevo, se dio cuenta de que solo había crecido.

Se deslizó del taburete para enfrentarse a él. Chandler se detuvo en seco, con los ojos abiertos por la sorpresa. Luego, una sonrisa se dibujó en sus labios. "Nunca había visto a Chandler sonreír así", comentarían las camareras entre ellas más tarde.

—Maldita sea. ¿Adrian?

Adrian no pudo contener una amplia sonrisa, por mucho que lo hubiera intentado. —Ha pasado mucho puto tiempo, Chandler.

Sus botas resonaron en el suelo de madera mientras Adrian se acercaba para encontrarse con él, y lo envolvió en un fuerte abrazo que fue correspondido con igual vigor. El embriagador y familiar aroma de Chandler le golpeó como un maldito tren de carga, transportándolo en el tiempo. Lo respiró profundamente y luchó por no perderse completamente. Era difícil, sin embargo. Con el calor y la fuerza de los brazos de Chandler rodeándolo y sosteniéndolo tan cerca, dios, era jodidamente difícil.

Se miraron, a solo centímetros de distancia. Adrian deseaba tanto volver a probar sus labios. Casi olvidó dónde estaba, y no solo eso, quién era Chandler ahora. Un hombre comprometido.

—¿Qué coño haces aquí, tío? —preguntó Chandler, apretando el bíceps de Adrian.

Encontró su voz. —Pasaba por la ciudad. Pensé en venir a buscarte, asegurarme de que seguías vivo. Tres putos años, tío.

—Sí...

—Te he comprado una cerveza. —Le entregó la botella de Bud a Chandler.

—Estoy de servicio —dijo.

—Eh, no te preocupes por eso, Chandler —gritó la chica que lo había traído de la parte de atrás —. Tómate un descanso. Ponte al día con tu amigo.

—Gracias, Desiree —dijo Chandler, y señaló con la cabeza hacia la puerta—. ¿Salimos atrás un rato?

—Claro —dijo Adrian. No podía creer que Chandler estuviera realmente frente a él de nuevo.

Pasaron por la cocina y salieron a la parte trasera del restaurante, donde había aparcados varios coches y una vieja camioneta Chevy. Adrian cerró la puerta.

—La verdad es que no esperaba encontrar... —Sus palabras quedaron atrapadas y silenciadas por el repentino presionar de labios contra los suyos. Chandler lo agarró por los hombros y lo empujó contra el costado del compartimiento del motor del Chevy. Adrian se derritió en el beso. Adiós a no dejarse llevar.

Dios mío, cómo había extrañado esto. Rodeó el cuello de Chandler con sus brazos, abrazándolo tan fuerte que corría el riesgo de ahogarlo. Cada sabor y roce juguetón de la lengua de Chandler contra los labios de Adrian enviaba pulsos de excitación por todo su cuerpo, especialmente hacia su virilidad.

Si seguían así, Adrian no tenía idea de lo que podría llegar a hacer. Todos esos recuerdos del tiempo que habían compartido en privado al otro lado del mundo estaban volviendo de golpe.

Rompieron el beso solo porque no querían arriesgarse a ser vistos. A Adrian le costó toda su fuerza de voluntad apartarse y romper la atracción magnética de Chandler. Miró su botella de cerveza y se dio cuenta de que había derramado una buena parte en el pavimento durante la emoción. Algo sobre la cerveza derramada lo hizo volver a sus sentidos.

—¿Qué estamos haciendo? —dijo en voz baja—. Chandler, no podemos hacer esto aquí.

No, no podían hacerlo *en absoluto*. ¡Chandler era un hombre casado! Tenía un hijo. ¿Quién era Adrian para entrar así en su vida y arruinar las cosas?

Se recordó a sí mismo que Chandler había sido quien inició ese beso, pero no lo hizo sentir mucho mejor. Tal vez debería haberse ido de la ciudad después de todo...

Adrian se dejó caer en cuclillas contra el costado del camión. Hizo girar la cerveza en su botella y dio un largo trago. De alguna manera logró parecer tan fresco como una lechuga por fuera, pero su corazón latía acelerado, y la presión del vaquero contra su durísima erección no era lo más cómodo que había sentido en todo el día. Realmente no deseaba nada más que tumbar a Chandler en la tierra y hacerle el amor allí mismo.

Chandler se deslizó a su lado y bebió de su botella. —Supongo que tenemos mucho de qué ponernos al día, ¿eh?

—Ya lo creo —dijo Adrian.

—¿Cómo me encontraste?

—Fui al taller donde me dijiste que trabajabas. Me indicaron este lugar. Mierda, supongo que en realidad no creía que te encontraría aquí.

Chandler asintió y miró a Adrian con una mirada que podría derretir mil corazones. Podría vivir solo con esa mirada. Se dio cuenta de que había estado anhelando esa mirada. Cinco años era demasiado tiempo para estar sin ella, sin *él*. —Maldita sea —dijo Chandler—. Realmente eres tú. No te imaginas cuánto he pensado en cómo sería verte de nuevo.

—Créeme —dijo Adrian—. Sí puedo. Sabes que siempre he estado a solo un sello postal de distancia. Eso nunca cambió.

—Algunas cosas sí —respondió Chandler, y dio otro trago a su cerveza.

Sí, como una esposa e hija.

Estaba luchando con su decisión de buscar a Chandler, pero independientemente de cualquier culpa, no cambiaba la increíble felicidad que sentía al estar de nuevo a su lado. No podía evitarlo, ¿y cómo podría? Habían sido tan cercanos. Más cercanos de lo que nadie podría llegar a ser jamás.

Entonces, ¿cómo habían cambiado las cosas?

—¿Cuánto tiempo vas a estar en la ciudad? —preguntó Chandler.

Técnicamente, *podría* quedarse todo el tiempo que quisiera, siempre que sus fondos lo permitieran, pero no iba a decir eso. Tenía ese tanto de autocontrol, o al menos esperaba tenerlo. —Al menos por esta noche. Acabo de terminar un contrato, pero necesito volver a Rosebridge. Con suerte puedo conseguir un contrato que me lleve de vuelta allí, de lo contrario simplemente regresaré por mi cuenta.

Chandler asintió. —Salgo temprano esta noche. Y no tengo turno mañana.

Adrian lo miró, sorprendido por lo que parecía estar sugiriendo. Sabía que debería haber sacado el tema justo en ese momento, aclarar las cosas y poner todo en orden: *Quiero verte, pero si tienes una familia...* Pero no pudo. Quería ver a Chandler de nuevo. Más que eso, quería *tener* a Chandler de nuevo.

—Sí, de acuerdo. ¿A qué hora?

2

Tres vasos rotos y un barril mal conectado. Sí, no estaba en su mejor momento esta noche, pero ¿quién podía culparlo? Adrian Stokes estaba aquí, hoy, en este pueblo de mala muerte. Y *joder*, si no se veía increíblemente guapo, con esos vaqueros que le marcaban el trasero y esa camisa de franela desgastada. Definitivamente parecía un camionero.

Le quedaba bien, pero no era la primera carrera que Chandler habría esperado que un hombre como Adrian siguiera. El tipo era jodidamente inteligente. Siempre lo había sido. Conocía los motores incluso mejor que Chandler. Además, siempre había sido bueno con los números y el dinero. Cuando intercambiaron su primera carta, Chandler esperaba que Adrian hubiera iniciado un negocio. Tal vez incluso hubiera ido a la universidad, o algo así. No es que no respetara a los camioneros —su abuelo había sido uno—, pero simplemente esperaba algo diferente de Adrian.

—Por supuesto que cuidaré a April —dijo Lexie, la otra bailarina que había estado en el bar cuando Adrian entró como si nada—. No todos los días sales con un amigo. De hecho, creo que nunca has salido con un amigo. Empezaba a pensar que no tenías ninguno.

—Nosotros somos amigos —sugirió Chandler.

—Fuera del trabajo —matizó ella.

—Sí, bueno. Ya sabes cómo es con los niños.

—Lo sé, pero para eso están las niñeras.

—Gracias, Lexie. Lo aprecio.

Ella sonrió.

—Tu amigo es bastante guapo. Tal vez podrías concertarme una cita con él algún día.

¿Guapo? Había un millón de otras palabras que Chandler habría usado para describir el atractivo sexual del hombre, y guapo era la más suave que se le ocurría.

—No creo que sea posible —dijo Chandler—. No se quedará mucho tiempo en el pueblo.

—Oh, qué lástima.

—Sí.

—Bueno, definitivamente aprovecha la noche entonces. Ni te preocupes por April. Estará bien conmigo e Isabelle. Sé que se llevan muy bien en la guardería. —Miró el reloj—. Ups. Se acabó el descanso. Es hora de volver a los tubos. Pasaré a recoger a April a las siete, ¿vale?

—Perfecto. Gracias, Lexie —dijo él. Ella se fue para volver a la pista, y él regresó a lavar vasos.

Aprovecha la noche.

Se estremeció. Una noche con el jodido Adrian Stokes.

Había pensado en tratar de ponerse en contacto con él de nuevo después de que el matrimonio fracasara hace un año, pero simplemente no pudo hacerlo. Algo relacionado con el orgullo. Lo echaba de menos como un loco, pero no podía soportar la idea de escribir esa carta. *Querido Adrian, siento haber desaparecido como el humo durante dos años. He vuelto, ¿quieres que seamos amigos por correspondencia otra vez?* Se burló de la idea. Pero ahora estaba *aquí*, y Chandler tenía mucho que explicar.

Colocó el último vaso limpio en la rejilla de plástico y llevó todo el lote a la barra. Las chicas giraban y daban volteretas alrededor de los tubos mientras los clientes miraban fijamente, la mayoría de ellos con esa misma mirada vacía que tendrían al mirar la televisión.

Chandler estaba emocionado de ver a Adrian de nuevo. De hecho, no había estado lejos de sus pensamientos diarios desde el momento en que se despidieron en el Aeropuerto Internacional JFK, al regresar del despliegue. No se lo había admitido a nadie, y incluso para él era difícil reconocer que un hombre había ocupado tanto su mente. En cierto modo, en el fondo, se había sentido aliviado de perder el contacto. Pensó que tal vez finalmente podría vivir una vida normal. Esposa, hija. Sin estar atormentado por el fantasma de alguien por quien nunca debería haber sentido tanto.

Pero estaba atormentado por otras cosas que lo habían seguido desde las arenas calcinadas de un país lejano. Fue difícil tratar de readaptarse a la vida civil. Al final, sin embargo, no fueron sus demonios los que arruinaron el matrimonio, sino los de Julia. Había habido señales de alarma, todas las cuales él había ignorado voluntariamente. Gracias a Dios, ella no había consumido mientras estaba embarazada de April.

¿Qué esperaba que pasara esta noche? Después de lo que había sucedido en el estacionamiento... Sabía que enredarse de nuevo con esto que una vez compartieron sería una idea terrible. Everetteville, Arkansas no era el lugar para ello. Pero ¿cómo podría resistirse?

No había podido evitar besarlo. Lo habría arrojado a la cama de su camioneta de no ser por su buen juicio. No hubo ningún pensamiento en ese momento, solo una fuerza imparable que lo atraía hacia Adrian. Había pasado tanto tiempo.

Dios, lo había echado de menos. No se había dado cuenta de cuánto.

Después de tres de las horas más distraídas de su vida, Chandler finalmente marcó su tarjeta de salida del día. Encendió el motor de su camioneta Chevy y se dirigió a la guardería Kountry Kids en el lado oeste de la ciudad para recoger a April.

La niña salió agarrando su muñeca favorita de princesa Disney en una mano —Elise, o Ezla, Chandler nunca podía recordar los nombres de estas cosas— y una pintura con los dedos en la otra.

—¿Cómo se portó? —le preguntó a la señora Gaut, la dueña de la guardería.

—Dulce como el azúcar, como siempre. Sé que se lo he dicho antes, pero April es una niña excepcionalmente inteligente. ¿Le ha estado enseñando a leer en casa?

—Solo le muestro un libro o dos. Le leo.

—Bueno, lo está aprendiendo por sí misma, y rápido. Es realmente asombroso, para una niña de cuatro años.

April le rodeó la pierna con el brazo.

—Pinté esto para ti, papi —dijo, sosteniendo el papel hacia él—. Somos tú y yo. —En él había una figura de palitos azul al lado de una figura de palitos roja más pequeña, ambas con amplias sonrisas que se extendían más allá de los bordes de sus cabezas. Encima de ellas, garabateado con crayón, estaba escrito "papi" y "yo".

—Vaya, me lo creo —dijo él—. Cariño, ¡esto está realmente bien! Con escritura y todo. Mi niña es una genio.

April le sonrió, y él le revolvió el pelo rubio.

—Cariño —dijo, mirándola por el espejo retrovisor mientras conducían a casa—. ¿Te acuerdas de Lexie, del trabajo?

—Es la mamá de Isabelle.

—Así es. Esta noche vas a ir a la casa de ella e Isabelle para una pequeña cita de juegos. Un viejo amigo de papá vino a la ciudad hoy, y él y yo tenemos que ponernos al día.

—¡Isabelle! —gritó felizmente, levantando las manos al aire.

Él sonrió. Esa era una preocupación menos en su mente. A April nunca le había gustado quedarse a pasar la noche con una niñera, lo que había tenido que hacer de vez en cuando durante los turnos nocturnos desde que Julia había salido del panorama. Tendría que pedirle a Lexie que cuidara más a menudo, de ahora en adelante. Tener a otro niño alrededor para que April jugara sería bueno para ella. Después de todo, no había razón para que su hija fuera una solitaria como él.

De vuelta en el modesto apartamento de una habitación al que llamaban hogar, Chandler pegó la pintura de April en la nevera con un imán. —Vamos a prepararte para esta noche —le dijo—. Lexie vendrá a recogerte en un par de horas. Ve a elegir los juguetes que quieres llevar a su casa mientras te preparo la cena.

April se fue tambaleando a su habitación, mientras Chandler se puso manos a la obra en la cocina. No era muy buen cocinero, pero podía hacer unos espaguetis bastante buenos, que eran los favoritos de April.

Queriendo darle a su hija su propio espacio, Chandler había sacrificado tener una verdadera habitación para sí mismo y en su lugar había convertido la mitad de la sala de estar en su

habitación. Era estrecho, pero no necesitaba mucho para estar cómodo. De hecho, lo prefería así. Era acogedor, minimalista y lo hacía sentir seguro. Su hija era la que crecía cada día, así que quería asegurarse de que pudiera tener la mejor vida posible y lo más normal posible con los escasos ingresos que obtenía en el bar.

El dinero había sido mejor cuando trabajaba en el taller de reparaciones. Era algo en lo que realmente era bueno, también. Era una lástima que su jefe hubiera sido una mierda. Algunas personas simplemente no podían lidiar cuando sus "inferiores" sabían más que ellos.

Con la pasta burbujeando en la estufa, Chandler vertió un frasco de salsa en una olla y la puso a hervir a fuego lento. Miró el reloj. No faltaba mucho para que viera a Adrian de nuevo. No pudo evitar reírse, estaba tan emocionado. Demonios, incluso sentía ganas de bailar. Arrastró sus pies en calcetines por el suelo de baldosas de la cocina mientras agitaba la cuchara en el aire como un micrófono cubierto de salsa.

Una repentina risita lo detuvo en seco. Se giró para ver a April de pie en la entrada de la cocina, sosteniendo la lonchera rosa que usaba para llevar sus juguetes. —Yo también quiero bailar —chilló. Dejó la lonchera en el suelo y corrió hacia su padre, quien le agarró las manos y la subió a sus pies, y los dos se rieron mientras se deslizaban por el suelo de la cocina.

~

Los dos hombres compraron cerveza y se sentaron en una mesa del bar Donnigan's mientras la música rock resonaba desde una rocola en un rincón. El lugar olía a cigarrillos, cuero y colonia barata. Era ruidoso y no el mejor ambiente para mantener una conversación, pero no es que hubiera muchas opciones en el pueblo. Además, probablemente era mejor que no los pudieran escuchar.

—Siento haberte hecho esperar —dijo Chandler, y Adrian sonrió y negó con la cabeza.

—No es nada. No te he visto en cinco años, ¿qué son un par de horas más?

Chocaron las botellas de cerveza y dieron un trago. Chandler observó cómo Adrian se llevaba la cerveza a los labios, bebía un sorbo y devolvía la botella a la mesa. Su mirada vagó por el bar un momento antes de encontrarse con la de Chandler, y su boca se curvó en una sonrisa cuando se dio cuenta de que lo estaban admirando.

Dios, se veía bien. Pelo oscuro y ojos oscuros, de esos tan profundos en los que prácticamente te puedes ahogar. Chandler podía perderse en esos ojos. Ya lo había hecho antes.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Adrian, su sonrisa convirtiéndose en una mueca juguetona.

—No puedo creer que realmente estés aquí.

—Joder, tío. Casi no puedo creerlo yo mismo. No sé si debería estar aquí. Y tú tampoco, por cierto.

—¿De qué estás hablando, Adrian?

—He estado preguntándome dónde has estado durante los últimos tres años. Ni siquiera sabía si estabas vivo o muerto. Odio admitirlo, Chandler, pero no voy a mentir. El hecho de que desaparecieras así me ha estado carcomiendo todo este tiempo. Así que llego al pueblo, te busco. Me entero de que tienes una niña pequeña. Tienes una vida, tío. Ojalá lo hubiera sabido para no haber irrumpido en ella.

Chandler negó con la cabeza y abrió la boca para protestar, pero Adrian lo detuvo.

—¿Qué haces saliendo conmigo, Chandler? ¿Qué le dijiste? Sé que no eres bueno mintiendo. Así que, ¿qué le dijiste?

—La verdad —dijo—. Que estoy fuera con un viejo amigo mío. No necesita saber más que eso.

Adrian se recostó en su silla y lo miró fijamente. Chandler reconoció esa mirada, era la que ponía cuando intentaba descifrar a alguien. Adrian siempre había sido bueno leyendo a la gente. Les había salvado el pellejo un par de veces durante las patrullas. Podía decir cuándo alguien estaba ocultando algo.

Pero Chandler no estaba ocultando nada. ¿Por qué le diría algo más a April?

—Un viejo amigo —repitió Adrian—. Un viejo amigo que... —Bajó la voz—. ...te besaste en el estacionamiento. No debería estar aquí, pero no puedo alejarme de ti ahora que he vuelto a probarte.

Un pequeño escalofrío de emoción recorrió el cuerpo de Chandler. Luchó por recomponerse rápidamente. —¿Por qué demonios le diría algo así a mi hija de cuatro años?

Adrian ladeó la cabeza. —Espera, ¿qué? No estoy hablando de tu hija, estoy hablando de tu esposa.

Chandler se quedó boquiabierto mirando a Adrian, y finalmente se dio cuenta de por qué demonios estaba tan alterado. Empezó a reír. —Adrian, no estoy casado.

—Bueno, tu novia entonces. Lo que sea.

Negó con la cabeza. —Tampoco tengo novia. Estuve casado. Nos divorciamos hace un año.

—Oh —dijo Adrian. Para diversión de Chandler, parecía que no estaba seguro de si debía mostrarse apenado o feliz por esta nueva información—. Lo... siento.

—No lo sientas —dijo—. No era una muy buena persona.

Adrian dio un largo trago a su cerveza. —Siento haberme alterado tanto. Es solo que... todo esto no fue especialmente planeado. Estaba preocupado de estar siendo un destructor de hogares, o algo así.

—Para nada —dijo Chandler—. Supongo que es aquí donde nos ponemos al día.

Compró otra ronda de cervezas y comenzó a contar su historia sobre Julia. Sobre cómo la había conocido en un momento bajo de su vida, marcado por flashbacks de la violencia que había visto en el extranjero, y cómo ella había sido capaz de proporcionarle una sensación de confort que le había faltado y que anhelaba desesperadamente. Chandler no mencionó cuánto había echado de menos a Adrian durante ese tiempo. Cómo siempre había sido su roca durante los momentos difíciles, y cuánto deseaba haber podido estar con él de nuevo.

Julia siempre había tenido sus problemas. Era propensa a guardar secretos, y Chandler a menudo sentía que ella distorsionaba la verdad sobre las cosas que le contaba. Era una compradora impulsiva. Más de una vez, Chandler tuvo que usar sus ahorros del ejército para sacarla de apuros financieros mientras ella seguía comprando cosas que no podía permitirse. Después de que se quedaran embarazados de April, Chandler había albergado la esperanza de que eso sería lo que finalmente la haría más responsable. Esperaba que ayudara a enderezar su relación, así que se prometió a sí mismo que haría todo lo posible para que funcionara.

—Eso fue hace tres años —dijo—. Por eso tuve que dejar de escribirte.

—¿Así que ya estabas casado mientras seguíamos escribiéndonos? Nunca la habías mencionado antes de esa carta.

—Sí —dijo Chandler. Sabía que probablemente debería habérselo dicho a Adrian. Podría haber facilitado las cosas. Adrian podría haber sugerido él mismo que dejaran de hablar.

Pero tal vez esa era la razón por la que Chandler no había dicho ni una palabra al respecto. No había querido dejarlo ir.

—Lo entiendo —dijo Adrian—. No te lo reprocho. —Extendió la mano y tocó tiernamente el dorso de la mano de Chandler. Chandler levantó la mirada, con el corazón retumbando. El gesto era visible para cualquier ojo que pudiera haber estado observándolos, pero en ese momento, a Chandler no le importaba un carajo la discreción. Había estado anhelando la piel de Adrian desde el momento en que sus labios se separaron en el estacionamiento detrás de On the Rocks, y ahora que la sentía de nuevo... Deseaba tanto saltar sobre la mesa y arrastrarlo a otro beso. Quería tirarlo al suelo para poder llegar al tesoro escondido bajo ese apretado pantalón de mezclilla.

Tragó el nudo en su garganta y bebió unos cuantos sorbos de cerveza. Más alcohol para calmar los nervios.

Adrian siguió su ejemplo con su cerveza. —¿Entonces, qué pasó?

—Descubrí que estaba hundida en deudas después de que nos casamos. Podía lidiar con eso. Fue el hábito secreto de drogas que desarrolló en algún momento después de tener a April lo que realmente nos destruyó. Incluso pasó un breve período en la cárcel por comprar a un oficial encubierto. Eso fue después de que nos separáramos.

—Dios mío.

—¿Cómo lo tomó tu pequeña... cómo se llama?

—April.

—¿Cómo lo tomó April?

—Tan bien como te puedas imaginar. Ahora está bien. Se da cuenta de que las cosas están mejor ahora. Sé que no es fácil para una niña pequeña que le quiten a su madre. Pero honestamente, está mejor sin su influencia. Tengo la custodia completa.

—Nunca me habría imaginado que te convertirías en padre —dijo Adrian, dándole un puñetazo en el hombro a Chandler—. Pero apuesto a que eres genial.

—Tampoco es algo que yo me hubiera imaginado —se rio Chandler—. Pero estoy haciendo lo mejor que puedo. Honestamente, fácilmente podría haberte imaginado a ti convirtiéndote en padre. Siempre fuiste ese tipo. Bueno con los niños. ¿Has... estado saliendo con alguien?

—Ha habido algunos, nada serio. Nada más que alguien para mantener la cama caliente o pasar el tiempo, ¿sabes?

Chandler asintió. ¿Por qué sentía una ligera punzada de celos al escuchar eso? Quería preguntar *hombre o mujer*, pero decidió no hacerlo. Estaba bastante seguro de que conocía la respuesta, de todos modos; podía sentirlo en sus entrañas. Él había sido el único hombre con el que Adrian había estado. Era lo mismo para él también.

Aun así, incluso la idea de Adrian acostándose con chicas al azar lo hacía sentir un poco dolido. Sorprendió completamente a Chandler. Después de todo, él había estado casado. Adrian era un gran partido. Por supuesto que habría chicas haciendo fila para estar con él, ¿y quién lo culparía por aceptar?

Solo deseaba que *él* pudiera haber sido quien mantuviera la cama caliente para Adrian durante esos tiempos. Quería estar allí en sus brazos, sintiendo todo de él otra vez.

—Es difícil cuando eres conductor —dijo Adrian—. No estoy mucho en casa, y cuando lo estoy, me gusta pasar tiempo con mamá. Me gusta estar en la carretera. Ir de aquí para allá, viendo el amanecer en un nuevo estado cada día. Me gusta eso. Me hace sentir un poco más en paz, ¿sabes?

—Hm. —Chandler levantó su botella—. Hay que aferrarse a lo que sea que te traiga algo de paz. Lo entiendo.

Chocaron las botellas de nuevo y vaciaron el resto de sus cervezas.

—Es realmente bueno verte de nuevo, Adrian —dijo. Chandler era un hombre lleno de emociones pero corto de palabras para expresarlas, y esperaba que Adrian captara lo fuertemente que se sentía.

Adrian le sonrió, y una descarga de emoción recorrió su cuerpo cuando sintió unos dedos deslizarse sobre su muslo debajo de la mesa, dándole un tierno apretón. La vida pulsó en su entrepierna. Por la mirada peligrosamente familiar que brillaba en los ojos de Adrian, Chandler supo que podría tenerlo esta noche si quería. Y lo deseaba de nuevo, con tanta intensidad. No, ¿alguna vez había dejado de desearlo?

Pero ¿qué pasaría si se dejara llevar? Si pasaran la noche juntos, ¿cómo podría lidiar con ello mañana? Adrian no se quedaría. Pronto lo vería marcharse de este pueblo de mierda, con el brazo ondeando por la ventanilla. Su luz en la oscuridad desvaneciéndose de nuevo, tan rápido como había llegado.

Pero, Dios, ¿cómo podría resistirse a él?

El bar se había llenado de gente. Viernes por la noche, sin otro lugar adonde ir. La música sonaba más fuerte y las voces se alzaban en respuesta. La mayoría iba por su tercera o cuarta ronda de tragos. —¿Qué tal si tomamos una más y nos vamos de aquí? —sugirió Adrian—. Se está poniendo demasiado ruidoso para hablar. —Chandler estuvo de acuerdo, aunque le hubiera bastado con quedarse allí sentado con Adrian, sin decir ni una palabra.

—Yo invito —dijo.

—Ya pagaste la última ronda —dijo Adrian, levantándose de su silla. Chandler levantó la palma para detenerlo.

—Yo invito —insistió, y Adrian volvió a sentarse.

El suelo entre ellos y la barra estaba lleno de gente hombro con hombro, y Chandler tuvo que abrirse paso a empujones. Pidió dos cervezas Bud más, y cuando se daba la vuelta desde la barra, su codo golpeó el cuello de una botella, enviándola al suelo con estrépito desde la mano de un desconocido.

—Oye, imbécil —dijo un hombre, claramente ebrio—. Ese era el trago de mi chica.

Chandler se tocó la frente, imitando el gesto de tirar del ala de un sombrero. —Lo siento, señora —le dijo a la mujer, que parecía avergonzada por su amigo—. Tome una de las mías. —Le ofreció una de las botellas.

El hombre borracho se interpuso entre ellos, apartando la mano de Chandler con tanta fuerza que esa botella también cayó al suelo. La multitud alrededor gimió cuando la cerveza salpicó piernas y botas.

—Ni de coña —dijo el hombre—. Ella no va a aceptar cerveza de ningún maricón.

—¿De qué mierda estás hablando? —dijo Chandler, con voz de gruñido bajo.

—Ya me has oído —balbuceó—. Os he visto a ti y a tu noviecito ahí atrás manoseándoos debajo de la mesa.

—No sé qué coño has visto, pero será mejor que vuelvas a tu rincón y me dejes en paz. —Se dio la vuelta para volver a la barra a por otra cerveza, cuando un fuerte tirón en su hombro lo hizo

girar.

Los ojos del hombre estaban vacíos de esa manera en que la gente mira cuando ha bebido demasiado, como si estuvieran mirando detrás de él en lugar de directamente a él. Chandler realmente no quería meterse en problemas, pero podía ver los eventos que estaban a punto de desarrollarse. El hombre no iba a dejarlo pasar. Se acercó al rostro de Chandler.

—Eres un puto ma...

El hombre se detuvo al sentir un toque en su hombro y se dio la vuelta para recibir un gancho de derecha en la barbilla. Tropezó hacia atrás en los brazos de sus amigos, con las ganas de pelear completamente eliminadas. Adrian se frotó los nudillos de la mano derecha. —Hora de irnos —dijo, señalando con la cabeza hacia la salida.

La multitud se apartó y los dos se escabulleron del bar hacia el fresco aire nocturno, sus botas crujiendo sobre la grava hasta que saltaron a la cabina de la camioneta de Chandler.

—Lo siento —dijo Adrian—. No debería haber hecho eso. No lo conocías, ¿verdad? ¿No te va a causar problemas?

—Qué va. Un completo desconocido. Estaba tan borracho que probablemente mañana se despertará preguntándose por qué le duele la mandíbula.

—Oye.

Chandler se giró, y Adrian le rodeó el cuello con el brazo y lo atrajo hacia un beso que envió ondas de choque por todo su cuerpo. Empujó hacia atrás, aplastando a Adrian contra la puerta, sus manos tanteándose desesperadamente mientras sus lenguas redescubrían territorio familiar. La polla de Chandler se puso dura al instante. Besó la mejilla de Adrian, sintiendo su aliento caliente haciéndole cosquillas en la oreja. Hundió su rostro en el cuello de Adrian, besando,

chupando, inhalando su increíble aroma. *Joder*, había echado esto de menos. Lo había echado de menos a *él*.

La mano de Adrian bajó hasta la hebilla de sus vaqueros, tanteando para hacer contacto, y de repente recordó dónde estaba.

—Espera —dijo, apartándose de Adrian—. Aquí no.

—Cierto —respiró Adrian—. Tenemos un problema con dejarnos llevar, ¿no?

El V-8 del Chevy cobró vida con un rugido hueco, y Chandler salió del estacionamiento, cada centímetro de su cuerpo anhelando a Adrian.

3

—No es gran cosa —dijo Chandler, cerrando la puerta principal detrás de ellos—. Espero poder pasar a un apartamento de dos habitaciones cuando April empiece la escuela.

—Está bien —dijo Adrian—. No se necesita mucho para tener un hogar, siempre y cuando tengas a las personas que amas, ¿verdad?

—Así es.

Adrian se acercó tanto que Chandler podía sentir el calor de su cuerpo. Juntaron sus frentes, sus narices se tocaban mientras inhalaban el aroma del otro. Por el momento mantenían las cosas moderadas, pero el calor en su interior iba en aumento. Chandler atrajo a Adrian hacia sí tirando de su cinturón y luego le agarró el trasero con la mano. Adrian exhaló un leve gemido y sus dedos buscaron el borde de la camisa de Chandler. Un momento después, esta yacía arrugada en el suelo, y sus músculos desnudos se erizaron mientras Adrian los exploraba con sus labios.

Esto estaba sucediendo de verdad. No era un sueño ni una fantasía.

Se acabó el juego suave. Adrian empujó a Chandler, haciéndolo caer de espaldas sobre la cama. Lo siguió, poniéndose encima de él y recorriendo su cuerpo con una serie de besos hambrientos. Más abajo, más abajo, hasta que sus labios llegaron al borde del cinturón. Luego, con un rápido tirón, un tintineo de latón y un *fwip* de cuero curado, el cinturón quedó desabrochado. *Pop*. Ahí iba también el botón de sus vaqueros.

Chandler observaba, con la boca ligeramente abierta por la emoción asombrada, cómo Adrian bajaba la cremallera de su bragueta. Su ropa interior se abultaba con una erección que anhelaba ser liberada. La palma de Adrian tanteó el terreno, y Chandler casi estalló al sentir su cálido tacto. Incluso a través de la tela era abrumador, pero cuando Adrian deslizó su dedo bajo la cinturilla y estableció contacto directo, fue como recibir una descarga eléctrica. Chandler se estremeció y jadeó, aún incrédulo de que esto estuviera sucediendo.

Su ropa interior bajó hasta sus tobillos. Su pene se liberó erguido. Una caricia, y una gota de líquido preseminal brotó en la punta. Adrian la lamió con una sonrisa ansiosa. Luego, sin apartar los ojos de los de Chandler, presionó sus labios contra la punta y siguió bajando. Más y más abajo.

Joder.

Movió las caderas al ritmo de sus movimientos, deleitándose con la acción de la lengua experta de Adrian. Era tan bueno. Tan, tan bueno. Siempre había sabido cómo provocar a Chandler de la manera correcta y cómo dárselo en todos los lugares adecuados. Era completamente evidente que nada había cambiado.

Chandler gimió y pasó sus dedos por el cabello oscuro de Adrian. Recordó el acuerdo que habían hecho después de la última vez que estuvieron juntos antes de terminar su servicio. *Esto es todo*, habían dicho. *Lo que sea que haya sido esto, se queda aquí*. Durante cinco años, así había sido. Pero Adrian sabía que la única razón de ello era la distancia entre ellos. No había manera de que pudieran haber parado. Estaba indefenso ante él. Completamente vulnerable a todo lo que tenía que ver con ese hombre. Incapaz de mantener sus manos lejos de él.

Se apartó de la boca de Adrian y lo volteó sobre la cama, boca abajo en cuatro patas, y le quitó los vaqueros de los muslos. Su ropa interior tampoco duró mucho. Chandler la bajó de un tirón, lo abrió y hundió su rostro en él, pasando su lengua desde el tronco del pene de Adrian, subiendo por sus testículos y alrededor de su entrada. Maldita sea, había extrañado esto.

—*Joder* —gruñó Adrian, aferrándose al edredón y moviéndose para darle a la talentosa lengua

de Chandler el mayor acceso posible.

—Quédate así, no te muevas —gruñó Chandler, y en un instante estaba de vuelta, desenrollando un condón sobre su longitud.

—Dámelo ya —murmuró Adrian en un tono que parecía estar incitándolo—. Vamos, vamos. Ahh...

Chandler hizo contacto, agarró la cadera de Adrian para tener apoyo y se abrió paso hacia el paraíso. Los ojos de Adrian revolotearon y su boca se abrió en un gemido silencioso mientras apretaba las sábanas con los puños.

Embestidas lentas, una, dos, tres... Chandler movía las caderas, hundiéndose completamente en el cálido interior de Adrian antes de retirarse de nuevo en un ritmo constante y practicado. Adrian se movía con él, sus movimientos eran una danza de placer. Sí, ya habían hecho esto antes.

Más rápido ahora, y un poco más fuerte. *Joder, qué apretado estaba*. Chandler había olvidado esta sensación, aunque la fantasía nunca había estado lejos de su mente, ni tampoco de la de Adrian.

Un rápido *plaf plaf* cuando Chandler golpeó con la palma la nalga de Adrian. Ya no se contendría más. Embistió con fuerza, rápido y constante. El colchón crujió. Adrian gimió contra las sábanas. La piel chocaba contra la piel. Chandler apretó su agarre, los músculos de su bíceps tensándose, las venas hinchándose por el esfuerzo. El clímax se acercaba, y ya no había forma de detenerlo. Adrian se llevó la mano abajo y comenzó a acariciarse: él también estaba cerca. Chandler apretó los dientes, echando la cabeza hacia atrás mientras oleadas de éxtasis recorrían su cuerpo.

¡Joder! No había nada como esto. Siempre había sido bueno con Adrian antes, pero años separados, pensando que nunca lo volvería a ver... Chandler ahora sabía con certeza que nunca

podría tener esto con nadie más, hombre o mujer.

—Me voy a correr —logró decir.

—No pares —gimió Adrian—. No pares, joder...

Chandler embistió con todas sus fuerzas hasta el gran final. Adrian gritó un gemido y golpeó con el puño la cama, y Chandler sintió que alcanzaba el clímax. Los espasmos de su entrada alrededor de su miembro lo enviaron al abismo, y empujó y se mantuvo mientras el orgasmo lo sacudía como nunca antes lo había sentido.

Se desplomó en la cama junto a Adrian, sus pechos agitándose por el esfuerzo. Adrian se volvió y atrajo a Chandler contra él.

—Me temo que he hecho un desastre en la cama —dijo.

—No pasa nada —dijo Chandler, hundiendo su rostro en el hueco del cuello de Adrian y embriagándose con su delicioso aroma. Después de limpiarse, los dos se quedaron quietos en los brazos del otro.

Chandler no quería que el momento terminara. Deseaba poder quedarse allí con él para siempre, no tener que volver nunca a su realidad. Recordaba haber sentido lo mismo hace cinco años. ¿Qué pasaría ahora? Adrian se iría, y él tendría que vivir con la confirmación de que nada sería tan bueno como esto.

Adrian rompió el silencio.

—Sabes, nunca pensé que sería uno de esos tipos que se ponen nostálgicos por su tiempo en el extranjero. Algunos extrañan la acción. Otros, algún sentido de propósito. Algunos, la

camaradería. Honestamente, lo único que extraño... eres tú. Y esto. —Suspiró.

Él no sabía qué decir. ¿Qué podía decir? No era bueno expresándose, así que respondió de la única manera que sabía. Envolviendo sus brazos aún más fuerte alrededor del cuerpo de Adrian, lo atrajo hacia sí y le dejó un largo beso en los labios.

Se quedaron allí juntos durante otra hora, todo el tiempo Chandler deseando que el reloj simplemente se detuviera y les diera un poco más de tiempo para estar el uno con el otro.

—¿Te vas a ir de la ciudad mañana? —preguntó.

Adrian no respondió de inmediato.

—Estaba pensando —dijo—. Tal vez me quede por unos días. Estoy entre contratos en este momento. Podría llevarme un tiempo encontrar una carga que vaya a Rosebridge.

La emoción brotó en el corazón de Chandler, y luchó por contenerla. No tenía sentido hacerse ilusiones.

—Si hicieras eso, estaría encantado de ofrecerte un lugar en el sofá. Diría la cama, pero... Demasiado que explicarle a April ahora mismo.

Adrian se rio.

—No, está bien. Tengo una cabina bastante agradable para dormir en mi camión. No quiero ocupar tu espacio. Pero estaré por aquí para molestarte, te lo prometo.

—Mm. Bien.

—¿Crees que podrás escabullirte? ¿Tener algo de tiempo privado?

Chandler sonrió.

—Creo que puedo arreglar algo. —Deseaba poder quedarse allí con él toda la noche, pero se estaba haciendo tarde—. Escucha, tengo que ir a recoger a mi hija. ¿Nos vemos mañana? Tengo el día libre.

—Trato hecho.

—Te daré mi número.

Adrian se levantó de la cama y recogió la ropa del suelo, lanzando la de Chandler hacia él. Se puso la suya, y Chandler lo observó desde la cama, sonriendo para sí mismo. La forma en que la ropa de Adrian se ajustaba a su figura cincelada era una absoluta perfección, un festín para los ojos. Volvía loco a Chandler. Se necesitaba todo su control para evitar lanzarse sobre él y desnudarlo de nuevo.

En la parada, enormes camiones se alineaban en el estacionamiento bajo el resplandor de las tenues farolas amarillas.

—Este es el mío —dijo Adrian, señalando un tractor rojo con un remolque blanco. Chandler estacionó su Chevy junto a él. El aire nocturno estaba fresco y quieto, con el ocasional sonido de un auto pasando por la carretera.

—Precioso camión —comentó Chandler.

—¿Verdad que es algo especial? —dijo Adrian, dando una palmada afectuosa en la puerta—.

Ven más tarde y te daré un tour. Te mostraré lo que hay bajo el capó.

Todo lo que pasaba por la mente de Chandler en ese momento era volver a meterse bajo el capó de Adrian.

Adrian abrió la puerta y se impulsó para subir a la cabina. Chandler se dio la vuelta para irse, cuando Adrian, agarrándose del asidero en el interior del marco de la puerta, se balanceó hacia abajo y le dejó un beso en los labios. Se volvió a subir, sonrió y luego cerró la puerta. Chandler se quedó ahí por un momento, con una sonrisa ladeada en la boca. Sacudió la cabeza, riendo entre dientes, y luego subió a su camioneta y se marchó.

¿A dónde iba a llegar esto? En el fondo de su mente, Chandler sabía la respuesta obvia. Muy pronto, Adrian Stokes volvería a ser solo un recuerdo. Tal vez palabras en una postal enviada desde la carretera, o una llamada telefónica ocasional, pero ¿cuánto podría durar eso? Un pedazo de papel nunca podría satisfacer el anhelo doloroso que sentiría por él. No, solo lo empeoraría. Ya había pasado por eso antes.

Había trabajado duro para olvidar lo que había compartido con Adrian, pero al final, todos esos sentimientos simplemente habían quedado guardados en lo más profundo de su corazón. No sabía si podría obligarse a olvidar de nuevo.

Lo inteligente habría sido haberle dicho que no. Haber inventado alguna excusa, alguna razón por la que Adrian no debería esperar en el pueblo. No habría sido muy difícil: *estaba* cargado con un montón de trabajo y cuidando de April. Sí, eso habría sido lo inteligente. Pero Chandler no siempre tomaba las decisiones más inteligentes.

~

Adrian se lanzó sobre el colchón individual en la parte del dormitorio de su camión, se quitó las botas de una patada y estiró las manos detrás de la cabeza. En la pared trasera a su izquierda colgaba su chaqueta favorita, y junto a ella, una foto de mamá y papá abrazados y sonriendo a la cámara. Por encima de todo, colgaba la bandera estadounidense. La bandera estaba desgastada y

sucia, un recuerdo que había traído de su servicio en Irak.

No había forma de deshacerse de la sonrisa tonta plasmada en su rostro. Su labio inferior estaba hinchado por los atentos besos de Chandler, sus músculos dolían y estaba adolorido en todos los lugares correctos, todos agradables recordatorios de los eventos de la noche. Demonios, no se había corrido tan fuerte en años. Cinco años, para ser exactos.

Adrian había olvidado lo increíble que se sentía estar con él. También había olvidado cuán profundo podía ser el anhelo. Ya extrañaba la sensación del cuerpo de Chandler contra el suyo, el confort de su presencia y la calidez de su aroma. Y sus ojos. Esos ojos hermosos. Eran mucho más cautivadores de lo que recordaba.

No podía creer que realmente lo hubiera encontrado. Y que *no* estuviera comprometido.

Localizarlo fue un milagro en sí mismo, pero por un momento había creído que el hijo de puta estaba realmente casado.

¿Y si lo hubiera estado?

¿Habría cambiado algo?

Adrian quería creer que si Chandler Longman hubiera seguido felizmente casado, ese pequeño beso de reencuentro nunca habría sucedido. Tal vez habrían tomado una copa juntos, se habrían puesto al día sobre sus vidas y luego habrían seguido sus caminos por separado.

Pero, ¿a quién quería engañar? Tenerlo de nuevo había estado en su mente desde el momento en que lo vio en ese bar, y sabía muy bien que había sido lo mismo para Chandler. La forma en que se sentían el uno por el otro, Adrian sabía que nada podría haberlos mantenido separados, y eso lo asustaba un poco.

¿En qué demonios se estaba metiendo de nuevo?

4

Ese maldito calor seco. La forma en que el viento levantaba ráfagas de arena fina que parecían pegarse en cada recoveco de tu cuerpo y atascaba tanto tu arma que podías construir un jodido castillo cada vez que le dabas mantenimiento. La comida sorprendentemente buena en el rancho. Los largos tramos de nada, salpicados por el alboroto de una alarma de fuego real. El rugido de los helicópteros Osprey y el retumbar de los vehículos todo terreno. Botas sobre el terreno. Demasiada testosterona en el aire.

Servicio de centinela con Longman. ¿Por qué tenía que ser con Longman? No se llevaba bien con Longman. O más bien, prefería no llevarse bien con él.

¿Por qué era eso? No es que tuviera algo en contra de Chandler. Claro, el tipo era un poco demasiado callado a veces, pero no era alguien con quien normalmente no se hubiera llevado bien. Adrian simplemente prefería interactuar con él lo menos posible. Cada vez que tenía que hablarle, no podía evitar ser frío.

Tal vez tenía algo que ver con cómo lo hacía sentir cada vez que ponía los ojos en el tipo.

Había encontrado atractivos a hombres antes, pero ninguno como Chandler. Chandler era una combinación especial de perfección pecaminosa que nunca dejaba de hacer que a Adrian le temblaran las malditas rodillas. Lo había visto en la ducha. Lo había visto en el gimnasio. Y esos ojos. Esos ojos verdes podían convertir la arena en vidrio.

¿Cómo podía un hombre hacerlo sentir así? Ni siquiera Rachel, su novia de la secundaria, había

encendido un deseo tan fuerte en él. Y por todos los derechos, Rachel debería haberlo hecho. Era preciosa: líder de las animadoras, presidenta de la clase; demasiado buena para alguien como él.

Todavía hacía calor, aunque ya era el atardecer tardío. Los dos estaban en su puesto, mirando hacia el profundo crepúsculo púrpura. De vez en cuando, en la ciudad que se extendía lejos hacia el este, podían ver destellos de fuego y escuchar pequeños estallidos varios segundos después, como palomitas de maíz en un microondas.

—Eres de New Hampshire, ¿verdad? —preguntó Chandler, rompiendo el silencio que habían compartido durante más de una hora—. ¿Rosebridge?

—Así es —dijo Adrian con rigidez.

—Beasley tiene un equipo de fútbol americano de primera. Ese partido de los playoffs fue realmente algo.

—No sabría decirte. No veo fútbol americano —dijo.

Chandler se encogió de hombros. —Está bien. No hay necesidad de hablar.

El fuego de las armas crepitó a lo lejos, lanzando destellos de luz a través del aire.

El silencio era lo que Adrian había querido. No quería una razón para acercarse más al Soldado de Primera Clase Chandler Longman de lo necesario. Podía confiar en que el hombre le cubriría las espaldas, pero eso no significaba que necesitara acercarse. Aun así, no pudo evitar responder. —¿Desde cuándo te gusta hablar? Casi nunca te veo hablar con nadie.

—No necesito decir nada si no hay nada que decir.

—¿Así que hay algo que decir ahora?

—Solo estoy interesado en ti, es todo.

Bam. La sensación que sacudió el corazón de Adrian ante esas palabras fue más parecida a un ataque cardíaco que a un latido saltado. Logró enmascarar su reacción ajustando su arma, que colgaba sobre su pecho.

—¿Y por qué estarías interesado en mí?

—Nunca llegué a conocer a nadie de una gran ciudad como Rosebridge antes —dijo Chandler—. Y estamos trabajando juntos, así que, ¿por qué no?

—Mentira —se burló Adrian—. Sé de hecho que conoces a tipos de ciudades.

—Los conozco. Pero nunca llegué a *conocerlos*, ya sabes.

Adrian resopló y negó con la cabeza. —Rosebridge ni siquiera cuenta como una gran ciudad. Debes ser realmente de un pueblo perdido.

—Everetteville, Arkansas —dijo.

—¿Dónde coño está eso?

—Exactamente.

Ambos se rieron.

Otra ráfaga de fuego de ametralladora repiqueteó de nuevo en la ciudad oriental. La luz restante del sol estaba a punto de desaparecer, dejando el cielo de un azul oscuro, como el agua profunda del océano.

—A veces es extrañamente hermoso aquí fuera —dijo Adrian—. A pesar de toda la mierda jodida que está pasando.

Chandler sacó un paquete de Marlboro Reds, se llevó uno a los labios, lo encendió y luego le ofreció el paquete a Adrian. Los cigarrillos eran una mercancía rara: no había forma de conseguirlos excepto en paquetes de cuidados desde casa o de civiles. Adrian tomó uno. Chandler se inclinó, sosteniendo firmemente su cigarrillo entre los labios. Adrian se puso el cigarrillo en la boca y tocó la punta con la de Chandler. La brasa pasó de una punta a la otra. Ambos hombres exhalaron nubes de humo que se alejaron con el viento.



Adrian se despertó con el sonido de motores de camiones rugiendo y la luz brillante del sol entrando por la ventana delantera de su cabina. Se incorporó y se frotó los ojos. Hacía tiempo que no soñaba con Irak.

El recuerdo del sueño rápidamente se desvaneció en un recuerdo de carne contra carne, del aliento caliente de Chandler en su cuello mientras se hundía profundamente en él, dejándolo sin aliento. Maldita sea, lo de anoche realmente sucedió, ¿no? El dolor aún presente confirmaba que sí, realmente había ocurrido.

Se aseó y usó la ducha del área de descanso antes de marcar el número de Chandler.

—Habla Chandler Longman.

—Hola —dijo Adrian.

—Hola tú —dijo Chandler, suavizando su tono—. ¿Dormiste bien?

—No me puedo quejar —dijo—. El ejercicio ayudó.

Chandler se rio entre dientes.

—Bueno, ¿por qué no vienes? Te prepararé el desayuno.

—Mierda, no puedo decir que no a eso.

—¿Necesitas que te recoja?

—A menos que tengas un lugar para estacionar un semirremolque de veintiún metros.

—Estaré allí en un momento.

Diez minutos después, la camioneta plateada de Chandler entró en el área de descanso. Una parte de Adrian todavía sentía que lo que había sucedido ayer podría haber sido un muy buen sueño, o que tal vez *aún* estaba soñando. Ver a Chandler saliendo de su camioneta, con la luz de la mañana brillando en su cabello, la camisa de franela con las mangas arremangadas hasta sus hinchados bíceps, jeans rasgados y botas Red Wing polvorientas... aún no estaba del todo convencido. El hombre parecía un ángel salido del cielo. O tal vez un diablo disfrazado de uno. Ciertamente era bueno haciendo que Adrian pecara.

En un lugar como este, a plena luz del día, la discreción habría sido la mejor decisión, pero ninguno de los dos pudo resistirse a atraer al otro en un fuerte abrazo. Sus rostros se acercaron a centímetros de distancia, sus labios atraídos como imanes opuestos. Adrian puso su mano en el

hombro de Chandler, ampliando la brecha entre ellos. *Autocontrol, autocontrol*. Era algo difícil de mantener cuando todo su cuerpo quería perder el control, especialmente cuando estaba envuelto en sus brazos.

—¿No está April? —preguntó, deslizándose en el asiento del pasajero.

—Guardería —respondió Chandler, encendiendo el motor—. Pensé que deberíamos tener el día para nosotros. Ponernos al día un poco más.

—Me parece bien —dijo Adrian, incapaz de contener una sonrisa. Volver a familiarizarse con el cuerpo de Chandler a la luz reveladora del día era exactamente lo que tenía en mente.

Chandler cerró de golpe la puerta principal detrás de ellos en el momento en que entraron al apartamento. Agarró a Adrian por los hombros y lo atrajo hacia sí, sus labios chocando. Tropezaron hacia atrás en dirección a la cama, sus manos trabajando febrilmente para desnudarse mutuamente lo más rápido posible. La camisa de botones de Chandler voló al suelo. Adrian levantó las manos como un hombre rindiéndose, y Chandler le arrancó la camisa de los hombros. Sus besos hambrientos descendieron por el cuello de Adrian hasta el valle de su clavícula, y luego hasta la curva de su pecho, donde hizo contacto con un pezón firme. Escalofríos recorrieron el cuerpo de Adrian, y un gemido escapó de sus labios.

—Súbete a la cama —gruñó Chandler, y un empujón sólido envió a Adrian rebotando sobre el colchón. Chandler lo miró con una mirada agitada en sus ojos. Se frotó la barbilla con barba incipiente como si estuviera haciendo una evaluación, y luego desabrochó la hebilla de su cinturón.

Adrian siguió su ejemplo, apresuradamente desabrochando el botón de sus jeans y quitándoselos de los tobillos. Los de Chandler se arrugaron a sus pies. Se los quitó y procedió a subir a la cama, colocándose sobre Adrian en cuatro patas. Con una mano, Adrian agarró a Chandler por la nuca y lo atrajo hacia un beso, sus lenguas saludándose antes que sus labios. Con la otra mano, alcanzó entre los muslos de Chandler y agarró su abultado paquete.

Duro y listo para la acción. Quería ver ese hermoso miembro y no esperar un minuto más. Metió la mano debajo de la ropa interior de Chandler y envolvió sus dedos alrededor del premio mientras sus lenguas continuaban bailando. Chandler le hizo el favor a Adrian de quitar la última barrera, dejándose libre. Adrian miró hacia abajo, ansioso por echar un vistazo, y Chandler felizmente le proporcionó uno. Giró para un poco de sesenta y nueve, poniendo todo a la vista perfecta.

Adrian sintió los pulgares de Chandler deslizarse bajo la cintura de su ropa interior y, mientras abría la boca para recibir el miembro de Chandler, levantó las caderas para que pudiera desnudarlo por completo. Pronto ambos estaban conectados, con sus bocas llenas del otro.

El pene de Chandler pulsaba vigorosamente mientras lo provocaba con su lengua, sus labios y sus mejillas. A veces era difícil mantenerlo dentro, cuando el placer que Chandler le daba era tan intenso que no podía evitar gemir. Cuando eso ocurría, usaba su mano para satisfacerlo, y no pasó mucho tiempo antes de que anhelara una conexión más íntima.

—Fóllame, Chandler —gruñó Adrian. Chandler no necesitó que se lo dijeran dos veces. Rápidamente se apartó y lo volteó boca abajo. Adrian levantó el trasero, esperando. El crujido del papel metálico. La fría sensación del lubricante en su entrada. La palma de Chandler en su cadera. Luego presión... *¡joder!* Apretó las sábanas con el puño y golpeó el colchón. Nunca se acostumbraría a esa sensación, como si lo partieran en dos. Pero era *buena*. Dolía, pero era un dolor condenadamente bueno.

Chandler no lo hizo lento. Lo folló duro y rápido, como si hubiera estado deseando hacerlo desde el momento en que se habían dado las buenas noches. Tal vez así había sido.

Con el grosor de Chandler golpeando profundamente dentro de él, Adrian gimió contra las almohadas y sintió que perdía todo el control.

No había nada mejor que esto, se dio cuenta. Había pasado todos esos años pensando que lo que habían tenido era una casualidad, algo fácilmente reemplazable con el tiempo. Pero ahora, estando aquí con Chandler de nuevo, Adrian sabía que nada se acercaría jamás a ser tan bueno.

Nadie podía ser tan bueno como Chandler.

Llegaron al clímax casi al mismo tiempo. Después, los dos hombres se relajaron en los brazos del otro en la cama. Adrian adoraba la sensación de la ancha espalda de Chandler presionada contra su pecho mientras se abrazaban. Se preguntó si Chandler podría sentir los latidos de su corazón así.

—¿Alguna vez sueñas con aquella época? —preguntó Adrian.

—¿Qué? ¿Te refieres a Irak?

—Sí.

—Solía hacerlo. Todo el tiempo —dijo Chandler—. Era malo. Julia nunca supo cómo manejarlo. Ha mejorado. Especialmente con April en mi vida. ¿Y tú?

Cuando Adrian soñaba con Irak, generalmente lo llevaban de vuelta a los momentos que había compartido con Chandler. Claro, había tenido pesadillas, pero habían sido pocas y distantes entre sí. Saber esto lo hacía sentir algo culpable. —Lo hago, a veces —dijo. Decidió no elaborar sobre el sueño que había tenido anoche.

—Lo extraño, sin embargo, a veces —dijo Chandler—. ¿No es raro? Casi muero allá y lo extraño, joder, y ni siquiera sé si podría decirte por qué.

Adrian asintió. —Sí, sé a qué te refieres. A veces, sentía que tenía más propósito allá. Estaba haciendo algo. Seguro que no sé si estaba haciendo una diferencia, pero era algo.

—Mi niña es mi propósito ahora —dijo Chandler—. Pero supongo que sentía algún tipo de pertenencia allá. Mierda, no lo sé.

—¿Sabes qué es lo que realmente extraño?

—¿Hm?

—La simplicidad. Todo lo que había que preocuparse era sobrevivir el día. Sin facturas, sin compras, sin tareas domésticas. Todo lo que tenía era mi ingenio y... los hombres que me cubrían la espalda. —Al decir esto, apretó el antebrazo de Chandler—. Te tenía a ti, todos los días.

Chandler giró la cabeza y lo besó. —Sí —dijo.

—Háblame de April. ¿Cómo es? Todavía no puedo creer que tengas una hija, tío.

—Es maravillosa. Es jodidamente fantástica. Brillante como el infierno, mucho más inteligente que yo, eso es seguro.

—Era de esperarse. —Adrian sonrió.

—Vete a la mierda —se rio Chandler. Su expresión se volvió seria, y se quedó callado por un momento—. Una niña tan inteligente como está resultando ser debería criarse en un lugar mejor que un pueblo de mierda como este. Que vaya a la escuela a la que yo fui cuando era niño... —Negó con la cabeza tristemente.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Chandler se rio de nuevo, aunque esta vez sonó desgastado. —¿Qué crees? No puedo hacer una mierda. No hay nada que pueda hacer para salir de un lugar como este. Sin habilidades, sin educación que valga la pena.

—Eso es una mierda —dijo Adrian—. Ponle una llave inglesa en la mano y puedes arreglar cualquier motor que te pongan delante. Estabas trabajando en un taller, ¿no? ¿Por qué estás perdiendo el tiempo puliendo platos en un jodido bar de striptease?

—No sé si te has dado cuenta, pero no hay mucho pasando en este pueblo. Solo hay tres talleres aquí; uno me despidió, y los otros no están contratando.

—Recuerdo que me contaste un gran plan sobre abrir tu propio taller.

—Sí, bueno... Como dije. No hay mucho negocio aquí de todas formas. Además, no puedo arriesgarme así con mi niña. Ni siquiera tengo el dinero en el bolsillo para hacer algo así en primer lugar. Julia se comió los ahorros que teníamos. ¿Qué hay de ti? Por lo que vi, podrías haber ido a trabajar en maquinaria de alta gama. Coches de carreras, o algo así. Eras un maldito mago en el taller.

—Oye, no hagas que esto sea sobre mí —dijo Adrian. Quería mantener el enfoque en Chandler, no solo porque el tipo estaba dejando que sus habilidades se desperdiciaran seriamente en la parte trasera de un club de striptease, sino porque Chandler tenía razón. Probablemente podría haberse metido en algún trabajo de alto nivel. Incluso ingeniería, con la educación. Siempre había sido un genio tanto con la llave inglesa como con los números, pero ahora el único motor en el que trabajaba era el que estaba dentro de su camión.

—¿Qué haces conduciendo un camión? —preguntó Chandler.

Adrian suspiró y se encogió de hombros. —Supongo que simplemente me sentí vacío después de salir del ejército. No quería quedarme en un solo lugar. El camión parecía la mejor opción.

—Podrías haber ido fuera del estado para estudiar —sugirió Chandler—. Conseguir un título.

—No iba a conseguir un maldito título —gruñó Adrian sombríamente—. Apenas podía

entenderme a mí mismo al volver a casa. Nada parecía igual.

—¿Así que vas a hacer eso por el resto de tu vida, eh?

—Paga las cuentas. Puedo ayudar a mi madre. Funciona por ahora. Ya resolveré lo demás más adelante.

La verdad era que cada vez que Adrian intentaba imaginar su futuro, nada bueno parecía yacer allí. Se sentía sin rumbo. Perdido. Mientras siguiera conduciendo, tal vez podría escapar de cualquiera de los resultados de mierda que veía como inevitables para un veterano sin educación, cansado y apático.

—Este no es el tipo de conversación que deberíamos estar teniendo —dijo Chandler—. Menos de eso y más de esto. —Se dio la vuelta y presionó su rostro contra el cuello de Adrian, besándolo allí. Adrian se estremeció al sentir la barba incipiente de Chandler haciéndole cosquillas en la piel. Lo abrazó fuertemente. Su cuerpo se sentía tan reconfortante, y de una manera completamente diferente a cualquiera de las mujeres con las que había estado. Ellas habían sido un método de liberación, mientras que Chandler era... más. Mucho más.

¿Cómo podía sentirse así por otro hombre?

Era una pregunta que se había hecho tan a menudo durante su tiempo juntos en el ejército. Nunca había sentido algo tan fuerte por ningún otro hombre, ni antes ni después. Nunca se presentó una respuesta. Todo lo que sabía era que lo que él y Chandler tenían era especial. Y aparentemente, el tiempo no lo había atenuado en lo más mínimo.

Hicieron el amor dos veces más y pasaron el resto del día holgazaneando desnudos en la cama juntos antes de que Chandler tuviera que recoger a April de la guardería. Adrian lo acompañó, y el viento azotaba su cabello mientras miraba por la ventana de la camioneta de Chandler. Su corazón estaba lleno de un dolor familiar pero olvidado hacía mucho tiempo mientras añoraba un futuro imposible.

Tal vez venir aquí había sido una mala idea después de todo. Debería haber sabido que esto pasaría. O tal vez lo sabía, y había elegido ignorar lo obvio.

Ahora era demasiado tarde.

5

En la guardería, Chandler fue recibido por un torbellino de emoción que corría chillando. April se acercó tambaleándose tan rápido como sus piernecitas se lo permitían, saltó y abrazó a su padre por las piernas. Adrian se quedó a un lado, junto a la entrada de la guardería, observando, incapaz de contener una sonrisa.

—¡Papi!

—Hola, princesa. ¿Has tenido un buen día?

—La señora Gaut me dio un libro —dijo April, mostrando el pequeño libro con páginas gruesas de cartón—. Es sobre un gatito.

—Qué amable de su parte. ¿Le diste las gracias?

April asintió.

—Es un regalo de mi parte —dijo la señora Gaut con una sonrisa—. Definitivamente tiene un don, señor Longman. Siga animándola a leer.

—Hago lo que puedo —dijo él—. Gracias. —Con April aún aferrada a su pierna, Chandler se acercó cojeando a Adrian—. Cariño, quiero presentarte a alguien. ¿Recuerdas que te conté sobre

cuando papá luchaba en el ejército?

—Ajá.

—Este es Adrian Stokes. Estuvo conmigo en el ejército. Es un muy buen amigo de papá.

—Hola, April —dijo Adrian, agachándose—. Es un placer conocerte.

De repente, April se volvió muy tímida y se escondió detrás de la pierna de su padre. Chandler se rio.

—¿Qué haces ahí atrás? Vamos, cariño. Normalmente no es tímida.

Adrian solo sonrió. Quedó inmediatamente encantado con la pequeña niña que tenía un parecido tan sorprendente con su padre. Compartían los mismos ojos.

—No pasa nada —dijo él.

—Adrian será nuestro invitado para cenar esta noche —le dijo Chandler a April, y ella pareció animarse un poco al escuchar esto—. ¿Serás una buena anfitriona?

Ella asintió. —Ajá.

—Le encanta recibir invitados —dijo Chandler—. Espero que estés listo para ser parte de una de sus fiestas de té.

—Soy un gran fan de las fiestas de té —dijo Adrian, y April sonrió y comenzó a saltar arriba y

abajo, aún agarrando el pantalón de Chandler con un puñito.

Durante el viaje a casa, April leyó cuidadosamente en voz alta el libro que la señora Gaut le había regalado.

—¿Has pensado en el preescolar? —preguntó Adrian, y Chandler resopló en respuesta.

—Mira este pueblo. No hay preescolar.

Adrian pudo ver que el tema era delicado, y no lo siguió. De vuelta en el apartamento, Chandler sacó hamburguesas del congelador y se puso a asarlas en la estufa. Adrian bebía una cerveza mientras observaba a April jugar con un set de bloques gigantes en el suelo de la sala. Ella se volvió hacia él y le ofreció un bloque rojo.

—Este es tu té —dijo, con aire de seriedad.

—Oh, qué amable de tu parte. Gracias. —Levantó el bloque en un gesto de "salud" y fingió beber de él.

—¡No seas tonto! —dijo ella, y le dio una palmadita en la rodilla—. Todavía no he servido el té.

—¡Con razón me sabía tan soso! —dijo Adrian, y escuchó a Chandler reírse desde la cocina. Sostuvo el bloque y April fingió servir en él.

—Listo. Ahora serviré el mío. —Hizo lo mismo con su propio bloque—. Ahora sí hay té.

—Salud —dijo Adrian, y chocó su bloque contra el de ella.

Después, April tomó a Adrian de la mano y lo llevó a su habitación. —Tú serás April, y yo seré la mamá —dijo—. Te leeré un cuento.

—De acuerdo —dijo Adrian, riendo.

Se sentó en el suelo junto a su cama, sosteniendo un gato de peluche que ella le había dado. Ella sacó el libro que había recibido ese día y lo leyó en voz alta con entusiasmo animado. Adrian estaba impresionado por lo mucho que la pequeña se parecía a su padre.

La *hija* de Chandler. Aún le costaba creerlo, pero ahí estaba. Lo que realmente le conmovía era lo evidente que resultaba el amor de Chandler como padre. Para un hombre cuya manera de expresar emociones siempre había sido reservada, era una sorpresa ver este otro lado de él. A Adrian se le ocurrió que durante los últimos cinco años, Chandler había cambiado mientras que él había permanecido igual. Siempre vagando, siempre perdido. Esperando algo que nunca llegaría.

—Fin —dijo April, cerrando el libro.

—Fue una buena historia —dijo Adrian—. ¿Te gusta leer, April?

Ella asintió.

—Ahora elige un nuevo libro para leer —trajo una pequeña caja, y dentro había varios libros ilustrados pequeños.

—¿Has leído todos estos? —preguntó él.

—Sí. Papi también me los lee. Este es mi favorito —sacó un libro titulado *Buenas noches, Mono* y se lo entregó a Adrian—. Yo seré April y tú serás la mami ahora —le indicó.

Adrian se rio.

—De acuerdo. ¿Quieres que te lea la historia?

—Sí.

Abrió el libro y comenzó a leer, pero April lo detuvo.

—¡Tienes que arroparme primero! Finge.

—Vale.

Ella se acurrucó en su cama y Adrian fingió cubrirla con las sábanas.

—¿Bien? —preguntó, y ella asintió—. De acuerdo.

Le leyó el libro, y ocasionalmente ella lo detenía para decirle la forma correcta de leer las frases únicas en las gruesas páginas de cartón, diciendo "así es como lo lee papi". A mitad de la historia, Adrian levantó la vista y vio a Chandler de pie en el marco de la puerta del dormitorio, con las manos metidas en los bolsillos y una sonrisa en los labios.

—Las hamburguesas están listas —dijo—. Vamos, chicos. A comer.

—Adrian me estaba leyendo —protestó April.

—Podemos terminar después —dijo Adrian, poniéndose de pie—. Me muero de *hambre*, y esas hamburguesas huelen increíble.

—Vamos, cariño —dijo Chandler—. Andando.

April se levantó y, para sorpresa de Adrian, le tomó la mano y lo condujo al comedor. Intercambió una mirada con Chandler, quien inclinó la cabeza y sonrió con una expresión que decía: "¿No es increíble?"

Comieron e intercambiaron historias divertidas sobre sus trabajos. April masticaba su hamburguesa, que Chandler había cortado en pedazos para ella, escuchando y observando a los dos mientras reían. Ver a su padre de tan buen humor la ponía contenta también, y se comió todo sin quejarse.

Después de la cena, Chandler fue a preparar a April para dormir. Adrian abrió otra cerveza y se sentó en la sala para ver un partido de fútbol americano universitario en la televisión. Nunca le había interesado mucho el fútbol americano hasta que conoció a Chandler, quien era un gran fanático. La Universidad de Beasley estaba jugando, y pensó en su hogar y en mamá. Tendría que volver pronto, y probablemente sería lo mejor. Esta pequeña visita nunca estuvo destinada a significar nada, pero las cosas se estaban saliendo rápidamente de control y cuanto más tiempo se quedara, peor se pondría.

Se levantó del sofá y caminó hacia el área dividida que Chandler usaba como habitación. El hombre no merecía vivir así, luchando y criando a su pequeña hija solo. Era evidente que Chandler había sido golpeado por la vida desde que regresó a casa. El estrés de readaptarse a la vida civil, su matrimonio fallido, la falta de opciones en este pueblo sin futuro. Adrian conocía el potencial de Chandler. Sabía lo capaz que era, así que le dolía verlo en esta situación.

Pero, diablos. No es como si él estuviera haciendo algo mejor.

Se sentó en el borde de la cama, y un pequeño escalofrío de emoción recorrió su cuerpo. Las cosas que habían hecho juntos aquí más temprano hoy y la noche anterior. Había soñado con estar con Chandler de nuevo, pero nunca creyó que realmente sucedería. Tomó la almohada y la presionó contra su nariz, inhalando el cálido aroma que se aferraba a la tela. *Dios*, deseaba poder

estar rodeado de ese aroma increíble todo el tiempo. Se acostó sobre las sábanas, acariciándolas con las palmas. Lo que hicieron hoy bien podría haber sido la última vez.

Un libro en el estante contra la pared llamó su atención. No lo había visto antes, pero ¿por qué debería haberlo hecho? Había estado preocupado por cosas mucho más urgentes. Se levantó y sacó el libro. Era una copia de bolsillo de *Rainbow Six,* de Tom Clancy, la misma copia que Chandler tenía consigo en Irak. Adrian sonrió. Tocando la portada arrugada y desgastada del libro, recordó cómo Chandler le había dicho que no era un lector, pero que le gustaba este libro.

Abrió el libro y una fotografía se deslizó de detrás de la portada, cayendo al suelo. La recogió, le dio la vuelta y sintió que su corazón daba un vuelco en su pecho. Era una foto de los dos, sin camisa, con cigarrillos colgando de sus labios y placas de identificación alrededor de sus cuellos, con los brazos sobre los hombros del otro mientras sujetaban sus rifles contra el pecho. Sonreían en la foto, y ahora él volvía a sonreír también. Recordaba exactamente cuándo se había tomado, el día antes de subir a un avión con destino a casa. Fue el día después de que pasaran su última noche juntos.

Tocó suavemente la superficie brillante del papel donde estaba el rostro de Chandler mientras más recuerdos volvían a él.

—Oye —se escuchó la voz de Chandler detrás de él. Adrian se dio la vuelta. Chandler estaba de pie en la entrada de la habitación de April, y vio el libro y la fotografía en la mano de Adrian—. ¿Qué tienes ahí?

—Perdón por fisgonear —dijo Adrian—. Recuerdo este libro. Debiste haberlo leído cien veces, o más. —Deslizó la foto de vuelta detrás de la portada de *Rainbow Six,* y luego devolvió el libro al estante.

—Creo que es el único maldito libro que he leído en mi vida —admitió Chandler con una risa—. Hablando de leer, la princesa ha pedido que ambos le leamos un cuento antes de dormir.

—¿Ambos?

—Sí, vamos.

Adrian se unió a Chandler en el dormitorio donde April estaba sentada en la cama con su pijama, hablando en voz baja con un gastado gato de peluche.

—Muy bien, soldado —dijo Chandler—, mete esos pies bajo las sábanas. —Levantó a April por las axilas y la alzó en el aire, provocándole un ataque de risa. Luego la bajó lentamente a la cama mientras hacía un ruido de silbido con los labios—. ¡Boom! —Tiró de las sábanas hasta su barbilla, y ella abrazó al gato de peluche—. Entonces, ¿qué vamos a leer esta noche?

—*El señor Gato y el globo rojo* —dijo ella—. El libro nuevo.

Los dos acercaron sillas y se turnaron para leer el libro en voz alta hasta que los párpados de April empezaron a cerrarse. Chandler besó a su hija en la frente.

—Te quiero —dijo.

—Te quiero, papi —murmuró ella, y cerró los ojos.

Dejó encendida la luz nocturna de April, una luna creciente azul brillante que proyectaba pequeñas siluetas de estrellas luminosas en el techo, y cerró la puerta.

—Es una niña muy dulce —dijo Adrian—. Definitivamente es muy inteligente.

—Como el maldito sol —coincidió Chandler. Sacó dos botellas de cerveza del refrigerador y le dio una a Adrian. Se sentaron en el sofá, al principio con un poco de distancia entre ellos, como

si ambos estuvieran inseguros de si debían acercarse. Después de unos segundos, la brecha desapareció y estaban acurrucados juntos, con el brazo de Adrian sobre el hombro de Chandler.

—Nos veíamos bien ahí, ¿no? —dijo Chandler, asintiendo hacia el estante con *Rainbow Six*, y la fotografía guardada dentro—. Felices de finalmente volver a casa desde ese agujero de mierda.

—No todo era una mierda.

—No —concordó Chandler mientras se apretaba un poco más contra Adrian, quien sonrió y plantó un pequeño beso en su cabello. Después de un momento de reflexión, Chandler dijo—: Solía sentir que la vida iba a alguna parte, en ese entonces. Como si el futuro estuviera lleno de posibilidades. Pensaba que iba a ser alguien importante.

Adrian se sentía igual. Desde que volvieron a casa, parecía que nada importaba realmente. ¿Qué pasó con todo ese fuego?

—Dije que nunca podría imaginarte siendo padre —dijo Adrian—. ¿El Chandler de esa fotografía? No. Nunca. Pero viéndote con April... eres un maldito buen padre. Y si eso no es ser importante, no sé qué lo es.

—Estoy haciendo lo mejor que puedo con lo que tengo, que no es mucho. Joder, Adrian. Ella merece algo mejor que esto. Mi niña tiene un don. Tiene un potencial real, y se va a desperdiciar aquí. Va a ser triturada y escupida con todos los demás imbéciles de aquí, lo sé. Y no puedo hacer una mierda al respecto.

—Tienes que salir de aquí, Chandler. Llévate a April y vete.

—¿Sí? ¿Y a dónde demonios se supone que vamos a ir? Apenas puedo permitirme vivir en este agujero de mierda. No voy a poder encontrar trabajo en ningún otro lugar.

—No sabes eso.

—Sí lo sé. Sé que nadie va a querer contratar a un caso perdido y jodido como yo.

—Eso es una mierda.

—No, no es una mierda. Estoy jodido, Adrian. A veces pierdo el control. —Su voz se volvió más baja—. Me... asusto. Y sabes que cuando me asusto, me enojo.

—¿De qué tienes miedo?

—No lo sé. Simplemente sucede, a veces. Casi le tiro los dientes a mi antiguo jefe en el taller. Las noticias corren rápido. Ninguno de los talleres me contratará.

—No estamos hablando de conseguir trabajo en Everetteville —dijo Adrian—. Estamos hablando de irnos.

Chandler suspiró y se levantó del sofá. Dio un trago de cerveza y se puso a caminar por la sala. —No es tan fácil —dijo.

—No, mierda. Pero no es imposible. —Una idea daba vueltas en la cabeza de Adrian, y sintió que esa chispa de posibilidad volvía a encenderse. Era una idea estúpida, una que probablemente debería guardarse para sí mismo, pero toda esta visita había sido una gran idea estúpida. Ya estaba metido hasta el cuello—. ¿Recuerdas cuando solíamos hablar de abrir nuestro propio taller? Solo tú y yo, trabajando con referencias. Una operación pequeña, haciendo un trabajo bueno y confiable; un lugar al que la abuela pudiera ir sin miedo a que la estafaran.

—Sí, claro que lo recuerdo. Era una bonita fantasía.

—No tiene por qué ser una fantasía.

—¿Qué quieres decir?

—Mierda, estoy diciendo que lo hagamos. Ven a Rosebridge, o a algún lugar cercano donde la propiedad sea barata. Podríamos... —Quería decir, *"estar juntos"*, pero se contuvo—. Podríamos hacerlo.

Chandler se rió, sacudiendo la cabeza como si fuera lo más ridículo que hubiera escuchado. —Tienes que estar bromeando, hombre. Siempre fuiste un soñador, pero vamos. No hay manera de que eso suceda nunca.

—¿Por qué no?

—Bueno, para empezar, no soy como tú. No puedo simplemente meter todas mis cosas en una camioneta y largarme al otro lado del país. No puedo permitírmelo, por un lado. Y no puedo arriesgarme a eso, por otro. No puedo simplemente llevarme a mi hija a algún lugar con la esperanza de que tal vez algo funcione. Y además, no nos hemos visto en cinco años. Tú tienes tu vida. No tiene ningún sentido.

Chandler tenía razón, no tenía más sentido ahora que entonces. ¿Qué esperaba Adrian que sucediera? ¿Que los dos se establecieran juntos?

No, ¿cómo podrían? No eran gay. Nunca había sentido nada por ningún otro hombre excepto Chandler.

Pero ese era el problema. Lo que sentía era *fuerte*, tan fuerte, y todo lo que pensaba que había logrado dejar ir había regresado multiplicado por diez. *Joder*, solo habían pasado dos días y ya se había envuelto completamente en él. Odiaba la idea de dejar a Chandler otra vez. ¿Cómo demonios podría simplemente volver a su vida sabiendo que *todavía* sentía esto por él, incluso

después de tantos años?

Esto realmente había sido una idea terrible. Nunca debería haberlo buscado, y sin embargo... no podía imaginar *no* haberlo hecho.

Debería haberlo dejado pasar.

—Al diablo con el dinero —dijo Adrian, poniéndose de pie y hablando en un tono que luchaba por mantenerse bajo—. Tengo algunos ahorros, y si vendo mi camión...

Chandler negó con la cabeza. —No sé de dónde demonios viene todo esto. ¿Estás loco?

—Sabes muy bien de dónde viene todo esto.

Chandler lo miró fijamente. —Es tarde. Puedo prepararte una cama en el sofá, pero esta conversación termina aquí. No quiero despertar a April.

—No te preocupes, llamaré a un taxi.

—¿Qué crees que es esto? ¿Nueva York?

—Iré caminando.

—Son seis kilómetros.

—He estado sentado sobre mi trasero toda la semana. Caminaré.

Chandler se encogió de hombros con un resignado "está bien" y siguió a Adrian hasta la puerta de entrada. Adrian se sentía temblar de irritación tanto consigo mismo como con Chandler. ¿Por qué demonios tenía que sentir esto por él? Sí, era una idea estúpida. Pero también era lo más fuerte que había sentido por algo en mucho tiempo. Chandler parecía tener la habilidad de hacerle eso.

—Mira —dijo Adrian—. Conducir camiones no es mi vida. He estado conduciendo porque estar en la carretera es lo único que parece mantenerme cuerdo. Pero no puedo hacerlo para siempre, y no quiero. Mamá se está haciendo mayor, y sé que debería estar haciendo más con lo que Dios me dio. Y creo que tú también quieres, aunque tengas miedo. Así que tal vez esta sea esa oportunidad. —Se giró y comenzó a bajar los escalones que llevaban lejos del apartamento mientras Chandler lo miraba.

—¿Voy a verte mañana? —le gritó.

—Puedes apostar a que sí —dijo Adrian, sin mirar atrás—. Llámame cuando salgas del trabajo.

Una ligera sonrisa cruzó los labios de Chandler, y sacudió la cabeza antes de volver a entrar.

6

Sabía que lo que sentía por el soldado de primera clase Stokes estaba mal, pero por alguna maldita razón no podía mantenerse alejado de él. No es que tuvieran mucha opción, los habían puesto en servicio de centinela por la noche, así que estaban solos juntos más a menudo que no.

Chandler podía pasar mucho tiempo sin necesidad de hablar con otro ser humano, pero con Adrian Stokes, parecía haber mucho de qué hablar. Había algo en él, y no era solo su atractivo aspecto moreno, aunque era *realmente* algo. Era una energía, un entusiasmo por la vida que Chandler no tenía. Adrian había sido distante al principio, y parecía que no quería tener nada que ver con Chandler, pero después de conocerse, se abrió.

Tenía los ojos brillantes y estaba lleno de energía, con todo tipo de grandes ideas sobre la aventura, el potencial y la vida, y se le contagiaba un poco. Chandler nunca había pensado mucho en la vida fuera del ejército; alistarse simplemente había sido el único paso obvio después de graduarse apenas de la escuela secundaria. Sus padres eran inexistentes en su vida. No tenía amigos que no hubieran logrado arruinar sus vidas antes de cumplir los dieciocho. El futuro nunca había tenido ningún significado para él. Pero después de conocer a Adrian, empezó a pensar que tal vez había algo que valía la pena hacer ahí fuera.

—¿Cómo te volviste tan bueno trabajando en motores? —le preguntó a Adrian. Era su segunda semana de servicio de centinela juntos. La noche había caído y hacía un frío inusual, así que los dos se sentaron cerca, con los hombros casi tocándose. Durante un tiempo libre más temprano ese día, habían arreglado un viejo Mercedes averiado que estaba en la base, y pasaron un tiempo dando vueltas en él con su unidad antes de entregarlo a las ISF.

—Siempre tuve facilidad para ello —respondió Adrian—. Mi padre tenía una vieja camioneta Ford del 66 en la que trabajábamos juntos desde que era pequeño. En la escuela, me interesaba más el taller de automóviles que las chicas —añadió con una sonrisa—. ¿Y tú? Realmente sabes lo tuyo. Me impresionaste.

Ser elogiado por Adrian le produjo una pequeña emoción de felicidad, más de lo normal. Se sentía bien saber que lo aprobaba.

—Yo también pasé demasiado tiempo en el taller de la escuela. Probablemente la única maldita clase en la que era bueno. Tú, eh, ¿tienes una chica esperándote en casa?

Adrian negó con la cabeza.

—Tuve una novia en la secundaria. La palabra clave es "tuve".

—¿Qué pasó?

Hizo un gruñido indiferente.

—Las cosas no estaban destinadas a ser. ¿Y tú?

—Nah. Las mujeres requieren dinero, y no tengo nada de qué hablar.

Adrian se rio.

—Sé a lo que te refieres.

—Tú y yo nos entendemos bastante bien.

—Diablos. Si nos hubiéramos conocido en casa, creo que habríamos sido amigos.

—Oye, tío, tengo que recordarte quién era el que actuaba todo distante aquí. Mi yo silencioso tuvo que hablarte a *ti*. Tú siempre eras demasiado bueno para hablar con un chico de campo como yo.

—Lo sé. Siento haber sido un imbécil. Nunca pensé que fuera demasiado bueno para hablar contigo.

—¿Ah, sí? —bromeó—. Entonces, ¿qué era?

Adrian frunció el labio.

—Nada de qué hablar.

—Ajá.

—Me alegro de estar conociéndote ahora, Chandler Longman.

Chandler sintió un hormigueo de emoción que se extendió por su cuerpo, recorriendo sus extremidades y terminando en un lugar que no esperaba.

¿Por qué diablos se sentía así con Adrian? La verdad era que las mujeres no le excitaban, pero tampoco los hombres, al menos hasta que lo conoció a él. Se había sentido atraído por él desde el primer momento en que lo vio. ¿Cuáles eran las posibilidades de que Adrian sintiera lo mismo? Prácticamente nulas. Pero aun así, no podía quitarse la sensación de que había algo más detrás de

las palabras de Adrian, y detrás de las miradas que a veces intercambiaban. Si alguien hubiera estado prestando atención, podría haberse dicho que se les podía ver haciéndose ojitos el uno al otro.

Era incorrecto, sin embargo, sentirse así por otro hombre. Pero de alguna manera, eso solo lo hacía más intenso. Anhelaba los momentos en que podían estar a solas, ya fuera de centinela o de patrulla, y encontraba su mente ocupada por pensamientos de Adrian. Lo que le sorprendía era cuánto podía doler. Nunca supo que querer estar con alguien podía doler tanto, y combinado con la culpa que sentía por tener un secreto tan sucio, era casi demasiado. Pero nunca cambió nada. No importaba cuán dolorosa fuera la punzada, aún se encontraba incapaz de tener suficiente de Adrian Stokes.

Pero, ¿qué sentía Adrian por él? Obtuvo su respuesta tres días después.

Su escuadrón estaba en una patrulla, investigando información de inteligencia que reportaba presencia insurgente en el lado este de la ciudad. Chandler, Adrian y otros tres hombres iban a pie, caminando junto a dos Humvees. La calle estaba llena de civiles realizando su rutina diaria. —Mantengan los ojos abiertos —les había dicho su líder de equipo—. A los Johnnys les gusta disfrazarse de civiles. Llevan un AK debajo de esas túnicas.

Chandler recordaba haber pedido un cigarrillo a un anciano que pasaba. El hombre le ofreció el paquete entero, cuando lo que sonó como el chasquido de un látigo resonó. El anciano gritó y salió corriendo, dejando caer los cigarrillos al suelo. Otro chasquido, y Chandler sintió que su rifle salía volando de sus manos, una bala impactando en su costado.

Era la primera vez que recibían fuego. El escuadrón se apresuró a buscar cobertura. Los impactos de las balas levantaban chorros de polvo alrededor de sus pies, y sintió que se le cortaba la respiración. Un segundo después, estaba en el suelo, con el pecho ardiendo.

Le habían disparado.

En el shock del momento, olvidó todo el idioma español excepto una palabra de cuatro letras. Mientras los chasquidos continuaban sonando y la arena a su alrededor se convertía en plumas de polvo, rápidamente recordó cómo hablar. —¡Me han dado! —gritó.

Estaba fuera de cobertura, justo al descubierto. Se intercambiaban balas de ambos lados, y podía ver cuán cerca impactaban de él. Tenía que salir de allí. Tenía que moverse...

Sintió una mano agarrar el cuello de su uniforme y arrastrarlo hacia atrás, fuera de la calle. Miró hacia arriba y vio que era Adrian. Llegaron a cubierto, y su médico se apresuró a revisarlo.

Chandler había pensado que se había preparado para la intensidad de la batalla, pero ver a Adrian a merced del destino, todo por él, lo hizo sentir completamente impotente. La bala había dejado un cráter justo en su chaleco antibalas, dejando nada más que un moretón macabro en su pecho.

Esa noche, de vuelta en la relativa seguridad de la base, las temperaturas continuaron en un descenso en picada, contrastando completamente con el calor del sol diurno. Los dos se sentaron en silencio, escuchando los sonidos del desierto.

—¿Qué pasa? —preguntó Adrian—. Has estado callado como la mierda, incluso para ser tú.

—Esa mierda que hiciste hoy.

—Si te preocupa devolverme el favor, no te agobies. El primer rescate es gratis.

—Vete a la mierda, no estoy bromeando. No deberías haber hecho eso.

Adrian lo miró con incredulidad. —¿Que no debería haber hecho eso? ¿Debería haberte dejado morir?

—Estaba bien. Magullado, pero bien.

—Mierda, tío. Pensé que al menos estarías agradecido.

—Podrían haberte matado, Adrian —dijo Chandler, con un destello de ira en su voz—. Podrían haberte disparado. ¿Sabes lo que eso me habría hecho?

—¿Qué?

Chandler resopló y sacudió la cabeza, dándose la vuelta.

—No me des la espalda —dijo Adrian, agarrando su hombro—. ¿Qué estás diciendo?

Chandler apartó su mano de un manotazo. —No me toques, joder.

—Maldita sea, Chandler. Date la vuelta y háblame ahora mismo, ¿me oyes? No seas un maldito imbécil. Oye...

Adrian agarró su hombro de nuevo, y Chandler sintió una oleada de ira alimentada por el miedo que surgió a través de su corazón. Se dio la vuelta y empujó a Adrian con su antebrazo, enviándolo tambaleándose hacia atrás en la tierra.

—No me toques —dijo Chandler.

Adrian gruñó y se puso de pie. —¿Qué demonios te pasa...?

Chandler se volvió para mirarlo, ya no pudiendo mantener sus sentimientos hirvientes bajo

control. —La idea de que me dispararan no me asustaba ni un poco hasta que te conocí. Preferiría que me mataran a tiros antes que verte herido. —Se volvió de nuevo, siseando—: Maldita sea —bajo su aliento. ¿Qué demonios le estaba admitiendo a Adrian? Se frotó la cara, sintiéndose como un completo idiota. Por esto odiaba hablar. Por esto odiaba compartir sus sentimientos.

Sintió la mano de Adrian en su hombro de nuevo e intentó apartarlo, pero su agarre era firme. —No me toques —dijo de nuevo. Su corazón latía salvajemente. Adrian seguía sin soltarlo. ¿Por qué no lo dejaba en paz? ¿Por qué lo hacía sentir así? El miedo estaba surgiendo de nuevo, y junto con él vino un impulso de atacar. Se dio la vuelta... y fue detenido por la boca de Adrian sobre la suya.

En el momento de conmoción, Chandler lo empujó hacia atrás por los hombros. Adrian agarró el frente de su camisa con ambos puños y lo atrajo hacia sí. Se miraron fijamente. Chandler no sabía cómo reaccionar, sintiendo tanto el impulso de golpearlo en la cara como de empujarlo contra la pila de cajas de suministros y besarlo. Eligió lo último.

Sus labios se encontraron nuevamente con los de Adrian. Su beso fue hambriento y desesperado, con puños agarrando la ropa mientras sus cascos chocaban entre sí, impidiéndoles acercarse demasiado. Todo protocolo abandonó la mente de Chandler en ese momento. Giró su arma hacia un lado y forcejeó con la correa de su casco hasta que finalmente logró liberarlo. Cayó al suelo, y Adrian le rodeó la nuca con la mano y lo atrajo de nuevo hacia sí.

Sus miradas se encontraron y comunicaron un deseo que no necesitaba palabras. Adrian se apresuró a desabrocharse el cinturón y Chandler hizo lo mismo, sus labios separándose apenas por un momento. Estaba duro como una roca, y podía sentir el líquido preseminal humedeciendo su extremo. ¿Alguna vez había estado tan excitado en toda su vida?

Finalmente estaba fuera y libre, el aire frío de la noche besando su sólida erección. No había espacio para pensar, ni tiempo para considerar las posibles consecuencias de lo que estaban a punto de hacer. Adrian logró bajarse los pantalones hasta los muslos, un destello de piel blanca contra la tela de camuflaje, y Chandler lo giró contra las cajas de suministros cubiertas de lona.

Sin lubricante.

—Vamos, date prisa —dijo Adrian, su voz baja y casi suplicante.

—Va a doler —gruñó Chandler.

—Puedo soportarlo.

Chandler escupió en su pene y lo bombeó con la mano para mezclarlo con su líquido preseminal, y luego se presionó contra la entrada de Adrian. Adrian agarró la lona, golpeándola con el puño mientras Chandler se introducía en él.

La mordedura del frío fue reemplazada por calor mientras se enterraba hasta la empuñadura. Agarró a Adrian por la cadera y lo embistió. *Joder*, estaba apretado. Adrian hundió su rostro en su manga para ahogar sus gemidos. Chandler se mordió el labio, incapaz de evitar que se le escapara algún gruñido ocasional mientras lo follaba. La intensidad del momento provocó un clímax rápido y fenomenal. Aceleró mientras terminaba, y acercó su rostro al cuello de Adrian, besándolo y mordiéndolo mientras su pene palpitaba con el orgasmo.

Su cabeza nadaba en una neblina de placer emocionado. Jesús, eso realmente había sucedido. No había vuelta atrás después de esto.

Todavía luchando por recuperar el aliento y calmar su corazón desbocado, se retiró de Adrian y rápidamente se recompuso, recogiendo su casco descartado de donde yacía en el suelo. Adrian se subió los pantalones, y ambos miraron alrededor para ver si alguien los había estado observando.

Ni él ni Adrian hablaron durante el resto de su turno. Se mantuvieron cerca uno del otro, esta vez no solo por el frío. Su silencio compartido no era por vergüenza, aunque Chandler sentía que flotaba en una neblina de incrédula sorpresa por lo que acababan de hacer. Nunca habría esperado que su atracción secreta por el hombre fuera correspondida. Ni en mil años, y sin

embargo aquí estaban. Ahora el secreto era de ambos para compartir, y continuarían compartiéndolo casi todos los días de su servicio, aprovechando cada momento oportuno que se les presentara.

~

Chandler abrió los ojos, miró la hora en su teléfono y luego se deslizó fuera de la cama. Tanto Adrian como Irak nunca estaban lejos de sus sueños, y siempre agradecía cuando su mente lo llevaba de vuelta a los recuerdos de aquella noche. Los sueños no siempre eran tan buenos.

Durante el desayuno, April preguntó si Adrian vendría de visita nuevamente ese día.

—No lo sé, cariño. ¿Quieres que venga?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—Es divertido. Jugamos muchos juegos y le gusta leer y es amable.

Hoy trabajaba otro turno de día, y había pensado en ver si Lexie estaba libre para cuidar a April nuevamente esa noche. Quería pasar el tiempo a solas con Adrian, pero no podía negar la petición de su hija.

Chandler se alegraba de que a April le gustara Adrian, aunque eso hacía que la idea del inevitable adiós fuera aún peor. Era realmente dulce lo rápido que se había encariñado con Adrian, y lo bueno que era él con ella. Criar a April solo era difícil, y ayer, aunque breve, Chandler había vislumbrado cómo podría ser una vida familiar feliz.

¿Qué demonios estaba pensando Adrian al decir todas esas cosas? Dejar su trabajo de camionero para abrir juntos un taller de reparación de automóviles. Era estúpido. Una locura. Sí, habían hablado de ello antes, pero la idea nunca había sido seria.

¿O sí?

No lo creía. Solo había sido algo que habían mencionado por diversión. Eran solo chicos ingenuos en ese momento, llenos de ideas locas. Adrian necesitaba dejar de actuar como el héroe. Él tenía su propia vida. Ambos la tenían.

Pero aun así, la realidad era que no podía darle a April el futuro que merecía. El dinero no era el problema, sino la ubicación. No había futuro aquí. Nunca lo había habido. Y sin embargo, a pesar de intentar escapar, había sido atraído de vuelta. Después del ejército, se había refugiado en la familiaridad del hogar. Había sido la única forma en que pudo lidiar con la idea de no volver a ver a Adrian.

Realmente había creído que nunca se volverían a ver.

Después de todo, el acuerdo era claro. Fuera lo que fuese lo que había entre ellos, no podía continuar de vuelta en casa. Pero eso no significaba que hubiera podido olvidar sus sentimientos. La foto que Adrian había encontrado en su copia de *Rainbow Six* era solo uno de los recuerdos que había guardado de su tiempo juntos, y lo sacaba de vez en cuando.

Recordaba exactamente cómo se había sentido cuando esa foto fue tomada, y ahora que Adrian estaba aquí...

A Chandler le dolía el corazón. Le dolía porque no quería que Adrian se escurriera de su vida otra vez. Se sentía tan impotente frente a sus sentimientos. Chandler nunca había sentido ni una pizca de atracción por ningún otro hombre, solo por Adrian. Era lo más fuerte que había sentido por *alguien* en toda su maldita vida. Y a pesar de eso, simplemente no podía creer que alguna vez pudieran estar juntos. Siempre sería un secreto.

Durante toda la jornada laboral, la propuesta de Adrian ocupó sus pensamientos. Se encontró comprobando la hora como un niño ansioso por salir de clase e intentó moderar su emoción, pero era casi imposible. En el segundo en que terminó su turno, salió por la puerta y marcó el número de Adrian.

—Hola —se escuchó la voz de Adrian en la línea.

—Hola tú —respondió Chandler—. Acabo de terminar mi turno. ¿Qué te parece si vienes a cenar? April está emocionada por verte de nuevo.

—Me encantaría.

—¿Necesitas que te recoja?

—Ya me las arreglaré.

—De acuerdo.

Hubo una pausa de silencio.

—Oye, Chandler... —dijo Adrian.

Chandler percibió algo en el tono de Adrian, y supo en sus entrañas lo que estaba a punto de decir. Sintió que se le hundía el corazón, pero mantuvo cualquier emoción delatora fuera de su voz.

—¿Sí?

—Mira, eh. Me ofrecieron un contrato desde Little Rock de vuelta a New Hampshire. Esta será mi última noche en la ciudad. Me pondré en marcha mañana por la mañana.

Incluso habiendo anticipado lo que iba a decir, las palabras de Adrian aún golpearon a Chandler como una tonelada de ladrillos.

Cambió el teléfono a su otra mano, tomándose el momento para recomponerse. —Ah. Bueno, es bueno que hayas encontrado uno. April se entristecerá al oírlo. Le caes muy bien.

—Es una niña dulce. Desearía poder tener más tiempo para conocerla.

—Mm.

Más silencio, hasta que Adrian dijo: —Bueno, te veré pronto.

—Nos vemos.

Después de colgar el teléfono, Chandler se quedó sentado en su camioneta, agarrando el volante mientras el sonido de los latidos de su corazón llenaba sus oídos. Una vocecita sonó en el fondo de su cabeza.

Podrías aceptar su oferta.

Apretó el volante aún más fuerte. —No seas idiota —gruñó en voz alta. Había demasiado riesgo. No haría algo que pudiera poner a su hija en una situación aún peor. Ni de coña.

Tendría que dejarlo ir. Esta vez para siempre.

Cuando recogió a April de la guardería, ella estaba visiblemente decepcionada de que Adrian no estuviera allí también, pero se emocionó cuando le dijo que su nueva persona favorita vendría a cenar.

Adrian estaba esperando fuera del apartamento con una bolsa de plástico colgada de una muñeca. En el momento en que lo vio parado allí, Chandler sintió esa punzada dolorosa de deseo y emoción. Por unos momentos, toda la ira y la frustración se derritieron, y solo quería estar con él.

—¿Esperaste mucho? —preguntó Chandler. April se aferraba a su mano y saltaba mientras caminaba, como si estuviera pretendiendo ser un conejo. Miró a Adrian, sonrió y saludó con la mano.

—Nah —dijo él—. Ya estaba en la ciudad cuando llamaste. —Se agachó para ponerse al nivel de April—. Hola, tú. ¿Te divertiste en la guardería?

—Jugamos al escondite y la señora Gaut trajo un cachorro. Se llamaba Brownie. —Tiró de la mano de Chandler—. Papi, ¿podemos tener un cachorro?

—No, cariño.

—Oh —dijo ella, decepcionada—. Era un cachorro muy lindo.

Entraron en la casa, y Chandler le cortó una manzana a April para su merienda. Mientras ella masticaba una rodaja, Adrian se sentó a la mesa junto a ella.

—¿April?

Ella lo miró y sonrió con la boca llena de manzana masticada.

—No hagas eso, cariño —dijo Chandler, sacando dos cervezas del frigorífico—. No es educado.

Adrian se rio. —April, mira, mañana me voy a ir.

Un nudo se formó en la garganta de Chandler. Rápidamente abrió su cerveza y dio un trago para intentar deshacerse de él. Dejó la otra cerveza sobre la mesa junto a Adrian.

—¿Adónde vas? —preguntó April.

—Me voy a casa. De vuelta a New Hampshire. ¿Sabes dónde está New Hampshire?

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, está lejos. No sé cuándo volveré a veros a ti y a tu papá.

—Oh —dijo ella, pareciendo decepcionada.

—Pero me alegro mucho de haberte conocido. Mira. —Puso la bolsa de plástico sobre la mesa y se la acercó—. Aquí tienes un pequeño regalo.

Sus ojos se iluminaron y empezó a rebotar en su asiento mientras abría la bolsa y metía la mano dentro. Sacó un libro. Era una copia de *El jardín secreto*, de Frances Hodgson Burnett. Tocó las palabras en la portada.

—El jar... Jardín. Se-cre-to. El jardín secreto.

—Muy bien, cariño —dijo Chandler.

April abrió el libro. —Este libro tiene demasiadas palabras —dijo.

—Sigue practicando y podrás leerlo entero —dijo Adrian.

—Papi, ¿podemos leerlo esta noche? —preguntó ella.

—Claro que sí, cariño. Ahora papá y Adrian tienen que empezar a preparar la cena. ¿Por qué no vas a jugar a tu habitación?

Se deslizó de la silla y salió disparada con su nuevo libro en la mano.

—Gracias por hacer eso por ella —le dijo a Adrian, quien asintió en respuesta—. Parece que tendré que añadir otro libro además de *Rainbow Six* a mi lista.

—Para ser un hombre cuyo método preferido de comunicación es la carta escrita a mano, todavía no puedo creer que no te guste leer.

—No me gustan las cosas complicadas.

Adrian sonrió. —¿Me estás llamando simple?

—Qué va. Y por eso me vuelves loco.

La sonrisa se convirtió en una risa, y Chandler se unió a él. Luego, después de echar un rápido

vistazo por encima del hombro a la puerta cerrada de April, Adrian se levantó y se acercó a Chandler, atrayéndolo hacia un beso.

Se sintió derretirse en el beso y odió cómo Adrian podía hacerle eso. Pero no quería que terminara. Y el final se acercaba.

—Así que te vas, ¿eh? —murmuró, pasando los dedos de su mano derecha por el pelo de Adrian, con sus frentes tocándose. ¿Por qué era tan condenadamente difícil no sentirse atraído por él? No podía mantener sus manos alejadas de Adrian. Quería seguir tocándolo, seguir robando besos de esos labios increíbles. Dios, solo quería doblarlo sobre la mesa y tomarlo. Era imposible mantener el control cuando él estaba aquí. Lo deseaba tanto.

—Necesito volver a casa. Esperaba que consideraras lo que te dije anoche.

Chandler exhaló y se apartó. Vale, ahí estaba el control.

—No esas tonterías...

—No son tonterías. Hablaba en serio.

—Joder, Adrian. —Sacó un paquete de filetes para ocasiones especiales del frigorífico y los dejó caer sobre la encimera de la cocina con un poco más de fuerza de la que pretendía.

—Al venir aquí y verte después de cinco años, no esperaba sentirme como me siento ahora. Pero es obvio que tenemos algo. Algo bueno. Algo *fuerte*. Lo sé, porque nunca me he sentido así por nadie antes. Sé que tú sientes lo mismo. Al menos considéralo.

—Ya lo he considerado. No puedo simplemente mudarme con mi hija al otro lado del maldito país por algo que ni siquiera existe. ¿Qué pasa si todo este plan del taller se va al garete, eh?

¿Cómo voy a poder mantener a April?

—No pasará. Lo sé. No con nosotros dos al mando.

Chandler negó con la cabeza. —Nosotros dos... Ni siquiera sé qué somos.

—Estaríamos juntos.

—Juntos —murmuró Chandler. Sacó los filetes de su envoltorio y comenzó a sazonarlos.

—Así es. Juntos —dijo Adrian.

—¿Recuerdas cuando acordamos que dejaríamos atrás lo que fuera que tuviéramos? Nada de esto debía volver a casa con nosotros.

—Pero lo hizo.

Chandler terminó de sazonar los filetes y luego calentó un trozo de mantequilla en una sartén de hierro fundido. —Lo siento, Adrian. Sé que intentas ayudarme, pero no va a suceder.

Adrian permaneció en silencio mientras Chandler cocinaba los filetes. Por un rato, el único sonido que llenaba la cocina era el chisporroteo de la mantequilla en la sartén.

—De acuerdo —dijo. Su tono había cambiado. Era calmado, casi inexpresivo—. Vale. Entiendo. Entonces, ¿después de mañana, eso será todo?

Chandler no quería decir que sí. Quería decirle que podrían volver a escribirse cartas, y que

Adrian podía pasar por la ciudad cuando quisiera. Quería estar con Adrian, pero eso era lo que más miedo le daba.

—Creo que es lo mejor —dijo—. Esta vez, dejamos esto atrás definitivamente. Lo superamos. Pero por esta noche, disfrutemos de la compañía del otro.

—De acuerdo.

No se sentía bien con la decisión. La idea de no volver a ver a Adrian le dolía aún más que la primera vez. Al menos entonces, habían tenido sus cartas. Esta vez, sería realmente para siempre.

Pero esto era lo que tenía que pasar. Esta era la realidad de las cosas.

Adrian le ayudó a hacer una ensalada, y después de cortar el filete de April en pequeñas rodajas, la llamó al comedor y los tres cenaron. April hablaba alegremente con Adrian sobre las princesas de películas que le gustaban, y él la hacía reír imitando a viejos personajes de Disney. Ver a los dos y notar lo bueno que era Adrian con ella no ayudaba mucho al corazón dolido de Chandler.

Dos hombres no debían criar a una niña pequeña. Si estuvieran juntos, entonces todos lo sabrían. Todos lo verían a él. Los verían a *ellos*. Su niña tendría que hablar de sus dos papás y enfrentarse a un mundo que no lo entendería. Estaba seguro de que no lo entenderían. No podía imaginar hacerla pasar por eso. Los niños podían ser muy crueles, y ella sería un blanco fácil. Tenía que protegerla de todo eso.

April arrastró a Adrian a su habitación para jugar. Después de limpiar los platos, Chandler se asomó por la puerta para mirar. Los dos estaban sentados en el suelo, April en el regazo de Adrian, y *El jardín secreto* abierto en su mano. Él leía en voz alta del libro mientras April miraba atentamente las páginas, tratando de dar sentido a las densas palabras. Chandler entró.

—Es hora del baño, cariño —dijo.

—Estamos leyendo *El jardín secreto* —protestó ella.

—Podemos seguir leyendo juntos después de tu baño —ofreció Adrian—. Los tres.

—Ay... No quiero bañarme.

—Cuanto antes lo hagas, antes podrás escuchar qué pasa después.

Ella se levantó, y Chandler la llevó al baño. Cuando terminó de bañarla, la llevó de vuelta a su habitación y la vistió con su pijama. Ella saltó a la cama, y tanto él como Adrian acercaron sillas.

—¿Quieres hacer los honores? —preguntó Adrian, ofreciéndole el libro.

—Claro —dijo, y comenzó a leer en voz alta. Después de unas páginas, hizo una pausa—. Este libro es un poco aterrador, ¿no crees? April, ¿estás segura de que quieres escucharlo ahora, cariño?

Ella asintió. —No da miedo, papi.

Él se encogió de hombros. —Está bien. —Leyó unas páginas más y luego le pasó el libro a Adrian, y se turnaron para leer los dos primeros capítulos hasta que pudo ver que los párpados de April se volvían pesados.

—Muy bien, cariño —dijo—. Hora de ir al país de los sueños. Despídete de Adrian, no lo verás mañana.

Ella le dio un abrazo a Adrian. —Adiós, Adrian —dijo—. Te quiero. Buenas noches.

—Buenas noches, April. Yo también te quiero —dijo Adrian, sonriendo por lo adorable que era —. Pórtate bien, ¿vale? No dejes de leer.

—Vale —dijo ella.

—Buenas noches, cariño —dijo Chandler, dándole un beso en la frente—. Te quiero.

Salieron de la habitación y cerraron la puerta.

—Puedes quedarte a dormir, si quieres —dijo Chandler.

—No creo que sea buena idea —dijo Adrian—. No si vamos a dejar esto atrás.

Chandler sintió una punzada de decepción. Estúpido, ya que él era quien había dicho que deberían terminar las cosas. Adrian tenía razón, por supuesto. No tenía sentido prolongarlo.

—Esto no era realmente como pensé que nos despediríamos —dijo Adrian.

—¿Cómo pensaste que nos despediríamos?

—Con un apretón de manos. "Fue bueno verte de nuevo". Sabiendo que había seguido adelante y que ya no sentía nada por ti.

—¿Te arrepientes de haber venido?

Adrian sonrió con tristeza. —No. Para nada. Adiós, Chandler. Te deseo lo mejor.

Se abrazaron, y por un momento pareció que ninguno de los dos estaba dispuesto a soltar al otro. Chandler deseaba besarlo con todas sus fuerzas, pero se contuvo, y cuando se separaron, Adrian se dirigió rápidamente hacia la puerta principal. No intercambiaron más palabras. Adrian salió del apartamento sin mirar atrás, dejando a Chandler solo. Cuando desapareció, Chandler sintió que el dolor en su corazón se desgarraba en un vacío profundo y doloroso que lo obligó a sentarse en una silla.

—Maldita sea —murmuró, apretando sus manos en puños. Rechinó los dientes, luchando con uñas y dientes para mantener sus emociones bajo control. Maldita sea, ¿por qué Adrian tenía que hacerlo sentir así? ¿Por qué tenía tanto miedo de permitirse acercarse más a él?

Quería simplemente subirse a su camioneta y conducir para encontrarlo, y abrazarlo de nuevo y probar sus labios y cada otra parte de él. Pero incluso si lo hiciera, eso no cambiaría nada. Adrian seguiría marchándose mañana.

Chandler golpeó su puño contra su muslo, con lágrimas amargas asomándose a sus ojos. Se mordió los nudillos para contener el grito que amenazaba con escapar.

Piensa en April, se dijo. *No asustes a tu niña*.

Saboreó la sangre. Dolía, pero no tanto como el dolor de perder a Adrian por segunda vez.

7

Conducir hacia Rosebridge después de semanas en la carretera siempre era refrescante. Ver los puntos de referencia familiares pasar zumbando, oler el aroma del aire que era de alguna manera diferente a cualquier otro lugar en el que hubiera estado; todo le decía a Adrian que estaba en casa. Siempre lo saboreaba, porque aunque era su hogar, nunca se quedaba por mucho tiempo. Así era como le gustaba. Quedarse quieto significaba inquietarse.

Esta vez, sin embargo, Adrian se sintió diferente al pasar el cartel azul al lado de la autopista que le daba la bienvenida a Rosebridge. Sentía que realmente había perdido algo. Esta vez, *realmente* nunca volvería a ver a Chandler.

Tal vez había cometido un error. Había dicho en serio cada palabra sobre comenzar el taller con Chandler, pero quizás se había dejado llevar. Chandler lo había llamado soñador, y tenía razón.

¿Qué tenía de malo soñar con una vida más feliz y satisfactoria? Después de todo, querer hacer algo de sí mismo y experimentar el mundo era lo que lo había llevado a unirse al ejército en primer lugar. Era lo que los había unido a los dos.

Maldito Chandler. Sí, era un riesgo, pero ¿no quería al menos intentarlo por April?

Incluso lo había admitido: no había nada para ellos en Everetteville. Los dones de April se desperdiciarían. Entonces, ¿de qué demonios tenía tanto miedo?

Se le ocurrió a Adrian que tal vez había una brecha de experiencia que le impedía entender los pensamientos de Chandler. Después de todo, él no era padre. No había pasado por un divorcio difícil y tenido que criar a un bebé solo. Su vida, a decir verdad, no había cambiado tanto desde que salió del ejército. Diablos, ni siquiera había cambiado tanto desde la secundaria. Se había endurecido un poco, claro. Pero, ¿qué responsabilidades tenía realmente?

Después de entregar su carga, Adrian estacionó su camión en un lote local y tomó un autobús hasta su apartamento, un estudio en el lado sur de la ciudad. El lugar era pequeño y escasamente decorado; Adrian no se había molestado mucho con el diseño interior ya que pasaba más tiempo en su camión que en casa. En su mayor parte, usaba el apartamento como espacio de almacenamiento para las pocas pertenencias que tenía.

Después de ducharse, se estiró en el colchón de una plaza empujado en la esquina de la habitación y se durmió.

~

Dio otra calada a su cigarrillo y Chandler hizo lo mismo con el suyo. Una fila de Humvees pasó rugiendo, llevando a un escuadrón de hombres a alguna misión que ya no les concernía. Estarían en un avión de vuelta a casa al día siguiente.

—Sé lo que dijimos —dijo Chandler—. Pero simplemente no puedo aceptar la idea de no volver a hablarte nunca más.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Adrian—. ¿Quedarnos despiertos toda la noche al teléfono como un par de chicas adolescentes?

—Soy más del tipo que escribe —respondió Chandler, con expresión seria.

—¿Correo electrónico?

—Diablos, no. Apenas puedo encontrar mi camino alrededor de una computadora. Estoy hablando de cartas.

Adrian se rio.

—Debería haberlo sabido. Entonces, ¿quieres que seamos amigos por correspondencia? Sí, claro, podemos hacer eso. Estaría bien. Asegúrate de rociar un poco de tu colonia también, y deja una marca de beso mientras estás en ello.

Chandler le dio un puñetazo en el hombro. Ambos se reían, pero Adrian se sentía melancólico por dentro. La realidad finalmente lo golpeaba: habían pasado sus últimos momentos íntimos juntos, y pronto lo más cerca que estarían sería a través de palabras en un pedazo de papel. Pero tal vez eso era mejor que no volver a hablar nunca.

Había fingido que estaba bien con su acuerdo. Chandler había sido quien lo sugirió, y sabía que tenía razón: lo que tenían no podía continuar. Pero deseaba que pudiera. Lo que sentía por Chandler no tenía sentido, pero era real y poderoso, y era difícil imaginar volver a sentirse así por otra persona alguna vez.

—Oye, McGee —llamó Chandler a uno de sus compañeros de escuadrón que pasaba por ahí—. ¿Te importaría tomar una foto de mí y este imbécil de aquí? —Sacó una cámara desechable y se la lanzó.

La foto capturaba a Adrian de pie junto a Chandler frente al camión de transporte que ambos habían usado para ocultar sus encuentros nocturnos. Estaba sin camisa, con su arma cruzada sobre su pecho brillante de sudor y empuñada en su mano derecha. En su rostro llevaba una sonrisa que ocultaba el profundo y doloroso anhelo por el hombre a su lado, de quien se había enamorado profundamente.

Adrian despertó de golpe. Mirando a su alrededor, le tomó un momento recordar dónde estaba. Siempre le pasaba al volver a casa después de mucho tiempo en la carretera. Después de asearse,

comió un tazón de cereal rancio y luego tiró el resto de la caja. Los pensamientos sobre Chandler estaban frescos en su mente, especialmente después de ese sueño. Recogió su chaqueta de donde la había arrojado la noche anterior y del bolsillo interior sacó la fotografía.

La había sacado de la copia de *Rainbow Six* de Chandler mientras este estaba ocupado bañando a April. Se sentía un poco mal por haberla robado, pero se dijo a sí mismo que Chandler lo superaría. O tal vez ni siquiera se daría cuenta de que faltaba. Puso la foto en el refrigerador, suspiró y luego la volvió a quitar. ¿Por qué diablos la había tomado? Necesitaba olvidar, no aferrarse tan fuertemente. Sostuvo la foto sobre el bote de basura, pero no pudo tirarla. No estaría bien simplemente tirarla después de haberla robado, así que la metió en una caja donde guardaba algunas de las cartas que había intercambiado con Chandler.

—¿Mamá? Hola, soy yo, Adrian. Sí, mamá, estoy de vuelta en la ciudad. Claro que sí. Iré hoy. ¿Necesitas que te traiga algo? ¿Segura? Bien, te veré más tarde. Yo también te quiero. Adiós.

Adrian bajó al estacionamiento y quitó la funda de su vieja camioneta Ford, la misma en la que él y su padre solían trabajar. Después de un falso arranque, el motor rugió a la vida, y salió a la carretera rumbo a la casa de su infancia. En el camino, hizo una parada en el supermercado para comprar algo de comida. Mary-Ann Stokes podría haber dicho que estaba bien, pero Adrian sabía que estaba tratando de no molestarlo.

—Oh, maldita sea, Adrian. Te dije que estaba bien —dijo ella, abriéndole la puerta principal—. Vamos, dame una de esas bolsas.

Le pasó la más ligera y fue a la cocina a descargar.

—¿A esto le llamas estar bien? —preguntó mientras miraba dentro de un refrigerador casi vacío.

—Solo soy una persona —dijo ella, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Te sorprendería lo lejos que puede llegar eso. Además, no me vendría mal perder unos kilos. Ven aquí, cariño. —Lo tomó por los hombros y lo atrajo hacia ella para darle un beso en la mejilla.

—Hola, mamá —dijo él—. ¿Todo ha estado bien? ¿Recibiste el cheque que te envié?

—Sí —suspiró ella, sirviéndole un vaso de té helado dulce—. No necesitas enviarme tanto. Tengo el seguro social y algunos ahorros. *Tú* eres el que necesita ahorrar dinero.

—Solo quiero asegurarme de que estés bien —dijo él—. Yo también tengo algo guardado. Y no gasto mucho. —Caminó hacia la sala, bebiendo el té—. Entonces, ¿has estado bien?

—Estoy fantástica —dijo ella, uniéndose a él. Parecía moverse más lentamente de lo que recordaba, su rostro un poco más envejecido y desgastado. Tal vez era solo el resultado de no verla durante algunas semanas. Los cambios sutiles que no notas cuando estás con alguien a menudo de repente parecen muy evidentes después de haber estado ausente. Se sentó en el sofá y lo observó mientras él miraba las fotos en una mesa lateral. Tomó una foto enmarcada de él y su padre parados orgullosos frente a la misma camioneta que ahora estaba estacionada en la entrada.

—¿No se pone un poco silencioso por aquí? —preguntó.

—La enfermera viene una vez a la semana —respondió ella, encogiéndose de hombros—. La televisión es suficiente compañía, por lo demás. ¿Cómo estuvo tu viaje?

—Bien —dijo—. Me llevó a Arizona, Nevada y Arkansas. Eh, vi a un viejo amigo. Un antiguo compañero del ejército, Chandler Longman. Estuvo conmigo en Irak.

—¿En serio? Qué pequeño es el mundo. ¿Te lo encontraste?

—No, vivía en el pueblo al que fui en Arkansas, así que lo busqué. —Caminó hacia la ventana y miró la hilera de hayas que daban sombra moteada a su calle. Solía haber un columpio de neumático colgando de uno de ellos. Papá lo había instalado y solía empujarlo. Ahora ya no había más niños en el vecindario que lo usaran, así que lo habían quitado hace años. Pensó en

April y se preguntó si le gustaría usar un columpio de neumático. ¿Acaso todo iba a hacerle pensar en Chandler ahora?

—Oh —dijo mamá—. ¿Ustedes dos eran buenos amigos?

—Lo éramos.

—Es bueno que hayas mantenido el contacto. Debe haberse alegrado de verte.

—Sí. Ahora tiene una hija. La está criando él solo. Nunca me lo hubiera imaginado como padre, y menos aún como un padre responsable.

—La gente sí cambia. Tuve una novia en el instituto, Dios mío, cómo le gustaba ir de fiesta. Bebía, fumaba, tenía un chico nuevo cada mes. Abandonó los estudios antes de graduarse. Siempre pensé que acabaría embarazada, o sin hogar, o algo así, pero le dio un giro a su vida. Ahora estará jubilada, supongo, pero solía ser agente inmobiliaria. Veía su cara en los bancos de las paradas de autobús todo el tiempo.

—¿He cambiado yo? Desde el ejército, quiero decir.

—Bueno, claro. Has ganado unos centímetros en la zona de la cintura.

—Gracias, mamá.

Ella se rió.

—Pareces ser más serio de lo que eras antes. Pero sigues siendo tan volátil como siempre. Pero está bien, si estar en movimiento es lo que te hace feliz.

¿Le hacía feliz? Al menos era mejor que quedarse quieto.

Pero, ¿por qué?

Nunca se lo había cuestionado antes, pero ahora la respuesta era clara para él. Era por Chandler. Después de volver a casa de Irak, aún sentía el agarre que Chandler tenía sobre su corazón. Era ese control lo que lo mantenía en la carretera. Realmente estaba vagando en un esfuerzo inconsciente por mantenerse adelante del vacío que solo una persona tenía la capacidad de llenar.

—Sí, tal vez —fue todo lo que pudo decir.

Ahora que había visto a Chandler de nuevo, y lo había perdido por segunda vez, se dio cuenta de que había estado esperando a alguien que nunca vendría. Chandler tenía miedo, igual que él. Quizás era hora de detenerse y finalmente echar raíces. Quizás era hora de empezar su propia vida. No más vagabundeo. No más huidas.

—¿Estás *tú* bien, cariño? —preguntó mamá.

—Bien —dijo—. Es solo que me ha hecho pensar, eso es todo. —Se acercó y le dio un beso en la cabeza—. Entonces, ¿qué hay para cenar?

Ella resopló.

—¿Es por eso que saliste a comprar comida?

Después de ayudar con algunas tareas domésticas, incluyendo cambiar el aceite del coche de mamá y revisar su bandeja de entrada de correo electrónico abarrotada, cocinaron la cena juntos: una simple lasaña con salsa de carne casera, la favorita de la infancia de Adrian. Después de

lavar los platos, se sentó en el sofá con mamá y vieron la televisión durante unas horas, pero su mente estaba en otra parte.

Al día siguiente, Adrian recibió una llamada de una de las agencias de contratación que lo conectaba con nuevos trabajos de entrega. Nunca antes se había sentido reacio a aceptar un trabajo, pero hoy era prácticamente lo último en lo que pensaba.

—Tenemos un envío de vehículos que va a California desde Virginia, ganado a Wisconsin desde New Hampshire, electrónica sin especificar a Arizona... Estos contratos empiezan la semana que viene. Tienes para elegir, señor Stokes.

—¿Algo que vaya a Arkansas? —preguntó.

—No, eso es todo lo que tengo.

—De acuerdo. Gracias. Voy a revisar los tablones de carga y luego te responderé.

Inició sesión en el tablón de carga, un sitio web donde se publicaban contratos para cualquier camionero disponible, y revisó qué iba hacia Arkansas. Había tres trabajos, todos para Little Rock. Empezó a formular algún plan en su mente sobre cómo podría llegar hasta allí y desviar su viaje de regreso por Everetteville, y luego cerró el sitio web en un arrebato de frustración. Aquí estaba, torciendo su vida para acercarse a Chandler. ¿Acaso cada decisión que había tomado en los últimos cinco años había sido influenciada de alguna manera por sus sentimientos hacia Chandler?

Era hora de empezar a vivir su vida para sí mismo. Era hora de un cambio.

Golpeado por una nueva y feroz determinación, Adrian hizo una promesa silenciosa de que su entrega a Everetteville sería la última. Su tiempo como camionero de larga distancia había terminado, y con él, cualquier fe restante de que él y Chandler tuvieran la oportunidad de una

vida juntos.

Tenía que seguir adelante. Tenía que dejar de vagar, anhelando algo que nunca podría ser. Tenía que olvidarse de Chandler, o de lo contrario desperdiciaría el resto de su vida esperando.



Una semana después, Adrian estaba depositando el dinero obtenido de la venta de su camión en su cuenta bancaria. Era suficiente para cubrir el resto que debía, con un poco extra. Ese dinero extra no duraría mucho. Había apostado todos sus ahorros junto con un pequeño préstamo empresarial en su nuevo plan: un taller mecánico, justo como había hablado con Chandler.

Él mismo dirigiría el lugar, y ya tenía una pequeña lista de clientes en espera; personas que conocía a través de la conducción, viejos amigos y amigos de mamá. Estaba seguro de que las cosas saldrían bien, una confianza que surgía de su determinación inconsciente de demostrar que Chandler estaba equivocado.

Adrian se había dicho a sí mismo que había terminado con él, pero aún encontraba su mente divagando hacia Everetteville. Cada decisión que tomaba parecía estar teñida por lo que sentía por Chandler. Jugueteó con la idea de ir a los bares para encontrar a alguien que lo distrajera, que tal vez tener una mujer en su cama podría ayudarlo a olvidar al único hombre que quería que estuviera allí, pero al final, decidió no hacerlo. Ya había jugado ese juego antes, y nunca ayudaba. Además, algo simplemente no se sentía correcto al respecto, como si estuviera traicionando a Chandler.

Era jodidamente ridículo pensar de esa manera, pero no tenía control sobre ello. ¿Por qué demonios sentía que estaba traicionando a alguien con quien ni siquiera estaba? ¿Alguien que no tenía ningún deseo de estar con él?

Cuanto más pensaba en ello, más enojado se ponía, y lo empujaba más fuerte a hacer que el taller funcionara.

—No sé si alguna vez te he visto tan entusiasmado en toda tu vida, no desde que tú y tu padre solían trabajar juntos en los coches —reflexionó mamá.

Adrian estaba en la casa ayudándola a reparar un fregadero con fugas, y la estaba poniendo al día sobre el progreso del taller.

—Simplemente estás feliz de que me haya establecido en Rosebridge —respondió él, riendo.

—Estoy orgullosa de ti —dijo ella—. Podrías haber estado en Arkansas y aún así habría pensado que estabas tomando la decisión correcta. Me alegro de que hayas elegido el hogar. Es agradable saber que estarás cerca. ¿Quizás incluso vea pronto a una chica en tu vida? ¿Y algunos nietos, Dios no lo quiera?

—Ahora sí que estás tentando a la suerte.

—No me vengas con esas, Adrian. Una vez que tu negocio comience a crecer, deberías buscarte una pareja y sentar cabeza. No es divertido envejecer y estar solo, ¿sabes?

Lo dijo en broma, pero él sabía que hablaba desde la experiencia, y le dolía escucharla decir eso. Ella no había querido volver a casarse desde que papá murió, y estar en esta casa sola tenía que ser muy solitario. —Lo sé, mamá. Por ahora, estoy tratando de hacer que esto funcione lo mejor que puedo. He asegurado un local. Firmaré los papeles la próxima semana.

—Eso es maravilloso, cariño.

Estaba llegando al punto en que Adrian se preguntaba si podría vivir como un hombre soltero por el resto de su vida. Quería darle a mamá un nieto, pero simplemente no podía imaginarse conociendo a una mujer pronto, o más tarde, para el caso. Era demasiado pronto para que pensara en cualquier tipo de romance.

¿Cuándo sería libre?

Cualquier pensamiento siempre parecía llevarlo de vuelta a *él*, y por mucho que odiara admitirlo, disfrutaba pensando en Chandler.

Tal vez siempre estaría envuelto en el hechizo del hombre. Tal vez nunca sería capaz de dejar de amarlo.

Después de todo, habían pasado por tanto juntos. Chandler siempre había estado allí para cubrirle las espaldas. Ambos habían arriesgado sus vidas por el otro muchas veces. Habían sobrevivido a muchas situaciones críticas, cuando amigos y hermanos de armas a veces no lo habían logrado. Chandler era la única persona en ese lugar en quien confiaba y dependía completamente, y el vínculo que habían compartido había trascendido los límites de un amor normal.

8

—Gracias por organizar la fiesta de April, Lexie —dijo Chandler mientras los dos limpiaban el desastre que nueve niños pequeños cargados de azúcar habían dejado en su apartamento. Habían pasado tres meses desde que el viento había traído a Adrian de vuelta a su vida y se lo había llevado, y April acababa de cumplir cinco años.

—Claro, no hay problema. Quiero decir, era tener la fiesta aquí o en On the Rocks, así que creo que la elección estaba clara.

Ambos se rieron.

—Eso habría sido algo —dijo Chandler.

—¿Cómo va la tutoría?

—No soy muy buen maestro —admitió—. Compré un par de libros sobre cómo ayudar a un niño superdotado, pero no sé si es lo que ella necesita o no.

—Me dijo que ha empezado a leer *El jardín secreto*. Eso es algo.

—Hay muchas cosas que no entiende —dijo Chandler—, pero le gusta el desafío de descifrar las palabras.

—Caray, yo he intentado enseñarle el abecedario a Isabelle para darle ventaja. Simplemente no lo entiende ahora mismo. Hace una rabieta por ello. Es realmente asombroso lo que April puede hacer.

—Sí, es especial.

Lexie puso su mano en el brazo de él.

—Eres un muy buen padre, ¿sabes? Estás haciendo un gran trabajo con April. Sé lo difícil que puede ser como padre soltero.

—Hago lo mejor que puedo —dijo él—. Aunque a veces siento que mi mejor esfuerzo no es suficiente. Ella merece estar en un ambiente de aprendizaje adecuado.

—No digas eso, Chandler. Lo estás haciendo muy bien.

Él se echó la gran bolsa de basura al hombro.

—¿Dónde debo tirar esto?

—Hay un contenedor afuera en el estacionamiento.

Chandler salió y tiró la bolsa. Había estado haciendo todo lo posible para fomentar los dones de April, pero al final, nada podía sacudir la sensación de desesperanza que tenía sobre su situación. A estas alturas, sus preocupaciones eran menos sobre proporcionar una educación temprana y más sobre su inscripción en el montón de mierda humeante que era el sistema escolar de Everetteville. Estaba a la vuelta de la esquina, y estaba seguro de que el ambiente sólo le quitaría

el brillo a su mente. Pero ¿qué podía hacer? No tenía la educación ni la experiencia para sacarse a sí mismo de este vertedero. Parecía que estaba destinado a quedarse atrapado allí, y había condenado a su hija al mismo destino.

No, si alguien tenía una oportunidad, era ella. Sólo tenía que seguir protegiéndola y hacer todo lo posible por ella. Tenía que asegurarse de que se mantuviera en el camino correcto. Recordaba a los niños con los que había ido a la escuela. Habría muchos inútiles cabezas huecas que intentarían corromper a su niña. Tal vez su destino era ser el padre intimidante con la escopeta montada en la parte trasera de la cabina de su camioneta. Estaba bien con eso, si llegaba el caso.

Sería mucho más fácil si no lo estuviera haciendo todo solo.

Cuando volvió dentro, Lexie lo estaba esperando en el sofá con dos copas de vino. Podía oír a April e Isabelle jugando todavía en el dormitorio de Isabelle. Se sentó junto a Lexie, y ella le entregó una de las copas.

—Creo que tenemos tiempo para una copa antes de que te vayas a casa. Las niñas se están divirtiendo ahora mismo.

—No me quejo —dijo él—. Necesito un trago.

—Sabes, estaba pensando —dijo Lexie, frotando distraídamente el tallo de su copa de vino entre el pulgar y el índice—. Tú y yo deberíamos reunirnos más. Puedes traer a April. Dios sabe que ambos podríamos usar más contacto humano. Creo que me estoy volviendo loca de ver solo a clientes todo el día. Está empezando a ponerme en un lugar oscuro.

—No es difícil ver por qué —dijo él—. La mayoría de esos tipos son unos canallas.

—Podría usar algo de interacción con un tipo agradable y normal para variar. ¿Qué piensas?

Chandler bebió un sorbo de vino. Sabía que April no se quejaría; le encantaba jugar con Isabelle, y también le caía bien Lexie. Probablemente era una buena idea.

—Claro, por qué no —dijo—. Creo que me parecería bien.

Lexie sonrió.

—Genial, entonces es un trato. —Levantó su copa de vino—. Por más noches como esta.

—Sin los niños extra —dijo, y chocó su vaso con el de ella.

Se sentaron y charlaron, o al menos Lexie lo hizo, él escuchaba más que hablaba, durante una hora y media, hasta que era bastante tarde para la hora de dormir de las niñas. Después de algunas protestas para que la dejara quedarse más tiempo, finalmente logró meter a April en la camioneta y se dirigió a casa. Había sido una gran fiesta, y la mejor parte fue que había convencido con éxito a todos los padres de regalarle libros a April. El hecho de que un par de ellos inicialmente se hubieran opuesto a esa idea le molestaba muchísimo. Al final había impuesto su voluntad al respecto, pero solo sirvió para recordarle su situación.

Constantemente se encontraba pensando en Adrian. Pequeños pensamientos, como desear que hubiera podido estar en la fiesta de April, o preguntarse qué le habría regalado por su cumpleaños. *El jardín secreto* se había convertido en su posesión más preciada. Todavía estaba trabajando en leerlo lentamente sin ayuda, pero él ya se lo había leído en voz alta varias veces. La forma en que estaba escrito el libro era algo anticuada y definitivamente un gran salto desde *Rainbow Six*, por lo que había momentos en que le resultaba incómodo y confuso de leer, pero April parecía no tener ningún problema para entender la escritura.

Después de acostar a April, Chandler se sentó a la mesa de la cocina con un papel delante y un bolígrafo en la mano, que golpeaba contra el costado de su cabeza. "*Adrian*", escribió. "*Espero que estés bien. April tuvo una fiesta de cumpleaños hoy, y creo que habrías aprobado los regalos que recibió*".

Llenó la página con actualizaciones rápidas sobre la vida, tal como había escrito cuando aún intercambiaban cartas antes. Cuando agotó toda la charla trivial fácil, su pluma se congeló y luchó por escribir las palabras que realmente quería decir, sobre cómo se sentía.

Te echo de menos.

Todavía quiero verte.

El bolígrafo se cernía a milímetros sobre la página, listo para derramar las palabras, pero simplemente no podía obligarse a escribirlas.

—Hijo de puta —refunfuñó para sí mismo, doblando la carta en un sobre que guardó en una caja de zapatos, donde se unió a media docena de otras cartas sin enviar de los últimos tres meses.

Se suponía que las cosas debían aclararse. No debería seguir atrapado pensando en Adrian, pero sus sentimientos no habían cambiado en absoluto. Si acaso, solo se habían vuelto más fuertes. Había probado el más mínimo sabor de cómo podría ser una vida con Adrian en ella, y ahora se había salido de control.

Si tan solo Adrian no hubiera venido, y simplemente se hubiera mantenido fuera de su vida, no se sentiría así. Tal vez habrían podido seguir adelante...

Quería creer eso, pero una parte de él sabía que no era cierto. Incluso si Adrian nunca hubiera venido a Everetteville, una parte de él siempre habría anhelado lo que habían compartido.

Era casi una tortura.

No solo saber cómo podrían haber sido las cosas con Adrian a su lado, sino los *anhelos* siempre

presentes que tenía por él. Había noches en las que se despertaba de golpe, con el corazón retumbando y la ropa interior sucia por sus fantasías oníricas. A veces en el trabajo, un cliente entraba usando la misma colonia que Adrian, y eso le ponía un nudo en la garganta y un bulto en los pantalones. Cuando eso sucedía, encontraba una razón para ir a la trastienda. La excitación lo hacía sentir sucio, porque no se sentía atraído en absoluto por estos hombres. Era solo el olor; ese olor delicioso, cálido y acogedor.

Las noches que no soñaba con hacer el amor con Adrian, soñaba con la guerra. Adrian también estaba en esos sueños, pero siempre estaba a lo lejos y fuera de su alcance, en algún tipo de peligro que Chandler no podía detener. No era la primera vez que tenía este tipo de sueños. Los había sufrido después de regresar de su tiempo en el extranjero, pero se habían vuelto menos frecuentes con el tiempo, el esfuerzo y la distracción de criar a una niña pequeña. No fue hasta que Adrian volvió a su vida, y se fue, que empezaron a ocurrir de nuevo.

A veces, Chandler no sabía qué sueños eran peores.

Había una parte de él que aún quería arriesgarlo todo, dejarlo todo y conducir hasta New Hampshire para aceptar esa oferta de Adrian, pero aún no podía ni siquiera escribirle una maldita carta. Era orgullo. Orgullo y miedo.

Si no fuera tan condenadamente miedoso, tal vez se habría ido con Adrian en primer lugar.

Nunca se había considerado un cobarde, pero ciertamente empezaba a parecerlo. A veces sentía que las decisiones que tomaba solo estaban guiadas por una terquedad nacida del miedo. Pero tenía razón para ser cauteloso. April era más importante que cualquier cosa, y siempre la pondría en primer lugar. No podía tomar decisiones estúpidas y arriesgadas que pusieran en peligro un futuro ya inestable. Su madre ya había causado suficiente dolor y problemas con sus propias acciones egoístas. Él no haría lo mismo.

Después de guardar la carta, un impulso de ver el rostro de Adrian guio su mano hacia la copia de *Rainbow Six* que estaba en su estante, y bajó el libro y lo abrió. Frunció el ceño cuando resultó que lo que buscaba no estaba allí. Hojeó las páginas, pero de nuevo, no encontró nada.

¿Dónde demonios estaba la foto?

Arrojó el libro sobre la cama y miró debajo de las otras cosas que estaban en el estante, luego debajo de la cama y la mesa plegable que usaba como escritorio. Seguía sin aparecer.

—¿Qué demonios? —murmuró, sintiendo una oleada de frustración. Era la única foto que tenía de Adrian. Hizo otra ronda de búsqueda, pero no encontró nada. No tenía tantas cosas como para que pudiera perderse fácilmente. ¿Se habría caído a la basura? No, ¿cómo podría ser? La única vez que había salido del libro fue cuando Adrian la miró. Su frustración comenzaba a burbujear con más intensidad mientras buscaba por su habitación una y otra vez. ¿Cómo podía haber perdido la única foto que tenía de Adrian?

Sintió que su frustración se convertía en ira, y sus palmas estaban húmedas de sudor. —Maldito hijo de puta —Revisó el libro de nuevo y luego lo arrojó contra la pared. Se sentó en la cama y se frotó los ojos. Su cuerpo hormigueaba. ¿Dónde diablos podría estar? Tal vez... ¿April la había tomado? ¿Tal vez sentía curiosidad por el libro y la había encontrado?

Maldita sea, si ella la había tomado...

El pomo de la puerta estaba frío en su mano. Empujó lentamente la puerta de la habitación de April, y un rayo de luz cayó sobre el rostro dormido de su hija. Había estado enojado, listo para despertarla y preguntarle si había tomado la foto. En el momento en que la vio, sintió que todo eso se derretía. Dejó escapar un suspiro. Dios, ¿qué le pasaba? Era solo una foto de un hombre que estaba tratando de olvidar. No debería haberla guardado de todos modos. Pensar que iba a despertar a April enojado por algo así.

Contuvo las lágrimas, avergonzado por su falta de control, y fue a darle un beso en la frente a April. —Te amo, cariño —susurró—. Eres mi mundo.



Lexie pasó junto a él en el cuarto trasero del trabajo, envuelta en una bata de seda. —Hola, Chandler.

—Lexie —respondió él, asintiendo hacia ella—. ¿Cómo está todo allá afuera?

—Ya sabes —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Sería mucho más divertido pasar el rato aquí atrás contigo. ¿Te importaría traerme un vaso de agua?

—Claro que no —Llenó un vaso de plástico con agua helada y se lo entregó antes de volver al barril vacío que estaba rodando hacia la puerta trasera. Se detuvo y se giró—. Oye, ¿Lexie?

Ella iba caminando hacia la puerta giratoria que conducía de vuelta al piso, y se detuvo, pareciendo ansiosa.

—¿Qué te parece si nos juntamos, como habíamos dicho? Podemos hacer que sea una cita de juegos para las niñas.

Ella sonrió como si fuera lo mejor que había escuchado en todo el día. —Tienes el domingo libre, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien. Entonces es una cita.

Chandler se sintió un poco más ligero. Este era un paso en la dirección correcta. Sería bueno para April pasar más tiempo con amigos fuera de la guardería, y sería una buena excusa para que él saliera de la casa e hiciera algo diferente. Demonios, probablemente *él* podría beneficiarse más de pasar tiempo con amigos que April. Apenas había socializado desde que se divorció de Julia y lo despidieron del taller. Pensándolo bien, realmente se había aislado.

Llegó el domingo, y cuando Lexie abrió la puerta, Chandler notó que estaba vestida como para salir. —Te ves bien —observó—. Me siento un poco informal —Había venido en jeans y una camisa de franela desgastada.

—No, te ves genial —dijo Lexie, metiendo su cabello detrás de la oreja y luciendo algo avergonzada—. Pasa. ¡Hola, April! Vaya, qué bonita te ves hoy. Isabelle está en su habitación —April se rió y corrió adentro para jugar con Isabelle. Chandler siguió a Lexie—. Estoy empezando a preparar la cena.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar? Traje un pastel para el postre.

—Eres muy amable, Chandler, ¡gracias! Puedes servirnos un par de copas de vino y entretenerme mientras cocino.

—¿Qué vamos a comer? —preguntó, dejando la bolsa de plástico con la caja del pastel en el mostrador. Sacó dos copas del armario y sirvió el vino.

—Espaguetis con albóndigas. No es nada elegante, pero hago la salsa desde cero.

—El favorito de April.

Chocaron las copas. —Me alegro de que hayamos arreglado esto, Chandler —dijo Lexie—. Me alegro de que realmente estemos haciendo esto.

—Sí —estuvo de acuerdo. Desde la noche en que descubrió que la foto había desaparecido, su mente había estado sorprendentemente libre de pensamientos sobre Adrian. De repente, tuvo la idea de lo agradable que habría sido tenerlo aquí también, los tres visitando a Lexie e Isabelle. Una punzada de dolor reverberó por su cuerpo. Maldita sea. Justo cuando pensaba que tal vez las cosas estaban mejorando, lo deseaba más que nunca.

Lexie empezó a hablar sobre cómo había aprendido la receta de una de las otras bailarinas del trabajo y cómo se había convertido en la favorita de Isabelle. Chandler escuchaba, pero estaba distraído. Hacía todo lo posible por reprimir lo que sentía, porque era un dolor profundo y palpitante que le apretaba la garganta y consumía por completo su mente, y quería estar presente. Desear poder estar allí con él ahora había enviado su mente a una espiral de "¿y si?". ¿Y si estuvieran juntos? ¿Y si se hubiera ido con él? ¿Y si, y si, y si?

Dios, cómo lo echaba de menos.

—¿Chandler?

Se enderezó. —¿Sí?

—Te pregunté si estabas bien. ¿Soy tan aburrida? —sonrió con sorna.

—Mierda, Lexie. Lo siento.

—¿Está todo bien?

—Sí. Es solo que tengo muchas cosas en la cabeza ahora mismo.

—¿Sobre qué? Háblame.

—Es que... —hizo una pausa—. He estado pensando mucho en la educación de April.

—Entiendo —dijo ella—. Chandler, estás haciendo lo mejor que puedes con lo que tienes. Es

decir, la única forma de que las cosas pudieran ser diferentes es si dejaras Everetteville por un lugar con mejores perspectivas. Sé por lo que estás pasando. Este pueblo no tiene mucho que ofrecer. Si yo tuviera la oportunidad de salir de aquí, tomaría a Isabelle y me iría en un abrir y cerrar de ojos.

—¿En serio?

—Claro que sí. Gano un dinero decente bailando, pero ¿cuántos años más de eso me quedan? Y después de eso, ¿qué pasa? Es decir, la única razón por la que sigo bailando es porque el dinero es bueno. ¿Crees que disfruto mostrando mis pechos a extraños? Lo hago porque me permite ahorrar algo de dinero para Isabelle. Créeme, eres un buen padre, Chandler. Eres mil veces mejor hombre que el padre de Isabelle. Cualquier mujer tendría suerte de tenerte.

—Bueno, lo aprecio, Lexie —dijo, un poco desconcertado por el inesperado cumplido. La espiral de pensamientos se había roto, pero realmente no se sentía mejor. Aun así, logró mantenerse presente, y a medida que avanzaba la noche su estado de ánimo mejoró y comenzó a disfrutar.

Después de la cena, April e Isabelle anunciaron que querían hacer un espectáculo para ellos, y Chandler y Lexie se sentaron pacientemente en el sofá mientras las dos niñas bailaban con linternas cantando canciones de Disney. Lexie estaba sentada cerca de él, y su pierna presionaba contra su muslo. Él se movió para volver a poner una pequeña distancia entre ellos.

—¡Muy bien! —dijo, aplaudiendo mientras las dos niñas hacían una reverencia—. Una actuación mágica. Nuestras niñas podrían llegar a ser cantantes.

Lexie se rió y puso su mano en el muslo de él. —¡Realmente podrían!

Chandler se puso de pie, y la mano de ella se deslizó. —Creo que me vendría bien un poco de ese pastel ahora. ¿Qué piensan, señoritas? ¿Pastel?

April e Isabelle saltaron arriba y abajo. —¡Sí!

—Solo un pedazo pequeño, Izzy —dijo Lexie—. No quiero que te pongas más hiperactiva de lo que ya estás...

Se sentaron y comieron, con April e Isabelle riéndose entre ellas todo el tiempo. Después de terminar, corrieron a la habitación de Isabelle para seguir jugando y Lexie preparó té para ella y Chandler.

—Si pudieras hacer cualquier trabajo, ¿qué harías? —le preguntó.

—¿Eh?

—Estoy bastante segura de que ser ayudante de bar en un club de striptease no es tu idea de trabajo soñado.

—Te dije que antes era mecánico, ¿verdad?

—Chandler, apenas me has contado nada sobre tu vida. Sé que estuviste en el ejército por un tiempo, y que la madre de April era adicta. Eso es todo.

—Bueno, antes era mecánico. Supongo que eso es lo que me gustaría hacer. Al menos, es en lo que soy bueno.

—¿No hay trabajo para un mecánico en Everetteville?

—No.

—Yo siempre quise ser cantante —dijo ella—. He estado tratando de convencerlos para que me dejen cantar en el bar, pero supongo que piensan que ahuyentaré a los clientes. Entonces, ¿eres bueno con los coches, eh?

Pensó en Adrian otra vez, y en su propuesta. Sí, era bueno, pero no tan bueno como lo era Adrian.

—Estoy bien.

—Algo me dice que eres mucho mejor que simplemente "bien", Chandler —dijo ella—. Sabes, mi coche ha estado actuando muy raro últimamente. Ha estado haciendo todo tipo de ruidos extraños cuando lo enciendo.

—¿Lo has llevado a algún lado?

—Todavía no. ¿Quizás podrías echarle un vistazo por mí? Solo una mirada rápida, para ver si puedes decir qué le pasa. Está justo enfrente.

—Sí, claro —dijo él—. Te lo debo por la deliciosa cena que preparaste.

—Eso fue un placer para mí, pero lo acepto.

Lexie asomó la cabeza en la habitación de Isabelle y les dijo a las dos chicas que estarían afuera por un momento. Luego salió, y Chandler la siguió.

—Este es —dijo, dando una palmada al capó de un Ford Taurus destartalado. Chandler se sentó en el asiento del conductor y arrancó el motor. Este cobró vida con dificultad, e inmediatamente el tacómetro comenzó a saltar mientras el motor rugía y golpeaba.

—¿Sabes qué le pasa? —preguntó ella.

—Déjame revisar bajo el capó.

—De acuerdo.

Abrió el capó y usó su teléfono celular como linterna para ver si el problema era algo obvio. Las mangueras estaban viejas, pero parecían estar bien. Tal vez uno de los sellos estaba roto...

Sintió la mano de Lexie en su brazo. Se giró, y ella le rodeó el cuello con sus manos, inclinando la cabeza para besarlo. Él jadeó y la detuvo poniendo sus manos en los hombros de ella. Lexie pareció confundida.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Lexie...

—Me gustas mucho, Chandler —dijo ella, tomando sus manos y apartándolas de sus hombros.

Él frunció el ceño. Debería querer esto. Le agradaba Lexie y disfrutaba de su compañía. Habría sido mentira decir que no había tenido ninguna idea romántica al invitarla a esta cena. Pero ahora que se estaban haciendo movimientos, se sentía completamente desinteresado. No había ninguna atracción en absoluto.

—Mira, Lexie —dijo, bajando las manos de ella a los costados—. Lamento si te di falsas esperanzas de alguna manera, pero... también me gustas mucho, pero solo como amiga.

—Oh —dijo ella, asintiendo. Sonrió, tratando de ocultar su vergüenza—. Entiendo.

Se quedaron en un silencio incómodo. Chandler se agachó dentro del coche y apagó el motor. —Podría haber una fuga de vacío en alguna parte —dijo—. O podría ser un problema con la bomba de combustible. Es difícil decirlo. Yo mismo lo examinaría más de cerca, pero no tengo las herramientas para hacerlo. Puedo recomendarte un taller...

—¿Es por lo que hago? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Que sea stripper.

—Diablos, no —dijo él—. No seas tonta. Eso no tiene nada que ver. Eres una chica genial, Lexie.

—¿Ya tienes a alguien de quien estás enamorado? Lo siento, estoy diciendo todas estas cosas. No tienes que contarme.

Lo pensó por un momento. —No lo sé —dijo.

—¿Entonces sí hay alguien?

—Es complicado. Dios, ojalá no fuera tan complicado.

—Quienquiera que sea ella, tiene suerte.

—Ese es el problema, Lexie... Yo, eh... No es una ella.

Las palabras se le habían escapado. Era la primera vez que le decía algo sobre sus atracciones a alguien, aparte de Adrian.

Ella lo miró fijamente y luego se cubrió la boca. —Oh, Dios mío. ¿Me estás diciendo que eres...?

—No. No lo sé. No me siento atraído por otros hombres, solo por uno. Solo por *un* maldito chico.

—El tipo que vino aquel día —dijo ella, haciendo la conexión—. Mierda. Era él, ¿verdad, Chandler?

Chandler apartó la mirada y cerró los ojos. No sabía por qué, pero sentía que iba a llorar. Lo invadió como una ola. Se mordió el labio y apretó los puños, tratando de luchar contra ello, pero fue incapaz de detenerlo.

—Sí —suspiró.

Agachó la cabeza. Seguramente Lexie se iría. Lo llamaría asqueroso. Le diría que se mantuviera alejado de ella y de su hija. Mierda. ¿Se lo contaría a otras personas? ¿Lo expondría?

Una lágrima le recorrió la mejilla. Se sentía terrible, pero al mismo tiempo, liberador. ¿Por qué no pudo simplemente mantener la boca cerrada?

No habría podido hacerlo, se dio cuenta. *Necesitaba* decirlo.

Entonces sintió los brazos de Lexie rodeándolo. —Oh, Chandler —susurró mientras lo abrazaba fuertemente—. Lo siento mucho. Haber guardado eso para ti mismo debe ser horrible. No te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Nadie escuchará ni una mierda de mi parte.

—Lexie —dijo él con voz tensa. Ahora las compuertas se abrían y las emociones lo abrumaban. La abrazó—. Gracias.

9

—Parece que estás desbordado —le dijo Gloria Ellins a Adrian mientras le entregaba su tarjeta de crédito. Gloria era una vieja amiga de su madre, fue una de sus primeras clientas y tenía la mala costumbre de golpear los bordillos al entrar en los aparcamientos, lo que hacía que necesitara frecuentes trabajos de suspensión y neumáticos.

—Es mucho para una sola persona —admitió él—, pero prefiero mantenerme ocupado. Me pongo ansioso cuando no estoy haciendo nada.

—Sé exactamente a qué te refieres —dijo ella—. Todo el mundo necesita algo que lo mantenga activo. ¿Has pensado en contratar a alguien para que te ayude?

—Ayudaría, pero por ahora prefiero hacer el trabajo por mi cuenta. Es difícil encontrar gente de confianza.

El taller funcionaba por recomendación, pero el negocio había crecido rápidamente. Resultó que la dificultad de encontrar un mecánico de confianza no cambiaba si estabas del lado del cliente o del lado de la contratación. Muchos de sus clientes eran amigos de su madre que estaban cansados de que les timaran o les hablaran con condescendencia cada vez que necesitaban que les arreglaran el coche.

La verdad era que realmente podría usar un segundo trabajador. Necesitaba la ayuda, pero simplemente no podía decidirse a contratar a nadie. No se sentía bien. Podía escuchar la voz de Chandler en su cabeza diciéndole que dejara de ser un maldito soñador y que contratara a alguien

si lo necesitaba, pero ¿cómo podía hacerlo? En su mente, solo había un hombre que podía ocupar ese segundo puesto.

Pasó la tarjeta de crédito usando un lector portátil e imprimió un recibo. —Gracias, señora Ellins —dijo—. Por favor, conduzca con cuidado.

—Seguro que volveré aquí el mes que viene con algún problema —dijo ella—. Conociendo cómo conduzco.

Él se rio. —Entonces nos veremos el mes que viene.

Ella sacó el coche del estrecho aparcamiento, logrando que una rueda se saliera de la pendiente donde la entrada del camino se convertía en bordillo. Hizo una mueca y apretó los dientes mirando a Adrian antes de hacerle un gesto con la mano y alejarse conduciendo. —O tal vez un poco antes —se dijo a sí mismo.

El taller estaba en las afueras de Rosebridge, respaldado por una cascada de árboles a punto de tornarse en brillantes colores en otoño, y junto a una línea de viejas fábricas de ladrillo que habían sido convertidas en restaurantes. Podía trabajar en cuatro coches a la vez, tenía un gran terreno en la parte trasera para los vehículos en espera, y semiadosado al edificio había un espacioso estudio tipo loft que había sido utilizado como oficinas en los años 50. Adrian había conseguido un buen trato por el taller porque la zona no era de primera, aunque la gentrificación estaba cambiando rápidamente las cosas. Cuando el negocio resultó ser mucho mejor de lo que esperaba, utilizó parte de sus primeras ganancias junto con algo del dinero que le quedaba de la venta de su camión como entrada para el estudio, y se había mudado hacía un mes.

Volvió al interior del taller para retomar el trabajo. Abrió el cajón y guardó el lector en su lugar, justo al lado de la foto de él y Chandler que se tomaron en Irak. En la pared detrás del escritorio estaba la bandera estadounidense que había tenido colgada en la cabina de su camión, aún teñida por la tierra y el polvo que había acumulado durante su tiempo en Oriente Medio. Había decidido no lavarla después de traerla a casa. Era un recordatorio de todo lo que había pasado durante ese tiempo.

Aparte de su madre y sus clientes, la vida había sido solitaria desde aquel último viaje en camión a Arkansas. Ni siquiera había sido realmente un hábito antes, pero ahora cualquier deseo de aventuras de una noche se había evaporado por completo. Su mente seguía ocupada por el efecto que Chandler había tenido en él, y estaba empezando a desgastarlo. Había hecho un gran cambio en su vida y realmente estaba teniendo éxito haciendo algo por lo que sentía una verdadera pasión, pero esa sensación de inquietud aún no se había ido. Lo que estaba empezando a entender era que probablemente *nunca* se iría.

¿Era ese su destino? ¿Siempre anhelar una relación con un hombre a mil kilómetros de distancia?

Una parte de él quería volver a Arkansas, aunque no tenía idea de qué hacer allí. Chandler nunca estaría con él abiertamente, incluso si le había dicho que se quedaría en Everetteville con él. Siempre serían un secreto. Tendrían que mentirle a April y a todos los demás, fingiendo que solo eran viejos compañeros del ejército. La idea le hacía sentir enfermo. No le gustaba esconderse, pero eso era lo que había tenido que hacer con Chandler desde el principio.

También se había encariñado con la pequeña que se parecía tanto a su padre. Nunca le habían importado los niños y nunca se había visto a sí mismo convirtiéndose en padre, pero después de conocer a April esos pensamientos habían cambiado. Le conmovía ver las interacciones entre April y Chandler, y lo curiosa que era ella sobre el mundo. Presentarle *El jardín secreto*, que había sido uno de sus libros favoritos de niño, le había hecho casi tan feliz como volver a ver a Chandler. Podía ver el potencial que tenía, y quería ser parte de su vida. ¿Por qué Chandler no podía ver que dejar Everetteville era lo mejor para ella? ¿No podía ver que la estaba decepcionando?

Entendía el razonamiento de Chandler. Era un riesgo, especialmente cuando ya estaba caminando sobre una cuerda floja, pero el hecho de que lo entendiera no significaba que estuviera de acuerdo. ¿A qué demonios le tenía tanto miedo Chandler?

Chandler, Chandler, Chandler.

Era un milagro que hubiera podido hacer tanto con el taller, considerando cuánto ocupaba ese hijo de puta sus pensamientos. A menudo se encontraba fantaseando con cosas simples: la sensación de sostener su mano, la forma tierna en que a Chandler le gustaba tocar el cuello de Adrian cuando estaban sentados juntos, su olor... Dios, su aroma era algo especial, y aunque no había estado cerca del hombre en más de tres meses, aún podía evocar el recuerdo de su fragancia. Había sido lo mismo durante los años antes de su reencuentro, aunque entonces contaba con la ayuda de las cartas que Chandler le enviaba, que siempre olían vagamente a él.

Adrian levantó con el gato el coche en el que estaba trabajando, un Volkswagen Jetta que pertenecía al hijo de uno de sus otros clientes, y quitó el neumático usando una llave neumática. El coche hacía un ruido quejumbroso cada vez que tomaba curvas cerradas, y tenía la sensación de que había un problema con uno de los amortiguadores. El sonido de un motor y neumáticos deteniéndose frente al taller le hizo parar y ver quién estaba allí. Era el cartero. Adrian se quitó los guantes y bajó hasta el buzón, tratando de no parecer demasiado ansioso.

—Hola —dijo el cartero, asintiendo.

—Buenas tardes —respondió Adrian—. ¿Tienes algo interesante para mí?

—Parece que hay un par de sobres. Aquí tienes.

—Gracias. Cuídate. —Pasó rápidamente los anuncios del supermercado y examinó los sobres, luego volvió al taller y los tiró todos a la basura. Nada más que propaganda. Había solicitado el reenvío de correo desde su antiguo apartamento, y cada día esperaba en silencio ver aparecer una carta de Chandler en su buzón. Sabía que nunca llegaría, pero eso no le impedía pensar en ello cada vez que recogía el correo.

Era prisionero de sus sentimientos por Chandler. El amor que sentía por él era profundo e inquebrantable, hasta el punto de que cada momento que pasaba con él era una dicha y cada segundo sin él era una tortura. Lo peor de la visita a Everetteville era que le había dado una idea de cómo podría ser una vida junto a Chandler. Antes, había pasión, atracción y el intenso vínculo que habían formado durante su tiempo en el ejército. Ahora, podía ver un futuro con él.

Imaginaba cómo sería envejecer juntos, construir una vida entera el uno con el otro y criar a April juntos.

No, en realidad, eso no era lo peor de su reencuentro. Lo peor era que sabía que Chandler sentía lo mismo. Adrian podía sentirlo en cada momento que habían pasado juntos durante esos pocos días, incluyendo su tensa despedida.

Maldito Chandler por ser tan terco.

Pero él también era terco. Había pensado en contactarlo de nuevo para decirle que el taller era un éxito y que había un trabajo esperándole, pero simplemente no podía. Estaba molesto porque Chandler lo había rechazado. Si alguien iba a dar el primer paso, tendría que ser Chandler, no él.

Pero, ¿era realmente solo terquedad?

¿O era miedo?

¿Miedo de que, después de convencerse de que no habría razón para que Chandler rechazara su oferta de nuevo, aun así lo rechazara? Tal vez sería mejor aferrarse a un destello de esperanza, en lugar de que se extinguiera para siempre.

Eso era lo que se decía a sí mismo, de todos modos.

10

—Yo habría hecho exactamente lo mismo —dijo Lexie—. Puede que las cosas no sean las mejores aquí, pero al menos sé que mi dinero está llegando y puedo alimentar a mi niña.

Estaba en su descanso para almorzar y había venido a la trastienda para charlar con Chandler, quien estaba arreglando un grifo que goteaba.

—Lexie —dijo él, asomándose desde debajo del armario del fregadero—, ¿no dijiste que tomarías a Isabelle y te irías en el momento en que surgiera una oportunidad en otro lugar?

—Sí —dijo ella, apartándose el pelo detrás de la oreja—. Supongo que es más fácil decirlo que hacerlo. Entiendo exactamente por qué lo rechazaste. Pero sé lo difícil que debe haber sido para ti. Es decir, Dios. ¿Tener al hombre que amas volviendo a tu vida y ofreciéndote el mundo, y tú no tienes más remedio que decir que no? Me rompe el corazón.

—Al final, April siempre es lo primero —dijo él—. Ya ha pasado por suficiente mierda, no podría hacerla pasar por más.

—Deja de ser tan condenadamente dulce. Este tipo Adrian no te merece.

—No... Creo que es lo contrario. Yo solo le he hecho mal.

—Solo estás haciendo lo mejor para tu familia, y el mundo podría usar mucho más de eso. Conozco a demasiada gente que fácil y felizmente olvidaría sus responsabilidades por menos. El padre de Isabelle, por ejemplo.

—A veces me pregunto si habré tomado la decisión equivocada.

—¿Has hablado con él desde entonces?

—Demonios, no. No volveremos a hablar nunca más.

—¿Por qué no?

—Es lo que acordamos.

Dios sabía que lo había pensado. Las cartas sin enviar seguían acumulándose en su caja, la mayoría de ellas a medio escribir sin ningún propósito claro, solo excusas balbuceantes para volver a ponerse en contacto con Adrian. Y aun así, continuaba escribiéndolas casi todos los días. Se sentía patético cada vez que metía otra en la caja, pero se había convertido en un hábito necesario, casi como si escribirlas actuara como una válvula de escape para la dolorosa presión del anhelo que se acumulaba continuamente en su corazón. Si no dejaba salir algo de ese vapor, eventualmente su corazón podría partirse en dos. Tal vez terminaría escribiendo esas cartas por el resto de su maldita vida, porque simplemente no podía imaginarse superando a Adrian jamás.

Simplemente lo amaba demasiado.

—¿Papi? —dijo April mientras volvían a casa desde la guardería.

—¿Sí, princesa?

—¿Estás bien?

Chandler la miró a través del espejo retrovisor, sorprendido por su pregunta. Los grandes ojos grises de April le devolvieron la mirada, con una expresión de preocupación tan pronunciada que podría haberlo hecho reír en cualquier otra situación. Le sorprendió que su pequeña fuera tan perspicaz con sus sentimientos.

—¿Hm? ¿Por qué lo preguntas? —dijo, haciendo lo mejor para ocultar su sorpresa.

Ella bajó la mirada. —Nada.

—Cariño...

—Ya no estás tan feliz, papi. No desde que Adrian se fue.

Escuchar esas palabras de April le golpeó más fuerte que una bala en el pecho.

—Eso no es cierto, cariño —dijo, forzando las palabras.

—Papi, no está bien mentir —resopló ella.

—¿Por qué crees que estoy mintiendo? —preguntó él.

—Porque... Porque simplemente lo sé. —Bajó la mirada de esa manera tímida que siempre hacía cuando estaba ocultando algo. Él frunció el ceño.

—April.

—Porque puedo saberlo. Y... Y... —De repente parecía que iba a llorar—. ¿Prometes no enfadarte?

Él no sabía qué podría haber para enfadarse, pero dijo: —Cariño, ya sabes lo que siempre digo a eso.

—Puedes prometer no enfadarte, pero no puedes prometer no disgustarte.

—Así es.

Ella sorbió por la nariz. —Papi, hay una caja en tu habitación, y estaba abierta, así que miré dentro y vi las cartas, y leí una y lo siento por haberla leído.

Él suspiró. No estaba enojado con ella, pero sí consigo mismo por haber dejado las cartas tan accesibles. Nunca había querido cargar a April con sus problemas, especialmente unos tan complicados.

—Gracias por decírmelo —dijo—. No deberías revisar las cosas de otras personas sin pedirles permiso. Te perdono, cariño. No estoy enojado.

—Lo siento, papi. No lo volveré a hacer.

—Así que leíste una de las cartas, ¿eh?

¿Cuál? Realmente no importaba, ya que todas contenían básicamente la misma verdad. La pregunta era, ¿realmente entendió lo que había leído? ¿Y cómo podría explicárselo?

—Las leí todas.

Casi desvía la camioneta fuera de la carretera. —¿*Todas*?

—Lo siento, papi —dijo en voz baja.

Tuvo que reírse. Si acaso, estaba orgulloso de ella por su capacidad de leer todas. —No, cariño. Solo estoy sorprendido, eso es todo. Es un montón de garabatos para que una niña de cinco años los lea.

—¿Papi?

—¿Sí?

—¿Estás enamorado de Adrian? ¿Como cuando amabas a mami?

Un puño de dolor le agarró el corazón y se lo apretó. Permaneció en silencio por un momento, tratando de averiguar qué decirle a su pequeña, que obviamente era aún más perspicaz de lo que se había dado cuenta. Miró por el espejo retrovisor y la vio mirándolo pacientemente. Podía ver partes de Julia en su rostro, y a veces le preocupaba que April desarrollara las mismas debilidades que su madre. No le gustaba pensar así. Por terrible persona que fuera, Julia también era responsable de darle la alegría de su vida, y por eso nunca podría odiarla.

—No, cariño —dijo suavemente—. No... Lo amo mucho más de lo que amé a tu madre.

Giró la camioneta hacia el complejo, y los dos caminaron de la mano hacia el apartamento. Chandler no creía haber visto nunca a su hija tan pensativa antes. Su frente estaba arrugada por el pensamiento y sus ojos brillaban intensamente. Ninguno de los dos había dicho otra palabra. Estaba preocupado por cómo había tomado lo que le había dicho.

Levantó a April y la dejó caer en el sofá, y luego se sentó en el suelo frente a ella. —Es mucho para asimilar —dijo—. Sé que es difícil de entender... A veces yo tampoco lo entiendo. Se supone que un hombre no debe amar a otro hombre, pero me pasó a mí, y no tengo control sobre ello.

Ella negó con la cabeza. —No, papi. No es difícil de entender en absoluto. Si estás enamorado de Adrian, está bien. No hay nada malo en eso.

Realmente no esperaba oírla decir eso. ¡Era como si estuviera recibiendo una paliza en el ring, y April fuera la que daba los golpes!

—B-bueno, cariño, yo... Un hombre es... —Chandler balbuceó, tratando de encontrar las palabras para justificar su posición, pero no se le ocurría nada. ¿Por qué estaba mal que un hombre sintiera eso por otro hombre? Nunca se había hecho realmente esa pregunta, simplemente siempre lo había creído—. ¿Quién te enseñó eso? —terminó preguntando.

Ella se encogió de hombros. —No lo sé. Simplemente lo pienso.

—Simplemente lo piensas —repitió.

Cualquier tono de disculpa que hubiera habido en la camioneta ahora había desaparecido. Ahora era ella quien le daba una lección a *él*. —La vida puede ser mucho más si estás enamorado de alguien.

—¿Ah, sí? —dijo sonriendo, asombrado por su inteligente niña—. ¿Y eso también lo pensaste tú sola?

—No —dijo, negando con la cabeza—. Eso lo dijo la princesa Anna.

—Claro. —Aparentemente, una de sus lecciones de Disney.

—¿Por qué se fue Adrian, papi? —preguntó.

—Tenía que volver a casa, cariño.

—Pero si están enamorados, ¿por qué no se quedó?

—Simplemente no funciona así, April.

—Las cartas dicen que quieres ir con él.

Mierda, había escrito eso, ¿verdad?

—Sí... Bueno, Adrian preguntó si queríamos mudarnos a donde él vive. Pero papi tuvo que decir que no.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado arriesgado. Papi tiene un trabajo aquí, y tenemos este bonito apartamento. Pronto empezarás la escuela, así que tengo que asegurarme de que estemos bien atendidos. ¿Entiendes?

—No.

—Cariño, bueno... No somos la familia más rica del mundo. Cuesta dinero mudarse al otro lado del país. Y no es fácil para papá conseguir un nuevo trabajo.

—¿Por qué no?

—Así es el mundo, cariño.

Ella frunció el ceño. —Eso no tiene sentido. Deberíamos mudarnos allí. Si están enamorados, deberían estar juntos. Deberían casarse y vivir felices para siempre.

Chandler se conmovió por el entusiasmo sin prejuicios de su hija. —Ojalá fuera posible —confesó.

—¡Deberíamos ir, papá! ¡Vamos a ver a Adrian!

—April...

Ella tomó su mano derecha entre las suyas y la sacudió arriba y abajo mientras saltaba emocionada en el sofá. —Tenemos que hacerlo, papá. ¿Recuerdas al señor Craven?

—Sí —dijo él.

En *El jardín secreto,* el señor Craven enterró la llave del jardín amurallado de su esposa después de que ella muriera trágicamente. Durante sus lecturas nocturnas del libro, April siempre expresaba su simpatía por la situación del señor Craven.

—Estaba tan triste cuando su esposa murió —dijo ella—. Estaba tan solo y tan triste. No quiero que estés triste, papá. Así que tenemos que ir.

—Gracias, cariño —dijo él, besándola en la frente y luchando contra las lágrimas—. Sé cómo te

sientes, pero trata de entender por qué no podemos.

Sabía que no podía esperar que ella entendiera las razones por las que no podían simplemente irse, pero al mismo tiempo... Su inocente idealismo ofrecía una perspectiva que él no había considerado, o que simplemente tenía demasiado miedo de considerar.

Ella apartó la mirada, decepcionada. Luego sus ojos brillaron y se incorporó, emocionada. —¡Ya sé! ¡Podemos enviar una carta! ¡Podemos enviar una carta diciéndole a Adrian cómo te sientes!

—Ay, cariño... No creo que sea buena idea.

—No tengas miedo, papá. No tengas miedo. Podemos hacerlo juntos.

Sus palabras fueron como una descarga eléctrica para su cuerpo, y un escalofrío le recorrió desde los dedos de los pies hasta la cabeza. Tenía miedo, y lo había tenido desde el momento en que se encontró irremediablemente atraído por Adrian. Había enterrado la llave del jardín de su amor por Adrian, sin querer dejar entrar a nadie, ni siquiera a sí mismo.

Chandler miró al suelo. Era hora de dejar de tener tanto miedo. Tenía que hacerlo, porque no solo su miedo lo mantenía alejado del amor de su vida, sino que también estaba lastimando a su pequeña. Los mantenía en este lugar sin futuro. No importaba si la tienda no funcionaba con Adrian, encontraría la manera de mantenerlos. Trabajaría día y noche si fuera necesario.

—¿Papá? —preguntó ella, preocupada.

—Eres lista como un zorro, ¿lo sabías? —dijo suavemente—. ¿Sabes lo orgulloso que está tu papá de ti? —La abrazó con fuerza—. Seré valiente por ti, cariño.

Sus ojos brillaron con esperanza. —¿Vas a enviar una carta?

La insistencia de April fue el empujón final que necesitaba. Sabía lo que tenía que hacer, y esa misma terquedad que lo había mantenido alejado durante tanto tiempo ahora lo iba a impulsar hacia adelante.

—No, cariño —dijo—. Algo mejor.

11

Por supuesto que sabía que lo que esperaba ver no estaría allí, pero de todos modos tenía que comprobarlo. Adrian abrió el buzón y miró dentro, solo para encontrar una postal de una empresa local de jardinería ofreciendo sus servicios. Cerró la puerta sin siquiera molestarse en vaciarlo.

Después de cerrar la tienda, se subió a su camioneta y se dirigió al supermercado para comprar algunos comestibles para su mamá. Pensó que cocinaría la cena y pasaría la noche en la casa. Estaba acostumbrado a estar solo, pero la soledad lo estaba afectando. No solo eso, sino que tenía que quitarse algo del pecho. Le había pesado durante demasiado tiempo, y había decidido que era hora de que su mamá lo supiera.

—Jesús, Adrian, tienes un aspecto horrible —dijo su mamá cuando le abrió la puerta—. ¿O te lo estás dejando crecer a propósito?

Se tocó la barba crecida y se encogió de hombros. —Solo olvidé afeitarme. Te traje comestibles —Llevó las bolsas a la cocina y comenzó a guardarlas en el refrigerador—. Yo cocinaré, mamá.

—Adrian —dijo ella desde la puerta de la cocina—. ¿Está todo bien?

—Sí, solo no me he afeitado, eso es todo. Voy a darme una ducha. Creo que me quedaré a dormir esta noche.

—Está bien...

Subió las escaleras, se desvistió y se duchó. Después, se paró frente al espejo y examinó su descuidado reflejo. Era el crecimiento de unos días, y ella tenía razón, se veía como la mierda. Extrañaba tanto a Chandler. Era como si hubiera un vacío en su corazón que crecía cada día más, y no había nada que pudiera hacer para detenerlo porque lo único que lo arreglaría sería tener a Chandler en sus brazos de nuevo.

Se afeitó y volvió a la cocina para preparar la cena. Su mamá estaba sentada en la sala, viendo la televisión con una copa de vino. —Un poco mejor —dijo, acercándose a él—. Pero por Dios, Adrian. Esas ojeras. ¿No has estado durmiendo bien?

—No realmente —admitió.

—Debe ser estresante manejar la tienda tú solo. ¿Aún no estás considerando contratar a alguien?

—No es realmente la tienda, mamá —dijo.

—¿Qué es entonces?

Se mordió el labio. —¿Tienes más de ese vino?

Volvieron a la sala, y Adrian se bebió casi toda la copa de un trago. Su mamá lo miró fijamente, pero no dijo nada.

—Mamá, estoy enamorado de un hombre —Lo dijo llanamente, con la voz temblando ligeramente.

Ella parpadeó y tragó saliva. —Estás... enamorado de un hombre —repitió, como si hubiera salido de la nada. Y así era: él nunca había dado ninguna indicación de que le atrajeran los hombres. Había tenido una novia, y hasta donde ella sabía, era tan heterosexual como el marco de una puerta.

—Sí —dijo—. Supongo que soy gay. O bisexual, no lo sé. No sé nada sobre esas etiquetas. También me atraen las mujeres, pero nadie en toda mi vida me ha llegado como este chico.

—Adrian, puedes ser lo que diablos quieras ser. Sabes que te amaré sin importar qué.

—Gracias, mamá.

—Entonces, ¿este hombre es lo que te está haciendo perder el sueño?

Suspiró y asintió. —Es el amigo del ejército del que te hablé. Ahí es donde comenzó todo este lío. No lo había visto en años, pero mi trabajo de camionero me llevó a su ciudad, y lo encontré de nuevo. Resultó que nada había cambiado. Ahora cada día deseo no haber hecho eso, porque podría haber tenido la oportunidad de seguir adelante con mi vida si no lo hubiera visto de nuevo. Pero ahora no puedo dejar de pensar en él.

Mamá le frotó la espalda y el cabello. —Oh, cariño —dijo.

—Tiene una niña increíble, mamá. La niña más inteligente que hayas conocido, y solo tiene cuatro años. Quería que se mudaran aquí. Esperaba que pudiéramos comenzar una vida juntos, porque era tan obvio que estábamos destinados a estar el uno con el otro. Nada de lo que habíamos sentido se había debilitado durante el tiempo que estuvimos separados. Así es como lo supe. Podría ser una oportunidad para una vida mejor para April. Mejor que cualquier cosa que ese pueblo sin salida pudiera ofrecer —Sacudió la cabeza—. No entiendo cómo puede ser tan ciego. Jodidamente terco.

—¿Ustedes dos han estado peleando por eso?

—Acordamos terminarlo después de que me fui de Everetteville. No he hablado con él desde entonces.

—¿Todavía te ama?

—No lo sé —No, eso era mentira. En el fondo de su corazón, sabía la respuesta—. Sí. Probablemente.

—Entonces, ¿qué demonios estás haciendo aquí? —dijo ella—. Estás aquí desgastándote por eso cuando hay una solución clara para tu problema.

—Llegamos a un acuerdo, mamá.

—Al diablo con su acuerdo. Además, si es tan terco como dices, ¿no crees que probablemente esté pensando lo mismo que tú?

—No lo sé.

—No lo sé, no lo sé. ¿Desde cuándo eres tan indeciso? Necesitas contactarlo, o te arrepentirás. ¿Sabes que tu padre casi me deja escapar?

—¿Papá? ¿Qué pasó?

—Estaba planeando irme a la universidad en Oregon, así que terminamos. Tu padre esperó hasta el último minuto para pedirme que fuera a la Universidad de Beasley en su lugar. Me dijo que estaba enamorado de mí y que no podía imaginar la vida sin mí. No se lo dije a nadie, pero

esperaba que me pidiera quedarme. Casi había perdido las esperanzas cuando lo hizo.

—¿Por qué no se lo dijiste tú misma?

—No quería ser yo quien lo pidiera —dijo ella—. No habría sido romántico.

Adrian se rio. —¿Así que si él no hubiera dicho nada, ustedes dos no habrían estado juntos?

—Quién sabe. Tal vez no. No lo habría esperado —Sonrió—. Es broma.

—Lo extraño.

—Yo también. Todos los días. Así que no pierdas tu oportunidad con este. Tu padre te diría lo mismo.

Se abrazaron. —Gracias, mamá.

Los dos cocinaron la cena juntos, y Adrian se sintió sorprendentemente ligero. Se alegraba de haberle contado finalmente a su madre sobre Chandler. Guardárselo todo para sí mismo lo había desgastado más de lo que se había dado cuenta. Y ahora tenía claro lo que tenía que hacer. Le escribiría a Chandler y le diría cómo se sentía. Todo lo demás quedaría en manos del destino. Si Chandler aún lo rechazaba, tendría que vivir con eso. Sería doloroso, pero al menos tendría la certeza de haberlo intentado. Al menos entonces, podría seguir adelante.

Esa noche, yacía despierto en su antigua habitación sin poder conciliar el sueño. ¿Qué podría decirle? ¿Qué podría escribirle? Pensó en lo que parecían cientos de posibilidades: largas expresiones de todo lo que sentía por él, listas de por qué mudarse a Rosebridge era una buena idea, e incluso simple súplica.

Cuando finalmente se durmió, soñó con Chandler. No era inusual soñar con él; sucedía casi todas las noches. Lo que fue diferente esta vez, sin embargo, fue que el dolor siempre presente en su corazón se unió a algo más: esperanza. Esperanza de que tal vez, solo tal vez, pudieran volver a verse.

12

Lexie tenía una sonrisa triste en el rostro mientras observaba a Chandler recoger su último cheque. —Me dejas sola con estos locos —dijo.

—¿Estás enojada? —preguntó él.

—No. No, me alegro por ti. Solo desearía poder hacer lo mismo.

—No sé. Quién sabe, todo esto podría ser un gran error y podrías verme arrastrándome de vuelta. Ni siquiera sabe que voy. Mierda, ni siquiera sé si va a estar allí. Podría estar conduciendo su camión por California ahora mismo.

—No entiendo por qué no pudiste contactarlo primero.

Chandler negó con la cabeza. —Simplemente necesito lanzarme. No quiero darme excusas para cambiar de opinión.

—Terco como siempre.

Metió el sobre con su cheque en el bolsillo trasero. —No me quejaría si tú también vinieras. Sería agradable tener una amiga en la ciudad. April también estaría feliz por eso. Empezará la escuela en unos meses.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana, al amanecer. Tenemos un largo viaje por delante.

—Bueno, ven aquí. —Extendió los brazos y Chandler la envolvió en un fuerte abrazo.

—Adiós, Lexie. Espero que no sea la última vez que nos veamos.

—No hagas que te extrañe más de lo que ya lo haré. Vete ya.

Observó en silencio mientras Chandler salía del edificio, con los brazos cruzados sobre el estómago. En ese último momento antes de que desapareciera por la puerta, Lexie pensó que se veía más brillante y alto que nunca antes.

Al día siguiente, Chandler y April emprendieron el largo viaje a Rosebridge, New Hampshire. Su mente estaba enfocada y decidida: lo primero que haría, sin importar la hora, sería tocar la puerta del apartamento de Adrian y arreglar las cosas. Solo esperaba que Adrian quisiera verlo.

April fue paciente durante la mayor parte del viaje, ya sea durmiendo, entreteniéndose con sus libros o viendo el mundo pasar por la ventana. Se detuvieron algunas veces para ver el paisaje y porque April quería hablar con unas vacas que pastaban en un campo al lado de la carretera. Consiguió una habitación en un motel al norte de Columbus, Ohio, y ambos quedaron asombrados por las luces de la ciudad. April nunca había salido de Everetteville, y Chandler no había viajado a ningún lugar del país desde el ejército. Se sentía rejuvenecido. Incluso si Adrian lo odiaba y se negaba a verlo de nuevo, Chandler sabía que había tomado la decisión correcta. Podía verlo en las miradas de asombro en el rostro de April mientras veía tantas cosas nuevas. Lucharía con uñas y dientes para que las cosas funcionaran en Rosebridge.

Dejaron Ohio tres horas antes del amanecer al día siguiente. La última etapa del viaje fue larga, pero Chandler se sentía completamente despierto. Todo lo que podía pensar era en ver a Adrian de nuevo. Cruzaron la frontera de New Hampshire a las 2:30 PM. April cantaba junto con sus canciones de Disney, feliz en su propio mundo mientras él hacía todo lo posible para mantener la cabeza fría. Metió la mano en el bolsillo y tocó distraídamente lo que guardaba allí. Estaba casi allí.

Volvió a revisar las direcciones que había escrito en un papel para confirmar que estaba en el lugar correcto, y luego estacionó la camioneta frente a un edificio de apartamentos de cinco pisos. Mirando hacia el norte, podía ver el horizonte del centro de la ciudad. Un autobús con "Riverwalk tours" impreso en el costado pasó ruidosamente, y estudiantes universitarios paseaban por la acera con ropa estampada de la Universidad Beasley, sus oídos tapados con auriculares. Rosebridge ni siquiera era una gran ciudad metropolitana, pero viniendo de Everetteville se sentía como si estuviera en Nueva York. Podía sentir el potencial aquí, y en el camino no pudo evitar fijarse en cada jardín de infantes que pasaba.

—Vamos, cariño —dijo, y tomó la mano de April. Caminaron hacia la entrada del complejo de apartamentos, y marcó el número del apartamento de Adrian en el intercomunicador exterior. Su corazón latía tan rápido que podía oírlo retumbar en sus oídos.

—¿Dónde está, papi? —preguntó April, cuando el intercomunicador seguía sonando.

—Podría estar fuera —dijo. No quería explicarle a April que Adrian podría ni siquiera estar por aquí ahora. Estaba bien. Adrian volvería en algún momento, y él estaría esperándolo, aunque fuera dentro de un mes.

La caja hizo clic al conectarse la línea, y Chandler se enderezó.

—¿Quién es?

Era una voz de mujer, y Chandler sintió una oleada de miedo mientras los escenarios

comenzaban a inundar su mente. ¿Adrian había conocido a alguien? ¿Había seguido adelante? ¿O se había ido de la ciudad?

—Buenas tardes, señora. Disculpe la molestia, pero estoy buscando a alguien que creo que vive en este apartamento. ¿Adrian Stokes?

—No, creo que te has equivocado de persona. Nos mudamos hace un mes. ¿Quizás vivía aquí antes?

—¿Apartamento 302?

—Sí.

—Probablemente sea ese el caso, entonces. Gracias, señora.

Se dio la vuelta, decepcionado. April le tiró de la mano.

—¿No está ahí?

—No, cariño. Supongo que se mudó —No quería revelar lo desalentado que se sentía. No tenía sentido entristecer a April también—. Volvamos al camión. No te preocupes. Sé qué hacer.

Podría haber intentado contactar a Adrian por teléfono móvil, pero no se atrevía a hacerlo. Tal vez era su lado anticuado, los mismos hábitos y tendencias que lo llevaban a escribir cartas en lugar de hablar por teléfono, enviar mensajes de texto o correos electrónicos. De todos modos, algo en simplemente llamarlo no se sentía correcto. Como una primera impresión, solo había una oportunidad para un buen reencuentro, y no quería arruinarlo con una llamada telefónica incómoda. Por suerte, Adrian le había dado su dirección cuando empezaron a intercambiar cartas. Su madre aún vivía allí y definitivamente podría decirle dónde encontrar a su hijo. Pronto,

los dos estaban llegando a la agradable casa de dos pisos en los suburbios de Rosebridge que alguna vez fue el hogar de infancia de Adrian.

Chandler se acercó a la puerta principal, se alisó la camisa, tomó la mano de April y tocó el timbre.

Pasó un minuto en silencio, y comenzó a pensar que toda la suerte estaba en su contra y que no lograría ver a Adrian después de todo. Entonces, el cerrojo giró y la puerta se abrió. Una mujer mayor estaba en el umbral, y Chandler pudo ver inmediatamente el parecido familiar. Los miró a ambos y luego sonrió.

—Déjame adivinar. Chandler, ¿verdad?

—Eh, sí, señora —dijo, sin haber esperado escuchar su nombre.

—Eso pensé. Tenía el presentimiento. —Se agachó—. Así que tú debes ser April. Eres tan linda como me han dicho.

April sonrió.

—Mary-Ann Stokes —dijo, extendiendo una mano arrugada—. Es un placer conocer al chico con el que mi hijo está tan obsesionado.

Chandler se sonrojó, sintiéndose completamente aturdido. No esperaba que ella supiera quién era, y mucho menos que él y Adrian tuvieran una relación.

—Bueno, es un placer conocerla también, señora Stokes. —Se encontró mirando por encima del hombro de ella, esperando ver a Adrian salir de la casa.

—Adrian no está aquí —dijo ella—. ¿No has ido a verlo?

—Acabamos de llegar a la ciudad. Pasé por su antiguo apartamento, pero ya no vive allí.

—No —dijo ella—. Lo siento, estoy un poco confundida. Deberían pasar. Probablemente tengan hambre. ¿Tienes hambre, April?

—Sí —dijo April.

—Bien. Adrian me trajo comestibles ayer, así que tengo una cocina llena para prepararles la cena.

La siguieron adentro. Chandler no podía superar el hecho de que estaba *tan cerca* de Adrian: ¡había estado aquí justo el día anterior, justo aquí, en esta casa! Y eso significaba que aún estaba en la ciudad. Su corazonada había sido correcta.

La casa estaba llena de fotos familiares, y April señaló y tiró de su mano.

—Mira, papi. Es Adrian.

—Sí —dijo la señora Stokes—. Esto es cuando estaba en la escuela secundaria. Y aquí está cuando tenía más o menos tu edad. ¿No es lindo? Vamos, siéntense. Siéntanse como en casa. Les traeré algunos aperitivos.

April saltó emocionada.

—¡Yupi!

Chandler siguió a la señora Stokes a la cocina.

—Déjeme ayudarla —dijo.

—Así que, déjame ver si entiendo bien —dijo ella, sacando un tubo de Pringles del armario—. ¿No sabías que Adrian se había mudado? ¿Aún no ha hablado contigo?

—No, señora. No hemos hablado desde que lo vi en Everetteville.

—¿De verdad? Vaya. ¿Así que simplemente apareciste sin saber siquiera si él estaría aquí?

—Sé que suena irresponsable, pero me di cuenta de que tenía que irme de Everetteville, sin importar lo que pase entre Adrian y yo. Por mi hija. Pensé que este era el mejor lugar al que podía ir.

—Tomaste un riesgo, Chandler. Uno grande —sacó una manzana y un trozo de queso del refrigerador, cortó la manzana en rodajas y luego cortó unos trozos de queso. Se volvió hacia él y le dio una palmadita en el hombro—. Pero creo que tomaste la decisión correcta. Él te ha estado esperando, ¿sabes?

—¿Lo ha estado?

—En su corazón. Ha estado sufriendo. Al principio pensé que era por el negocio, pero el otro día me contó todo sobre ustedes dos. Y sobre April también. Creo que ha estado aferrándose a la esperanza de que volvieras con él. Honestamente, pensé que ya se habría puesto en contacto contigo. Habíamos hablado de eso...

Chandler estaba abrumado por todo lo que ella estaba diciendo. —¿El negocio? ¿Su conducción?

Ella se rio. —Oh, cariño. Te espera una sorpresa —miró el reloj—. De hecho, ¿por qué diablos sigues aquí? Deberías ir con él. Estaré encantada de cuidar a April todo el tiempo que necesites. Incluso si es toda la noche —le dio un codazo con un guiño—. Te daré la dirección de su trabajo. Has venido desde muy lejos. Ve a estar con mi hijo de nuevo.

13

Después de días dándole vueltas a qué escribir, Adrian finalmente tenía su carta sellada y lista para enviar. Había escrito páginas y páginas, pero al final decidió mantenerlo simple. Aun así, dudaba en enviarla. Lo peor sería después de ponerla en el buzón, porque no tendría idea de si Chandler la había recibido o no. Y si lo había hecho, si siquiera la habría leído. Todo lo que podría hacer sería sentarse y esperar una respuesta. Adrian no creía que pudiera esperar. Al final, probablemente terminaría llamándolo.

El cartero llegaba tarde. Ya eran las 3:00, y aún no se había presentado. Adrian decidió que hoy era el día. Tomó el sobre sellado, revisó la dirección una última vez y luego salió para dejarlo en el buzón. El camino de entrada que conducía al garaje junto a su estudio estaba lleno de coches, todos esperando ser reparados. Realmente necesitaba encontrar un nuevo ayudante. Dos, en realidad. El negocio estaba realmente despegando, y estaba en un punto en el que comenzaba a ganar un ingreso decente en lugar de apenas lo suficiente para pagar todas las facturas. Para mantener ese impulso y ganar dinero para el futuro, tenía que expandirse. Necesitaría cambiar las cosas del boca a boca a un negocio establecido, y para eso necesitaba otro mecánico y alguien que ayudara con todo el papeleo y las citas.

Era un día nublado, y una brisa fresca soplaba a su espalda y lo hacía temblar. Abrió la puerta del buzón y deslizó la carta dentro. Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, escuchó el sonido de neumáticos mientras un coche bajaba por la carretera. Probablemente el cartero, y perfectamente sincronizado. Sacó la carta y se dio la vuelta para esperar a que llegara. Justo antes de la propiedad, había una pequeña curva en la carretera que giraba alrededor de un grupo de árboles, impidiéndole ver los coches que se acercaban. A medida que el sonido de los neumáticos se acercaba, Adrian se dio cuenta de que probablemente no era el cartero. No sonaba como un camión de correo, era un motor diferente. Probablemente más grande, una camioneta o algo así. Estaba a punto de volverse hacia el buzón para poner la carta dentro cuando el vehículo

que se acercaba dobló la esquina y se reveló.

A Adrian solo le tomó un segundo ver quién era. Al principio, pensó que sus ojos le estaban jugando una mala pasada, que tal vez lo había deseado tanto que estaba alucinando, pero después de un segundo se dio cuenta de que esto no era un espejismo.

Era realmente él.

Chandler.

La carta se deslizó de su mano y cayó en el camino de grava. Tembló por un momento antes de ser recogida y llevada por el viento. Adrian ni siquiera lo notó. Chandler acercó la camioneta al camino de entrada y apagó el motor. El breve olor del escape de la camioneta llegó hasta Adrian. Esto realmente era real. Chandler abrió la puerta y bajó, sus botas crujiendo en la grava mientras rodeaba el frente de la camioneta. Probablemente estaba a unos cinco metros de distancia, pero Adrian aún captó su hermoso aroma flotando en el aire.

—Perdiste tu carta —le gritó Chandler.

Adrian no habló. No, ni siquiera era físicamente capaz de hablar en ese momento. Luego sus piernas parecieron moverse por sí solas, lanzándolo hacia adelante. Saltó. Chandler lo atrapó. Sus labios se encontraron.

Fue como ese primer trago de agua después de caminar a través de un desierto ardiente.

Adrian tenía a Chandler contra el capó de la camioneta, sus manos aferrándose a su chaqueta con una desesperación tan intensa que cualquier observador podría haber pensado que los dos estaban peleando. Cada beso era una bendición, cada roce de su aroma era el cielo, y cada toque fugaz de la piel de Chandler contra la suya era un éxtasis absoluto que adormecía la mente. Realmente estaba aquí. Esa presión de su cuerpo, el apretón de sus fuertes brazos, el calor de su

aliento y el aroma de su cabello. Sus ojos, sus labios, su nariz, sus orejas, su voz. Todo era real y estaba allí.

—¿Qué haces aquí? —dijo Adrian, encontrando su voz.

—Se siente como un déjà vu, ¿no? —dijo Chandler. Estaba sonriendo, pero Adrian podía ver que sus ojos brillaban. No creía haberlo visto llorar antes. Usó su pulgar para limpiar el ojo de Chandler, y luego lo besó en el pómulo, justo debajo del párpado—. Aprendí a no tener miedo. Si no lo hubiera hecho, probablemente habría muerto. Al menos algo dentro de mí lo habría hecho. Pero estoy aquí, Adrian. Y no me voy a separar de tu lado, no otra vez. Porque... porque estoy enamorado de ti, Adrian Stokes.

—Joder, Chandler —respiró Adrian—. Yo también te amo. ¿Dónde está April?

—Está en la casa de tu madre.

—¿En casa de mi madre? ¿Fuiste allí?

—Era la única forma en que podía encontrarte.

Flotaba en una bruma de incredulidad, su mente apenas procesando el hecho de que Chandler estaba aquí con él. Esa bruma lo rodeaba incluso mientras entraban en su estudio y Adrian le ofrecía una cerveza. Los labios de Adrian se movían y le hablaba, preguntándole qué lo había traído aquí, y escuchaba sus palabras, pero todo el tiempo sentía como si estuviera flotando a un centímetro de su cuerpo. Adrian le contó sobre el taller, y ambos fueron a la puerta de al lado para revisar el garaje.

Cuando Chandler lo besó de nuevo, lo acercó un poco más a la realidad. Su ropa se amontonó en el suelo de concreto, y volvieron a familiarizarse con los cuerpos desnudos del otro, sus erecciones ardientes presionándose juntas mientras se besaban al lado de un sedán con el capó

levantado.

Cuando la boca de Chandler descendió sobre su pene, fue entonces cuando la mente de Adrian finalmente volvió a la realidad, y pudo dar sentido a todo lo que le acababan de decir.

Chandler estaba aquí para quedarse.

Jadeó mientras Chandler lo engullía con avidez. Sentir su boca sobre él de nuevo era increíble, pero también lo necesitaba. Estaba hambriento de él. Sin importarle dónde estaba, se acostó en el frío suelo de concreto y movió a Chandler encima de él, girándolo para que su pene colgara sobre su rostro, temblando por sus labios. Abrió la boca y lo atrajo lentamente, alcanzando y rodeando el trasero de Chandler.

Probarlo de nuevo fue suficiente para hacer que Adrian dejara escapar un gemido satisfecho. Hizo círculos con su lengua alrededor de la cabeza de Chandler, saboreando cada gota de líquido preseminal que brotaba. Y había mucho. El hombre obviamente había estado anticipando este momento durante mucho tiempo.

Chandler se movió fuera de Adrian y lo levantó. Luego cerró el capó del auto de golpe y empujó a Adrian sobre él, presionando sus rodillas hacia sus hombros para exponer su entrada. Se agachó y pasó su lengua por su agujero, subiendo por sus testículos y todo el camino hasta la punta de su pene.

—Mira en mi bolsillo izquierdo —respiró Adrian, asintiendo hacia sus jeans amontonados en el suelo del garaje.

Chandler lo hizo y sacó una pequeña botella de lubricante. Sonrió. —¿Qué, simplemente llevas esta cosa contigo?

—Lo metí en mi bolsillo cuando entré al estudio —dijo Adrian.

—Pero no hay condones —dijo Chandler.

—Me importa un carajo.

Chandler envolvió su puño alrededor de la base de su pene, se acercó y lo apuntó hacia la abertura de Adrian. Adrian se estremeció cuando extendió el lubricante frío sobre él y lo miró con ojos expectantes. Chandler no perdió el tiempo. Empujó hacia adelante, su pene deslizándose profundamente en el ano de Adrian. Adrian sintió y amó cada centímetro de él.

—Oh, *joder*, sí —gruñó. Lo estaba llenando. Dios, había extrañado sentir esto.

Ninguno de los dos quería tomarlo con calma. Chandler lo embestía profundamente, follándolo duro y rápido. El auto crujía y rebotaba con sus movimientos, y sus gemidos hacían eco en el techo metálico del garaje. Se sentía tan bien estar con él de nuevo. *Finalmente*, todo era como debería ser. Finalmente, todo estaba *bien*.

Ambos alcanzaron el clímax juntos.

Adrian sintió el pene de Chandler derramando su semen caliente dentro de él, y saboreó cada bit de ello. Era real. Envolvió sus brazos alrededor del cuello de Chandler y lo besó. Eso también era real.

—Te amo —le dijo Adrian.

Después de limpiarse y pulir la marca del trasero de Adrian en el capó del auto, los dos volvieron al estudio y se relajaron en los brazos del otro en el sofá. Adrian jugaba con los dedos de Chandler, ocasionalmente llevándolos a sus labios.

—Dime —dijo Chandler—. ¿Qué era esa carta que estabas a punto de enviar? Nunca volviste por ella.

—Era para ti —dijo Adrian.

—¿Qué decía?

Adrian lo pensó y luego lo atrajo hacia un beso. —Nada que no te haya comunicado en la última hora. —Y era cierto. La carta había sido una declaración de amor, simple y llanamente.

—Este es un gran lugar —comentó Chandler—. Cerca del trabajo, lo suficientemente grande para comenzar una familia. —Algo en la cocina llamó su atención, y se levantó y caminó hacia el refrigerador.

—Podríamos hacerlo mejor —dijo Adrian—. Siempre imaginé tener una casa como en la que crecí. Un columpio de neumático afuera, un gran patio trasero. Perros.

—Oye, espera. Recuerda, yo vivía en un lugar de una habitación. Este loft es bastante lujoso. Oye, ¿qué es esto? —Se dio la vuelta sosteniendo la foto de los dos en Irak. Había estado pegada al refrigerador con un imán.

—Oh, mierda —dijo Adrian—. Sí, la tomé de tu libro. Pensé que no la extrañarías.

—Hijo de puta —se rió Chandler—. Prácticamente estaba destrozando el lugar buscándola.

—Lo siento.

Chandler volvió y lo besó. —Te perdono.

—Espera, vamos a dar un paso atrás por un segundo. ¿Dijiste formar una familia?

—Bueno. Criar a April, al menos —Chandler se levantó del sofá y metió una mano en el bolsillo de sus vaqueros—. ¿Es demasiado pronto para pensar en cosas así?

—Solo estoy tratando de asimilarlo todo, eso es todo —dijo Adrian, sintiéndose ligeramente aturdido de nuevo.

—Bien. Porque quiero que te cases conmigo —sacó la mano del bolsillo, se arrodilló y presentó un anillo de oro desnudo en la palma de su mano—. ¿Qué dices, Adrian? ¿Te casarás conmigo?

La boca de Adrian cayó sobre su regazo. —Eh... —jadeó, luchando por formar algo coherente—. Sí. Por supuesto que me casaré contigo.

Entonces empezó a llorar. Le sorprendió lo repentino que fue y lo poco que podía controlarlo. Las lágrimas simplemente vinieron, y una vez que comenzaron, no se detendrían. Sintió como si un tornillo se hubiera aflojado de su corazón, y el alivio era demasiado para contenerlo. Abrazó a Chandler, sollozando en su hombro, y por la humedad que sintió contra su cuello supo que Chandler también estaba llorando.

Fue la liberación de cinco años. Cinco años tratando de resistir la fuerza de un amor que era más poderoso que cualquier cosa que hubiera presenciado o experimentado en toda su vida. Y ahora, finalmente, estaban juntos.

EPÍLOGO

Adrian estaba de pie en el porche trasero, con una botella de Budweiser en la mano. Habían comprado la casa un mes después de la boda, que había sido una ceremonia pequeña y privada a la que solo asistieron Mamá y April. Era una casa encantadora de tres habitaciones, que no se consideraba grande en absoluto, pero más que suficiente para lo que necesitaban. La tercera habitación era una habitación de invitados donde Mamá se quedaba cuando April necesitaba una niñera, y también servía como una biblioteca en crecimiento con todos los libros favoritos de April. Lo más importante era que habían elegido un vecindario con uno de los mejores distritos escolares del estado. Había sido difícil de pagar, pero con la sociedad de Chandler en el taller, pudieron expandir el negocio mucho más allá de lo que esperaban.

April había sido adelantada un grado en la escuela, y sus maestros incluso estaban considerando adelantarla un grado más. Había comenzado a aprender chino, a escribir sus propios cuentos cortos y también se había interesado en cómo funcionaban los coches. Su intuición sobre cómo todo operaba y encajaba era casi tan prodigiosa como su talento con el lenguaje.

La puerta trasera se abrió y Chandler salió con el teléfono móvil en la mano. Desde que se mudaron a Rosebridge, había estado haciendo un esfuerzo por ponerse al día con la tecnología, y siempre era entretenido para Adrian verlo tropezar con su smartphone.

—Acabo de hablar con Lexie —dijo Chandler—. Ha hecho los arreglos para la mudanza y llegará a la ciudad dentro de tres días. Dijo que está lista para empezar a trabajar el día que llegue.

Adrian rodeó la cintura de su esposo con el brazo. —Será genial tenerla finalmente aquí. Dios

sabe que necesitamos ayuda con el trabajo de oficina.

Dio un sorbo a su cerveza, sonriendo mientras veía a Mamá hacer girar a April en el columpio de neumático del patio trasero. Ella gritó mientras giraba y luego cayó sobre la hierba riendo mareada.

—Tú también deberías girar, Papá —llamó April.

—Yo no —dijo él—. Papá está bien solo viéndote.

—¿Papi?

—Claro, qué diablos. Vamos, Adrian.

Chandler tomó la mano de Adrian y lo arrastró hacia el columpio de neumático.

—Oh, no, no —protestó Adrian—. Nada de girar para mí.

—¿Por favor, Papá? ¿Por favor?

Chandler sonrió y lo empujó por los hombros. —Vamos, Papá. Súbete al columpio con tu hija, y yo los haré girar a los dos.

—Está bien —dijo, entregándole su cerveza a Mamá—. Si vomito, será tu culpa.

April sacó la lengua. —Puaj.

Adrian se deslizó en el columpio de neumático, y Chandler levantó a April para que se sentara en su regazo.

—Agárrate fuerte, cariño —le dijo Chandler, y luego comenzó a retorcer la cuerda.

—¡No, ya es suficiente, Chandler! —gritó Adrian, riendo. April chilló y rió, y entonces Chandler soltó el neumático, enviándolos a dar vueltas. Él gritó y mientras giraban, April reía y reía, sus ojos grises brillando en la luz de la tarde.

Adrian echó la cabeza hacia atrás, riendo y gritando, y vio los rostros de su esposo, su madre y su pequeña mientras el mundo giraba a su alrededor.

Estaba con las personas que más amaba, y no había ningún otro lugar en el mundo donde prefiriera estar.

Estaban en casa.

POSTFACIO

La historia de Chandler y Arian continúa en **Long Shot**. Muchas gracias por leer. Si te ha gustado el libro, por favor considera dejar una calificación o una reseña. ¡Te tomará solo un momento y ayuda enormemente! Haz clic aquí o escanea el código QR con tu teléfono.

~

Una nota para los lectores: Cualquier actualización de la traducción de este libro se entregará a tu dispositivo de forma gratuita. Para noticias y actualizaciones sobre traducciones, nuevos lanzamientos y ofertas, ¡por favor suscríbete a mi lista de correo! Haz clic aquí o escanea el código QR a continuación.

VISTA PREVIA: LONG SHOT



La historia de Chandler y Adrian continúa en *Long Shot*.

Capítulo 1

Adrian levantó a April por las axilas para que pudiera alcanzar la parte superior del árbol de Navidad, mientras Chandler observaba de lado con las manos en las caderas. April se estiró con sus pequeños brazos y colocó cuidadosamente el reluciente adorno de estrella dorada en la punta, y Adrian la bajó de vuelta al suelo. Los dos retrocedieron, uniéndose a Chandler para inspeccionar su obra. El árbol, cubierto de oropel y adornos, brillaba con luces centelleantes, y debajo había una pila de regalos envueltos en coloridos papeles. Era su primera Navidad juntos como familia desde que Chandler había hecho las maletas y se había mudado con su hija desde Arkansas a New Hampshire para estar con Adrian hacía casi un año.

Los tres vivían en una pintoresca casa de tres habitaciones que habían comprado un mes después de su boda. Incluso después de un año viviendo allí, el lugar estaba escasamente decorado. Había algunas fotos enmarcadas; la mayoría eran de April y de los tres juntos, pero algunas eran de Adrian y Chandler de su época en el ejército cuando se conocieron y se enamoraron. Ambos eran hombres sencillos, sin adornos, que no se preocupaban tanto por la decoración interior. De hecho, el taller mecánico que dirigían juntos probablemente tenía más decoración que la casa. Después de todo, era donde pasaban la mayor parte de su tiempo.

—¿Qué te parece, cariño? —preguntó Adrian a April.

—Creo que hicimos un muy buen trabajo, papá —dijo la niña de seis años, y luego comenzó a saltar con las manos en alto mientras cantaba—: Oh, árbol de Navidad, oh, árbol de Navidad. ¡Me encanta nuestro árbol de Navidad especial. —Se lanzó de rodillas y se deslizó por el suelo de madera hacia los regalos para hacer otro inventario de ellos—. Para April, Con amor, Papi —dijo, leyendo la etiqueta de una de las cajas. Levantó la mirada y sonrió a Chandler, quien le devolvió la sonrisa—. Para April, Con amor, Papá. Y este grande es de la abuela. ¿Dónde están sus regalos, Papá y Papi? Estos son todos para mí.

Adrian intercambió una mirada con su esposo. La verdad era que aún no había conseguido nada para Chandler, a pesar de que la Navidad estaba a solo unas semanas. Chandler tenía que ser el hombre más difícil del mundo para comprarle un regalo. Era el tipo de hombre que estaría bien con cualquier cosa, que daría una ligera sonrisa, un asentimiento y un gracias a cualquier regalo que recibiera, pero Adrian no quería conformarse con un regalo del tipo "bien con cualquier cosa". Quería darle a Chandler algo *realmente* especial.

—Todo lo que necesito para Navidad es a tu Papá —dijo Chandler, pasando su brazo alrededor del hombro de Adrian.

—Aww —arrulló April—. Eso es tan lindo.

Acostaron a April, y los tres leyeron un cuento antes de dormir, turnándose para leer cada capítulo en voz alta. Mientras Adrian leía su parte, observó cómo los párpados de April comenzaban a cerrarse. Sonrió. Ella estaba haciendo todo lo posible por mantenerse despierta, pero sus ojos simplemente no se mantenían abiertos. Finalmente, se quedó dormida. Cerró el libro y lo volvió a colocar en la estantería, y los dos salieron silenciosamente de la habitación y cerraron la puerta.

Adrian fue al refrigerador y sacó dos botellas de Budweiser, y le entregó una a Chandler

mientras se acomodaban en el sofá frente al árbol, que iluminaba la habitación, por lo demás oscura, con sus pálidas luces parpadeantes.

—Vamos, Chandler —dijo Adrian—. Dame una maldita pista. Quiero darte algo especial. Tienes que querer *algo*.

—Sí, hay algo especial que quiero. —Chandler sonrió, dejando su cerveza en la caja de herramientas apilada que usaban como mesa lateral. Adrian dio un trago a la suya y casi la dejó caer de la sorpresa cuando Chandler pasó su brazo alrededor de su hombro y lo atrajo para un beso. Adrian se derritió en él mientras Chandler se movía encima de él, presionándolo contra los cojines. Deslizó una mano alrededor de la nuca de Chandler y lo acercó más, y sus lenguas se hicieron agradables presentaciones. Mientras se besaban, Chandler le quitó la botella de cerveza de la mano a Adrian y la dejó sobre la caja de herramientas.

Los jeans de Adrian se tensaron de emoción cuando sintió los dedos callosos de su esposo deslizarse bajo su camiseta y sobre sus abdominales. Tomó aire para darle a Chandler algo de espacio para empujarlos más allá de la línea del cinturón. Abajo, abajo, abajo... *Oh, joder*. Nunca se cansaría de sentir ese agarre firme alrededor de su herramienta.

—Cuando dije que me dieras una pista, no era exactamente a esto a lo que me refería —murmuró Adrian mientras Chandler lo manejaba debajo de sus jeans.

—Sí, bueno, deberías haber sido más específico —dijo Chandler, mordiéndole el lóbulo de la oreja. Movió sus besos desde el lado de su cuello hasta su clavícula, y con su mano libre, tiró de la camiseta de Adrian hacia arriba y sobre sus brazos. Adrian atacó los botones de la camisa de franela de Chandler y la abrió de un tirón, revelando su hermosura. Adrian todavía estaba asombrado por el hecho de que él y Chandler estuvieran juntos, que este hombre perfecto fuera realmente su esposo ahora.

Hace poco más de un año, habría parecido una imposibilidad.

Él y Chandler se conocieron por primera vez en el extranjero durante un despliegue en Irak, y compartieron un romance que mantuvieron en secreto del mundo. Cuando su gira terminó, ambos decidieron que lo mejor sería olvidar lo que habían tenido y dejar su amor en el extranjero. Tomaron caminos separados. Chandler regresó al único lugar del que había estado tratando de escapar: su pueblo natal en medio de la nada en Arkansas, y Adrian, perseguido por el recuerdo del hombre que no podía olvidar tan fácilmente, se lanzó a la carretera como camionero de larga distancia. Fue ese trabajo el que, cinco años después de su separación, lo

llevaría de vuelta a los brazos de su hombre.

Y ahora estaban casados.

Incluso ahora, a veces los dos todavía luchaban con el hecho de que no tenían que esconder su amor, y en ocasiones se encontraban ocultándolo por costumbre. Ninguno de los dos había estado con otros hombres antes, y Chandler negaba ser gay. Solía decir: —Puedes poner a cien tipos frente a mí y no voy a encontrar ni a uno solo atractivo. Adrian es simplemente un caso especial.

Adrian sentía lo mismo. Nunca había conocido a nadie —hombre o mujer— que lo excitara como lo hacía Chandler.

—Oh, joder —susurró Adrian, observando cómo Chandler abría sus pantalones y sacaba su polla de su ropa interior. Luego Chandler se movió lentamente hacia abajo, sus hombros ondulando como los de un gato sigiloso, y se hundió de modo que la polla de Adrian se alzaba alta frente a su cara. El corazón de Adrian se aceleró, y su pecho subía y bajaba con respiraciones excitadas.

Observó cómo Chandler envolvía sus dedos alrededor de la base de su polla, manteniéndola firmemente erguida. Chandler besó la punta, y luego comenzó a acariciarla con su rostro, frotándola amorosamente contra sus mejillas y labios, inhalando largas y hambrientas bocanadas de él. El cosquilleo punzante de la barba incipiente de Chandler enviaba escalofríos por el cuerpo de Adrian, y se mordió el dorso de la mano para suprimir un gemido. Jodidamente *adoraba* cuando Chandler le hacía eso.

—Ohh...

Era como una tortura, se sentía tan bien.

Y entonces, finalmente, Chandler lo tomó en su boca. Adrian agarró un puñado de cojín, sus dedos de los pies curvándose mientras Chandler trabajaba. Era un maldito profesional manejando su polla. Chandler conocía cada punto que tocar y cómo tocarlo exactamente, y Adrian ya sentía que estaba siendo llevado al clímax.

—Oh Dios —gimió, tratando de mantenerse tan silencioso como podía. Pasó sus dedos por el cabello de Chandler—. Dame ese maldito hueso ya o voy a correrme ahora mismo.

—Ni se te ocurra —gruñó Chandler, retrocediendo—. Levántate y da la vuelta.

Adrian hizo lo que le dijeron. Se quitó la ropa interior y los vaqueros de una patada, se dio la vuelta sobre sus rodillas, y luego apoyó sus antebrazos en el brazo del sofá, inclinándose para Chandler.

—Dios, nunca me cansaré de esa vista —dijo Chandler—. Quédate así. No te muevas.

Adrian vio a Chandler caminar hacia el oscuro pasillo. Una luz se encendió en el baño, enviando un rectángulo de luz a través del suelo de madera, y luego se apagó de nuevo. Un momento después, Chandler emergió, desabrochándose los vaqueros mientras caminaba. Sostenía una pequeña botella de lubricante en su mano.

—¿Deberíamos llevar esto al dormitorio? —preguntó Adrian.

—No te preocupes —dijo Chandler—. April está noqueada. Me asomé. Además, ¿no siempre has querido follar frente a un árbol de Navidad?

—Ya lo hemos hecho —dijo Adrian, sonriendo con picardía.

—Y una mierda.

—¡Lo hemos hecho! En Irak. En la FOB Lion. ¿Recuerdas que decoramos esa palmera? Cuando estábamos de guardia, tú y yo...

—Eso no cuenta. —Chandler sonrió. Se bajó los vaqueros de un tirón, y cuando se enderezó, también lo hizo su polla. Volvió al sofá, su cuerpo musculoso perfilado por la suave luz del árbol detrás de él—. Estoy hablando de *nuestro* árbol. —Se inclinó hacia adelante, dejando que sus manos se deslizaran por la espalda de Adrian—. Ahora ven y dame mi regalo.

Adrian miró hacia atrás y lo atrajo para un beso antes de presentarse ante Chandler. Se estremeció al sentir la fría extensión del gel sobre su entrada, y luego unos segundos después, la cálida presión de la polla de Chandler. Hundió su rostro en el brazo acolchado del sofá para ahogar un grito contenido mientras golpeaba con el puño contra él. Chandler era grande, e incluso ahora Adrian no estaba más acostumbrado a ese primer empuje. Pero estaba bien. Era un dolor jodidamente bueno, y siempre lo había sido.

Follaron duro, haciendo lo mejor posible para mantenerse lo más silenciosos posible. El sonido sordo y rítmico de carne contra carne reverberaba por la habitación como un aplauso amortiguado, acentuado por sus respiraciones ahogadas. Adrian mordió el cojín, sin poder

contener del todo un gemido al alcanzar el clímax. Sabía que Chandler también estaba allí. El hombre no hizo ningún sonido para señalar su orgasmo, pero Adrian sintió que su agarre se apretaba en su nalga mientras daba varias embestidas finales duras y profundas.

Después de terminar, los dos se acurrucaron bajo una manta en el sofá sin nada más que su ropa interior. Adrian se inclinó para recuperar sus cervezas de la mesa lateral de la caja de herramientas. Junto a las botellas había un álbum de fotos, y Adrian recogió los tres. Le pasó una botella a Chandler y dio una palmadita a la portada del álbum. Era su pequeño trabajo en progreso, algo que habían ensamblado cuando se casaron por primera vez y continuaban añadiendo.

—¿Quieres que revisemos esta cosa? —preguntó Adrian.

Chandler sonrió y rodeó con su brazo el hombro de Adrian. —¿Te sientes sentimental?

—Maldita sea, sí. Ha pasado un tiempo desde que miramos esta cosa, y mucho más desde que le añadimos algo.

Adrian abrió el álbum que Chandler había hecho él mismo con una vieja chaqueta de cuero y trozos de madera que tenían por el taller. Las primeras páginas contenían fotos familiares antiguas, la mayoría de Adrian y sus padres, y unas pocas de Chandler. Este último no había conservado muchas fotos de sus padres o de su infancia, pues solo representaban recuerdos dolorosos. Había una foto descolorida del anuario de la escuela primaria de Chandler, una imagen de él a los siete años sentado en una bicicleta con una camiseta rota de las Tortugas Ninja, y otra de él abrazando a un perro peludo.

—Bandit —dijo Chandler, tocando la foto—. Nunca tuviste un perro cuando eras niño, ¿verdad?

—No. Siempre quise uno, pero papá era alérgico.

Adrian pasó la página. Había una foto de él, probablemente de unos nueve años, sobre los hombros de su padre, quien estaba de pie orgullosamente junto a su Plymouth Duster de 1972 color azul basin street. Adrian aún recordaba ese coche como si fuera ayer: el rugido grave de su motor V8 de 240 caballos de fuerza. La forma en que el asiento vibraba cuando papá pisaba el acelerador a fondo. El olor a cuero y gasolina. Pero los mejores recuerdos eran de viajar en el coche con papá y ayudarlo a trabajar en él, pasándole herramientas mientras trasteaba bajo el capó y debajo del coche. Papá se había visto obligado a vender el coche cuando la familia atravesaba momentos económicos difíciles. Adrian estaba en su último año de primaria, y

recordaba cómo había sostenido la mano de papá y llorado mientras veía cómo cargaban el coche en una grúa de plataforma y se lo llevaban.

Por supuesto, papá no podía pasar mucho tiempo sin un coche en el que trabajar. Después de que las cosas mejoraran unos años más tarde, compró una camioneta Ford F100 de 1966, y durante los años de instituto de Adrian, los dos trabajaron en su restauración. La camioneta se quedó con Adrian hasta hace seis meses, cuando un conductor borracho lo embistió mientras volvía a casa del supermercado. Milagrosamente, Adrian solo sufrió heridas leves, pero la camioneta quedó destrozada sin posibilidad de reparación. Ver cómo se llevaban su cuerpo destrozado le trajo todos los dolorosos recuerdos de cuando papá falleció de un ataque al corazón repentino. Esa camioneta había sido la última conexión de Adrian con él, y perderla le había afectado profundamente.

—¿Alguna vez te conté sobre la vez que mi padre dejó atrás a un policía con el Duster? —preguntó Adrian.

—¿En serio? ¿De verdad?

—De verdad. Fue en una de esas pequeñas carreteras rurales a las afueras de la ciudad. Iba veinte por encima del límite, el policía lo persigue, y él simplemente acelera a fondo. El policía ni siquiera intentó alcanzarlo. Me lo contó esa noche, dudo que mamá sepa siquiera que ocurrió.

Chandler se rio.

—Ojalá hubiera conocido a tu viejo.

—Yo también —dijo Adrian—. Le habrías caído muy bien.

Avanzaron hasta una foto de un Chandler delgado con uniforme de cadete del ejército.

—Realmente te pusiste en forma después del entrenamiento básico, ¿eh? —dijo Adrian, y le dio un apretón en el pectoral a Chandler. En la siguiente página había un retrato de estudio nítido de Chandler con su uniforme de gala, tomado poco después de su primer despliegue en Irak. El soldado escuálido y de cara aniñada había sido reemplazado por un hombre curtido y de aspecto duro. Era como mirar a dos personas diferentes; lo único que los conectaba era ese mismo par de ojos grises penetrantes.

—Uf —Adrian se abanicó—. Debería llevarme esta a la cama.

La boca de Chandler se curvó en una sonrisa torcida.

—Vale, vale. Siguiente página. Odio mirar fotos de mí mismo.

Pasó la página. A continuación, había algunas fotos de Irak. Una era una imagen de los dos de pie con los brazos alrededor de los hombros del otro, sin camiseta y con los rifles colgados al cuello. Tomada el día antes del final de su último despliegue juntos, era una foto que llevaba muchos recuerdos para ambos, tanto amargos como dulces. Otra foto era de todo su escuadrón.

—Vaya —dijo Adrian—. Todos nos vemos tan jóvenes aquí.

—Un montón de novatos de mierda, eso es lo que éramos —asintió Chandler—. No puedo creer que McGee vaya a pasar pronto por aquí. No lo hemos visto en, joder, ¿cuánto hace ya? ¿Seis años?

—Seis años —confirmó Adrian.

Luke McGee era uno de sus compañeros de escuadrón, y recientemente se había puesto en contacto con Chandler para organizar un encuentro. Luke era de Arizona, pero estaba en la ciudad por las vacaciones para visitar a su hermano pequeño, que era estudiante en la Universidad de Beasley.

Debajo de la foto del escuadrón había una imagen de Chandler, con el brazo alrededor de una perra pastor alemán llamada Koko, con una amplia sonrisa en su rostro. Adrian sonrió, recordando lo raro que era ver a Chandler sonriendo así, incluso ahora. Koko era miembro de su pelotón, una perra del ejército responsable de detectar explosivos y rastrear objetivos.

—Koko —dijo Chandler—. Maldita sea. Te juro que esa perra era la única que me entendía allí. —Sonrió con suficiencia—. Quizás incluso mejor que tú.

—Me lo creo —dijo Adrian—. ¿Tienes idea de qué fue de ella?

—No. Tal vez siga trabajando. O retirada, con su adiestrador. Joder. Espero que esté bien, dondequiera que esté.

—Recuerdo que era muy importante para ti.

Asintió.

—Hubo muchos momentos oscuros, y Koko siempre estaba ahí. Sabes, era la única con la que podía hablar sobre mis sentimientos hacia ti. Sabía que siempre podía contar con ella para escuchar. La quería de verdad.

—No sabía que significaba tanto para ti. Es decir, siempre te veía jugando con ella, pero no me daba cuenta de lo que representaba para ti.

—Sí, bueno. Ya me conoces. No hablo de mis sentimientos, y menos aún en aquella época.

Avanzaron unas páginas hasta llegar a una foto de él, Chandler y April de pie frente a su taller de reparación de automóviles. La foto se había tomado unos días después de que Chandler y April llegaran a Rosebridge, y era una de las primeras fotos de ellos como familia. A continuación, había algunas fotos de dos de ellos trabajando en el taller. Había una foto del primer día de April en la escuela, una foto de ella con su profesora de chino, la señora Tang, una foto de ella y mamá. De hecho, todas las fotos restantes en el álbum eran de April.

—Qué año —dijo Adrian, cerrando el álbum y dándole un beso a Chandler—. Deberíamos añadir algunas fotos de Navidad al álbum.

—El mejor año de mi vida —coincidió Chandler—. A veces todavía no se siente real. Como si pudiera despertar y estuviera de vuelta en Everetteville en ese apartamento de mierda.

Adrian lo abrazó fuertemente y le dejó unos cuantos besos más en los labios. —Sé exactamente a qué te refieres, pero esto no es un sueño. Y haré todo lo que pueda para recordártelo. —Dejó que su mano vagara entre los muslos de Chandler y le dio un ligero apretón a su paquete.

—Hola —dijo Chandler, sonriendo—. ¿Qué, no estabas satisfecho con el regalo que te di? ¿Quieres más?

—Sabes que siempre estoy dispuesto a más.

Esta vez, sí trasladaron la fiesta al dormitorio. Después de terminar, Chandler se quedó dormido rápidamente, roncando fuertemente en los brazos de Adrian. Adrian permaneció despierto por un corto tiempo. Hablaba en serio cuando le preguntó a Chandler qué quería para Navidad, pero sabía que obtener una respuesta directa de él sería imposible. Y con los días pasando y nada bajo el árbol para su hombre, Adrian comenzaba a ponerse un poco ansioso. Claro, Chandler estaría feliz con cualquier regalo. Pero era su primera Navidad juntos, y Adrian no era el tipo de hombre que se conformaría con darle al amor de su vida cualquier regalo viejo. No, Adrian no era el tipo

de hombre que se conformaría con cualquier cosa. Esto se estaba convirtiendo en una *misión* para él, y no iba a fracasar.

¡Lee Long Shot aquí!

¿BUSCAS MÁS HISTORIAS ROMÁNTICAS GAY?

¿Buscas más historias románticas gay? ¡Descubre esta novela de guardaespaldas y primera experiencia gay de Victoria Light!



Chris

Gracias a la pelea, mi cara está otra vez en todas las portadas de las revistas sensacionalistas de América. No iba a permitir que ese tipo me llamara gay. Ahora mi equipo de gestión me ha

impuesto un guardaespaldas las 24 horas del día, los 7 días de la semana para vigilarme hasta que salga mi nuevo álbum. Justo lo que necesitaba, una tentación en forma de Sylus Synn, un ex marine de cuerpo duro y atractivo como el infierno viviendo ahora bajo mi techo.

Cuando me entero de que Sylus es gay, siento que estoy cayendo. Quiero que conozca mi secreto, que finalmente pueda disfrutar de los placeres que me he estado negando. Pero, ¿cómo demonios puedo romper con toda una vida de miedo y culpa?

Sylus

Cuidar de una celebridad problemática no debería ser nada comparado con lo que he hecho como francotirador de operaciones especiales, pero Chris tiene una manera de hacer que todo sea difícil. No puedo evitar sentir que disfruta cuando lo someto.

Mi intuición me dice que Chris quizás no sea tan heterosexual como quiere que todos crean. No es mi trabajo sacar a Chris del armario. Pero cuando viene a mí con una petición muy inusual, es condenadamente difícil mantenerme profesional. ¿Cómo puedo rechazar una oferta para enseñarle a un chico "heterosexual" algunos trucos gay?